

Neopopulismo y Democracia

Experiencias en
AMÉRICA LATINA y EL CARIBE

COLECCIÓN
Quinta
CONFERENCIA
REALIDAD SOCIAL 5



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

Neopopulismo y Democracia

Experiencias en
AMÉRICA LATINA y EL CARIBE

Observatorio CELAM

Bogotá, D.C. - Colombia
2007

Portada:
Con las debidas licencias eclesíásticas.

© Observatorio CELAM
© Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM
Reservados todos los derechos
Carrera 5 N° 118-31
Apartado Aéreo 51086
celam@celam.org
Tels: (571) 657 83 30 Fax: (571) 612 19 29
Bogotá, D.C., 2007
ISBN:

Diagramación: Doris Andrade B.
Diseño de carátula:

Centro de Publicaciones
Avenida Boyacá N° 169D-75
Tel: (571) 668 09 00 Fax: (571) 671 12 13
editora@celam.org

Impresión:

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

PRESENTACIÓN

El libro que el lector tiene en sus manos fue coordinado por el Centro Observatorio del Consejo Episcopal Latinoamericano como un aporte al debate sobre el populismo, y sus formas contemporáneas, en América Latina. Como es evidente, en un libro de esta temática y que incorpora diversas plumas, las opiniones vertidas en él no pretenden ser otra cosa que una aproximación desde diversas perspectivas a un fenómeno de no fácil delimitación.

La Iglesia como institución no tiene compromiso alguno con proyectos políticos específicos, con alguna forma de gobierno en particular, con sistemas sociales más o menos afortunados. Afirmar esta convicción busca mostrar el carácter trascendente del Evangelio, es decir, el carácter *irreductible* del cristianismo frente a cualquier conjunto de conceptos, de valores, de teorías, o de iniciativas encaminadas a la transformación del mundo. El Papa Benedicto XVI ha querido colocar al inicio de su primera Encíclica esta intuición:

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 1).

Ahora bien, el anunciar con vigor el carácter trascendente del Evangelio no significa que éste no tenga incidencia en

los procesos que colaboran a modelar el mundo y a intentar hacerlo más humano. Sin embargo, la incidencia del Evangelio pasa por la personalidad, la conciencia y la libertad de los fieles laicos, quienes por propia vocación están llamados precisamente a vivir su fe al interior de las estructuras y los esfuerzos orientados a construir el bien común temporal. De esta manera, el Evangelio que de suyo es *trascendente*, simultáneamente es *inmanente* a toda realidad humana.

¿Cómo se logra esta articulación? ¿Cómo se vincula el anuncio de Jesús como salvador y liberador de todo el hombre y de todos los hombres, con la presencia cristiana en los más diversos frentes, en las más diversas luchas? Existen tres elementos que, como una bisagra, como un gozne, permiten al mismo tiempo el *movimiento* y la *vinculación*: a) la Doctrina Social de la Iglesia; b) la legítima autonomía y responsabilidad laical; y c) la pertenencia a una comunidad de discipulado en movimiento.

La *Doctrina Social de la Iglesia* es la sabiduría evangélica que ha brotado de múltiples experiencias de compromiso cristiano, discernida por el Magisterio de la Iglesia, y encaminada a ofrecer principios permanentes, criterios de juicio y directrices de acción para la transformación del mundo según Cristo. Precisamente, son los Pastores de la Iglesia, quienes poseen como una de sus responsabilidades fundamentales el anunciar con valor la dimensión social del evangelio.

Ahora bien, la enseñanza de la Iglesia sobre la cuestión social quedaría como una mera exposición teórica si no estuviera acompañada por la *conciencia* y la *responsabilidad* de los fieles laicos. El compromiso personal y comunitario de los fieles laicos ha de estar iluminado por la fe pero ha de ser vivido con una legítima *autonomía*. Cada fiel laico, *bajo su propia responsabilidad*, es decir, desde una *valoración prudencial* de los contextos y de las acciones a emprender, y sin comprometer el nombre de la Iglesia como institución, ha

de trabajar por testimoniar la novedad de la propuesta cristiana en lo social.

Finalmente, el tercer elemento de esta bisagra consiste en comprender que los fieles laicos han de vivir su experiencia de cristianos-en-el-mundo *perteneciendo* a una experiencia comunitaria que simultáneamente les permita mantener su identidad eclesial y les ofrezca la más amplia libertad de acción, de organización y de iniciativa. Sólo cuando los fieles laicos reaprenden a vivir en una *comunidad de discipulado*, se vuelven como un gran movimiento (Juan Pablo II, *Centesimus annus*, n. 3), y entonces, el sujeto de la Doctrina Social de la Iglesia se activa y se vuelve visible.

Este ambicioso itinerario para la presencia social cristiana requiere de una atenta mirada a la realidad en la que obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, y fieles laicos, nos encontramos inmersos. La “mirada atenta” implica buscar comprender la realidad cambiante para poder emitir un juicio que nos permita identificar los momentos en los que la dignidad de la persona humana es reivindicada y los momentos en que lamentablemente es lastimada y mancillada. La “mirada atenta” ha de realizarse con gran fidelidad a la identidad y vocación de cada uno. De esta manera, todos participamos de nuestra común responsabilidad por nuestros pueblos, aportando la riqueza de los carismas particulares recibidos.

Precisamente, en el contexto de este esfuerzo por comprender, el presente libro nos ofrece importantes reflexiones sobre un fenómeno político y social que en parte recoge rasgos de experiencias pasadas, y en parte, es novedoso por las nuevas coordenadas culturales y geopolíticas en las que se inscribe: *el neopopulismo*.

Bajo este nombre, muchas cosas se inscriben, muchas situaciones particularísimas quedan abrazadas. El libro está

integrado por seis ensayos que presentan diversas aproximaciones al problema, los cuales también fueron escritos tomando en cuenta diversos contextos nacionales. Sin embargo, los seis autores hacen un esfuerzo por relacionar los diferentes entornos socioeconómicos y políticos con la experiencia global de la región latinoamericana y del Caribe.

El primer artículo, de Luis Ugalde y Raúl González Fabre, hace una valoración del neopopulismo confrontándolo con otros modelos de interacción Estado-sociedad que han sido implementados en nuestros países, argumentado que éste sólo es viable en la medida en que el gobierno tiene acceso a los ingresos adicionales del petróleo y otros hidrocarburos. Esto, que es especialmente evidente en el caso de Venezuela, pareciera sugerir que *las formas más radicales del populismo no son viables a muy largo plazo en el continente*. El argumento presentado resalta la importancia que la situación de la economía política tiene sobre otras condiciones de tipo ideológico.

El ensayo de Francisco Porras presenta una caracterización del populismo como un “tipo ideal” —en el sentido de Weber— confrontándolo con regímenes más institucionales. Se argumenta que lejos de poder hacer una tipología clara que distinga entre gobiernos populistas y los que no lo son, *las políticas públicas populistas conviven con instituciones democráticas capaces de resistir el intento de cambio o supresión encabezado por los caudillos*. El problema de fondo es el de un *continuum*, en el cual un determinado sector de acción pública puede ser más susceptible a la acción del líder carismático que otros. Esto es posible porque nuestros Estados y sociedades presentan un alto grado de fragmentación.

Los restantes artículos toman en cuenta casos particulares para, desde ahí, argumentar sobre Latinoamérica. El estudio de Carlos de la Torre se acerca al problema presupo-

niendo que lo que en otros contextos puede ser considerado como una política populista puede en realidad ser parte esencial de la vida democrática. En efecto, tomando en cuenta la experiencia de Ecuador, el autor argumenta que *una de las razones que explica el éxito del populismo es su capacidad para integrar a la vida política a los excluidos de ella. El clientelismo, y la identidad social que resulta de la relación exclusiva entre el pueblo y el caudillo, son el último recurso que muchas personas tienen para influir en los procesos de política pública*, lo que en nuestros países puede ser la diferencia entre tener acceso o no a servicios públicos básicos.

Israel Covarrubias escribe considerando el caso mexicano, y argumenta que *en realidad no se puede hablar de un solo populismo, sino de varios*. Éstos son producto de las condiciones económicas y sociopolíticas locales y nacionales, lo que hace del populismo un fenómeno complejo que debe ser situado no sólo en términos territoriales, sino también temporales. El caso mexicano, sin embargo, muestra que es posible identificar varios atributos que son comunes a los populismos que, en última instancia, son producto de las capacidades asombrosas de adaptación de las sociedades y sus gobiernos.

El texto de Alejandro Álvarez analiza el caso reciente de Haití. De modo interesante, este autor propone que *no todos los regímenes que intentan cambiar las instituciones utilizando una figura política carismática central pueden ser catalogados como populistas*. Esto sugiere el valor instrumental de la acción del líder, la cual puede ser una herramienta para intentar modificar estructuras sociopolíticas objetivamente injustas.

Finalmente, el ensayo de Manuel Gómez Granados nos ofrece una reflexión sobre la realidad cubana. Utilizando una perspectiva histórica, el autor nos sensibiliza sobre los antecedentes anteriores a la Revolución, sobre el perfil de Fidel

Castro, sobre el grave *debilitamiento del tejido social* en la Cuba actual y sobre la difícil situación al interior de la isla. Situación, que por otra parte, se encuentra acompañada de una expansión del radio de influencia del régimen más allá de sus fronteras.

Esperamos que este nuevo libro publicado por el Observatorio del CELAM ayude a la consideración del populismo como un fenómeno *complejo y multi-causal* el cual, como muchos de los problemas latinoamericanos con implicaciones de gobernabilidad, exige una visión diferenciada y altamente informada. La responsabilidad que los católicos tenemos de transformar nuestras sociedades de acuerdo a las exigencias de la verdad del hombre anunciada en Cristo pasa por este esfuerzo intelectual. Confiamos en que estos ensayos provocarán una más seria reflexión y un mayor compromiso a favor de la dignidad de todos los hombres y mujeres de América Latina y El Caribe, que aún en medio de dificultades múltiples, se mantiene como un verdadero Continente de Esperanza.

+ MONS. CARLOS AGUIAR RETES
Obispo de Texcoco
Primer Vicepresidente del CELAM

DR. RODRIGO GUERRA LÓPEZ
Coordinador del Centro Observatorio del CELAM

DR. FRANCISCO PORRAS
Investigador del Instituto de Investigaciones
Dr. José María Luis Mora

EL NEOPOPULISMO EN AMÉRICA LATINA

*Luis Ugalde, SJ**
*Raúl González Fabre, SJ***

¿UNA DERECHA Y DOS IZQUIERDAS?

Los resultados electorales de los últimos años sugieren un giro a la izquierda en la política latinoamericana. Tomando sólo los resultados oficiales de las elecciones presidenciales del 2004 en adelante, encontramos las siguientes victorias de la *izquierda*: Martín Torrijos en Panamá, Leonel Fernández en República Dominicana, Tabaré Vázquez en Uruguay, Michelle Bachelet en Chile, Evo Morales en Bolivia, Oscar Arias en Costa Rica, Alan García en Perú, Lula da Silva en Brasil, Daniel Ortega en Nicaragua, Rafael Correa en Ecuador, y Hugo Chávez en Venezuela. Por su parte, en el mismo periodo la *derecha* y el *centro-derecha* sólo se anotan cuatro victorias presidenciales: Elías Antonio Saca en El Salvador, Álvaro Uribe en Colombia, Manuel Zelaya en Honduras, y Felipe Calderón en México.

La sola lectura de esta clasificación en 'izquierda' y 'derecha' ya hace pensar que hay algo equivocado en ella. Realizada

* Rector de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas).

** Catedrático de la Escuela de Economía de la Universidad Católica Andrés Bello.

considerando la autodefinición de los candidatos o sus partidos según el esquema clásico (la izquierda cubre desde la socialdemocracia al comunismo; la derecha, desde la democracia cristiana al conservadurismo autoritario), la clasificación separa entre derecha e izquierda a gobernantes cuyas políticas se diferencian muy poco, mientras que pone juntos en la izquierda a estadistas con prácticas de gobierno muy distintas, incluso opuestas. Esto último explica que algunos de los presidentes ‘izquierdistas’ ganaran las elecciones a candidatos también izquierdistas y, sin embargo, perfectamente diferenciables (como Solís en Costa Rica, Humala en Perú, o Rosales en Venezuela).

Una clasificación más adecuada a la experiencia política latinoamericana debería tomar en cuenta tres elementos fundamentales:

1. Desde el punto de vista político, el compromiso con la institucionalidad del Estado democrático de derecho (incluido el respeto a los mecanismos de limitación del poder del gobernante, como las libertades públicas, la división de poderes del Estado y los límites a la reelección).
2. Desde el punto de vista económico, la opción por economías abiertas y libres que compiten en los mercados regionales y globales, o por economías más cerradas bajo considerable intervención, incluso protagonismo, estatal.
3. Desde el punto de vista social, la estrategia para el aseguramiento de condiciones mínimas de alimentación, seguridad, educación y salud para todos los habitantes del país, y la manera en que esa estrategia engrane con las opciones políticas y económicas de cada gobierno.

Más que una línea derecha-izquierda, tenemos entonces un espacio con tres ejes donde son posibles combinaciones di-

versas. En una Latinoamérica de grandes desigualdades endémicas y gobiernos electos por el pueblo, no es raro que ‘lo social’ cobre un peso grande en la política. La popularidad de cada gobierno se juega en el acierto de su estrategia para producir resultados en lo social, y la definición ideológica del político latinoamericano puede resumirse en la manera en que su estrategia ‘social’ se integra con sus propuestas política y económica.

TRES PROPUESTAS POLÍTICAS

Así vistos, los proyectos políticos presentes en Latinoamérica son cuatro, no dos. Uno de ellos es abiertamente totalitario y se encuentra en un solo país, Cuba. Muy probablemente en fase terminal, ese proyecto sobrevive sostenido por cuantiosos subsidios venezolanos mientras busca vías de transformación para superar la inviabilidad de su diseño. No le prestaremos más atención aquí.

El segundo de los proyectos, que ha sido llamado ‘neoliberal’ con cierta impropiedad, espera el progreso social no tanto de la acción directa del Estado como del ‘efecto rebose’ del éxito económico en los mercados internacionales. Para alcanzar ese éxito en los sectores donde cada país cuente con ventajas comparativas, la ortodoxia prescribe estabilizar los indicadores macroeconómicos, reducir el déficit fiscal, privatizar entes públicos, eliminar barreras proteccionistas, atraer capitales internacionales, y garantizar un entorno institucional favorable a los negocios. A fin de conseguir esto, el gobierno debe, por una parte, mejorar la calidad de las instituciones públicas (y por tanto impulsar el Estado de Derecho), y por otra parte, contener su gasto en salud y educación dentro de los límites de las disponibilidades fiscales, lo que a menudo implica una baja en las prestaciones de los servicios públicos gratuitos y / o una restricción de la gratui-

dad universal de otros servicios para focalizarlos en los grupos más vulnerables.

Así pues, en el proyecto 'neoliberal' latinoamericano la esperanza de progreso social se cifra en el crecimiento económico dirigido a mercados externos, mientras la política se ordena a dar estabilidad y seguridad a la actividad económica. La aparición de este tipo de proyectos en el continente fue forzada por las instituciones del Consenso de Washington después de la crisis de la deuda externa y la consiguiente quiebra económica de las democracias populistas y las dictaduras militares en los años '70. Durante los '80, los políticos latinoamericanos llegaban típicamente al poder con un discurso 'social' fuerte, para inmediatamente después imponer el *shock* económico que habían prometido evitar. El proyecto 'neoliberal' tuvo entonces poca base popular en sus comienzos: aunque ejecutado por gobiernos electos, sus políticas adolecían de un serio déficit democrático.

Por otra parte, este proyecto no consiguió cumplir sus promesas de desarrollo social a partir del crecimiento económico. Varios factores intervinieron en ello, algunos endógenos (por ejemplo, las reformas institucionales fueron mucho más lentas que las económicas, lo que retrajo la inversión) y otros exógenos (por ejemplo, la aparición de China como imán de inversiones que en otro caso hubieran podido ir a América Latina). El diseño mismo del modelo es tal que, incluso en caso de crecimiento económico considerable, está llamado a aumentar las desigualdades, siquiera sea porque la capacidad de acceder a los mercados de trabajo y capitales es muy desigual dentro de las poblaciones latinoamericanas. Cuando el crecimiento no se da en la medida esperada, el reparto de los costos y sacrificios es también marcadamente desigual contra los más pobres. Aunque el proyecto 'neoliberal' ofreció algunos resultados

interesantes en lo económico y en lo institucional, la emigración forzada desde América Latina testimonia que no alcanzó lo que, en su propia lógica, se le debía pedir como logro social básico: la creación masiva de empleo en el sector privado.

El proyecto político más extendido en América Latina hoy es el socialdemócrata, que llamaremos 'la democracia social' porque sus propuestas básicas son compartidas en muchos países por los partidos demócrata-cristianos y de centro-derecha. Este proyecto reacciona al déficit que en lo social y en lo político dejaron los programas de ajuste macroeconómico de los años '80 y '90, pero aceptando los aprendizajes económicos de ese periodo. Básicamente, intenta alcanzar un balance razonable entre la necesidad de insertar a los países en los mercados mundiales de la manera más favorable (y múltiple) posible, con la preservación del liderazgo del Estado en: (i) el aseguramiento de los servicios públicos universales; (ii) el auxilio focalizado a grupos vulnerables y en riesgo; y (iii) la dotación de capacidades productivas a la población.

Para la superación de la pobreza, el liderazgo de este proyecto político trata de movilizar a toda la sociedad, requiriendo y aceptando a la vez la participación de las comunidades, las empresas, las iglesias y otras organizaciones sociales. Esta multiplicidad y variedad de actores presentes dificulta la manipulación de los programas sociales para propósitos electorales. Ello tiene a su vez un efecto preservador de la democracia política. Los socialdemócratas tienden a respetar la división de poderes, y no se plantean modificar las reglas constitucionales que les permitieron llegar al gobierno, para perpetuarse en él. Aceptan el control legal y social a la gestión ejecutiva, las libertades públicas, y la alternancia en el poder como posibilidad real.

La socialdemócrata es una de las dos izquierdas latinoamericanas, ciertamente la más exitosa en logros de crecimiento económico, estabilidad política y desarrollo social durante la última década. En este grupo pueden situarse Torrijos, Fernández, Tabaré, Bachelet, Arias, García, y Lula. Su camino de progreso se encuentra en promover verdaderas ‘democracias sociales’, esto es, regímenes que liberen y fomenten las capacidades creadoras de toda la sociedad, ayudando a diferentes grupos y sectores a engranarse por objetivos sociales y económicos comunes.

En este cuadro de proyectos ideológicos ya presentes hace una década, es donde aparece recientemente el neopopulismo como un contendor de peso. Supone también una reacción al déficit social y político de los programas de ajuste macroeconómico, pero en una dirección opuesta a la socialdemócrata: en vez de conservar la apertura económica e intentar profundizar el Estado democrático de Derecho, el neopopulismo se vuelve hacia esquemas caudillistas en lo político, intervencionistas en lo económico, y clientelares en lo social.

ANTECEDENTES: EL POPULISMO LATINOAMERICANO

Durante la mitad central del siglo XX (de los años '30 a los '70, en grueso) predominaron en América Latina dos tipos de regímenes, que eventualmente se alternaban según los países: las dictaduras militares conservadoras, marcadamente anticomunistas; y los gobiernos populistas articulados en torno a partidos de masas como el Justicialismo argentino, el APRA peruano, el PRI mexicano o Acción Democrática en Venezuela. Hubo también alguna dictadura militar populista, como la de Velasco Alvarado en Perú, y gobiernos electos conservadores, por ejemplo en Colombia, pero el tono general del Continente vino marcado por dictaduras conservadoras y democracias populistas.

Ambos tipos de regímenes, aunque modernos en apariencia, arrastraban y reproducían elementos de la pesada herencia política del siglo XIX latinoamericano, plagado de asonadas y guerras intestinas: en particular, el militarismo y el caudillismo. Militarismo y caudillismo implican cierta alienación de la sociedad civil, que depone su rol político protagónico en manos de un hombre fuerte que representa a la institución armada (el caso del militarismo), o en manos de un líder carismático que dirige un partido de masas organizado según el modelo leninista (el caso del caudillismo).

El populismo del siglo XX –Perón, Getulio Vargas, Alan García, Carlos Andrés Pérez, Joaquín Balaguer– intentó una alternativa al militarismo, basada en el caudillismo. El nuevo caudillo del siglo XX establecía con el pueblo un vínculo emocional directo, que generaba tanto cierta lealtad personal como un compromiso utilitario mutuo: *tú votas por mí, y cuando llegue al poder, yo te ayudo a salir adelante*. Esencial en el populismo latinoamericano es el carácter personal, no ideológico, de la conexión entre el líder y el pueblo. Cada seguidor del líder recibe la promesa personal de ser ayudado en aquello que él necesita, y pone su confianza en la persona del líder, de quien espera los elementos para progresar en la vida. El Estado no es así más que el instrumento del líder para cumplir los compromisos personales que cada uno de sus seguidores siente que ha contraído con él, en la medida en que le apoyó para llegar al poder.

El populismo latinoamericano del siglo XX se entendió a sí mismo principalmente como una etapa de transición hacia la modernización. Lo más importante que el caudillo tenía para ofrecer a su pueblo era participación en instituciones modernas y modernizadoras: la educación sobre todo, pero también servicios de salud, infraestructura, saneamiento y urbanismo, empleo público, *et cetera*. Idealmente, se trataba de ofrecer al pueblo la oportunidad de modernizarse

culturalmente que se le había negado en el siglo XIX, usando para ello una variante democrática de las mismas formas políticas caudillistas que se quería superar. Había pues una cierta contradicción entre los medios y los fines del primer populismo latinoamericano.

Para establecer las bases económicas en las que sustentar la promesa de modernización, el líder populista negociaba con las élites económicas del país. Con frecuencia, ello resultó en un acuerdo entre la dirigencia política populista y la élite económica, por el cual los primeros garantizaban a los segundos una conflictividad social muy limitada y apoyo estatal para los negocios, y a cambio los segundos concedían ciertas reivindicaciones sociales y ayudaban a financiar los partidos populistas. Estos tratos, no por casualidad parecidos a los de la Italia de entreguerras, incluían el objetivo principal de detener el avance de los partidos comunistas y limitar el alcance de la lucha de clases en cada país.

CRISIS ECONÓMICA Y NEOPOLULISMO RAMPANTE

Tanto las dictaduras militares como los regímenes populistas latinoamericanos conocieron una crisis profunda a finales de los años '70, cuando las dificultades para el pago de la deuda externa llevaron a muchos países, incluidos México, Argentina, Brasil y Perú, al borde de la quiebra. Las dictaduras militares que quedaban, al verse en el aprieto, simplemente cedieron el poder y el problema a los civiles.

Por su parte, los líderes populistas se encontraron impedidos de seguir cumpliendo sus promesas de ayudar a los pobres que les habían llevado al poder. Algunos gobiernos populistas impusieron desde el gobierno severos sacrificios a la población, cuando habían sido elegidos precisamente sobre la promesa contraria. Vino entonces la reconversión

de líderes y partidos populistas en improvisados 'neoliberales', y la búsqueda por otros líderes y partidos de esquemas 'socialdemócratas' más institucionales. Particularmente algunos partidos que habían permanecido alejados del poder por las dictaduras militares, como los chilenos, aprovecharon el exilio para dejar atrás errores del pasado y modernizar seriamente sus propuestas políticas y económicas. Aunque la huella populista permanecía como estilo del hacer política, a finales de los '90 era ampliamente aceptado el fracaso de la modernización usando modelos de conducción política no moderna, y la necesidad de mover la política latinoamericana del vínculo personal a la eficiencia institucional.

Sin embargo, cuando ese consenso parecía extendido, el caudillismo reapareció en un nuevo avatar latinoamericano: lo que aquí hemos llamado 'neopopulismo'. No viene de la nada ni es puramente atávico, sino que enlaza con el resentimiento que produjo la ruptura de la promesa populista del siglo XX, y el relativo fracaso de los proyectos 'neoliberales' posteriores en mejorar las condiciones sociales. Amplios sectores que se sintieron primero traicionados por el liderazgo populista anterior, y luego abandonados a un mundo de mercados en que difícilmente podían tener éxito, han retornado a su reflejo político raigal: buscar un Mesías Político que asigne a otros la culpa de sus males, y les haga una promesa personal de salvación.

El neopopulismo ha cobrado fuerza en los últimos seis o siete años. Más que de una teoría, se trata de movimientos con rasgos comunes o parecidos, que han prendido en los sectores más desposeídos y amenazados, aquellos menos capacitados para desempeñarse por sí solos en contextos modernos. Se expresa en una alianza emocional entre el caudillo providencial que comanda y los pobres que lo siguen, esta vez, a diferencia del populismo del siglo XX, sin apenas ver-

daderos partidos u organizaciones sociales intermedios. Se promete una revolución de los pobres, dirigidos por un hombre fuerte, vengador de los agravios políticos, dispuesto a barrer una sociedad y una política que los ignora. En algunos casos, como Venezuela, el caudillismo renace revestido de militarismo (o viceversa), encabezado por un militar formado para mandar de maneras no democráticas.

La conexión emotiva entre el caudillo y sus seguidores estriba en que el hombre fuerte se presenta identificado con los pobres, como quien toma venganza de los políticos y los partidos tradicionales y, más en general, de todos los males que han sufrido las mayorías en los últimos años, sin desdeñar tampoco los agravios de siglos anteriores. Al mismo tiempo, el caudillo reivindica de manera mítica identidades ideales y paraísos que se perdieron por culpa de esos enemigos, nacionales e internacionales, que todavía hoy conspiran contra el pueblo. El caudillo encarna el interés y la identidad popular y promete la conducción hacia la tierra prometida, mientras señala acusador a algún enemigo como encarnación del mal o del diablo. El neopopulismo combina así varios elementos religioso-fundamentalistas.

El neopopulismo se separa del populismo latinoamericano anterior en que no parece pretender una conciliación de sectores sociales con vistas a la modernización, sino que ha heredado del marxismo tradicional un lenguaje de confrontación social (cuyo alcance práctico completo está por verse). La confrontación que el neopopulismo alienta, sin embargo, no es de clases en el sentido marxista, sino que sigue aproximadamente la línea divisoria entre los sectores modernos y los no-modernos de las sociedades latinoamericanas. De un lado quedan campesinos sin tierra, desempleados y subempleados urbanos, habitantes de favelas y villas-miseria; y del otro están los trabajadores cualificados, empleados, profesionales, empresarios, habitantes de las urbaniza-

ciones... aquellos que se sienten con recursos para afrontar una economía moderna y tener éxito en ella. En el lenguaje neopopulista, unos son el pueblo, los indígenas, los pobres; y los otros son los oligarcas, los blancos, los ricos.

El lenguaje y los hechos de esta confrontación que el neopopulismo promueve, arrojan una duda decisiva sobre la naturaleza del proyecto: ¿se trata de una nueva estrategia de modernización social, centrada en quienes han sido dejados atrás por intentos anteriores? ¿O más bien no hay tal intención modernizadora, sino que estamos ante un proyecto puro de poder que sólo pretende explotar los desfases internos de las sociedades latinoamericanas, agudizándolos cuanto sea preciso para garantizarse una mayoría electoral permanente? ¿O quizás intencionalmente es lo primero, llevado adelante con tal torpeza que va a resultar, mientras dure, en lo segundo?

De lo que no hay duda, es que la tarea de completar la modernización social de América Latina sólo puede realizarse engranando a los sectores sociales ya modernizados con los sectores que todavía no lo están (pero ciertamente desean estarlo). Si el populismo del siglo XX finalmente fracasó por no ser capaz de sostener la alianza que prometía entre los sectores modernos de la población y los tradicionales, y si el 'neoliberalismo' fracasó en buena medida por no intentar siquiera esa alianza, ¿podrá tener algún éxito modernizador una política basada en la *demonización* de quienes deberían ser aliados? Parece evidente que no: la incorporación de los pobres a la modernidad requiere un reconocimiento mutuo entre sectores modernos y no-modernos, que facilite la transferencia de identidades, recursos, saberes y oportunidades en las dos direcciones. La política de la confrontación aleja la posibilidad de ese reconocimiento, dejando a quienes 'no pueden' construir la modernidad por sí mismos aún más solos que antes.

La sospecha de que, a diferencia del populismo del siglo XX, el neopopulismo no tiene en realidad propósito modernizador, se refuerza cuando se observa su desempeño institucional. Los neopopulistas hablan de sí mismos como revolucionarios o refundadores. Su intento incluye cambiar las reglas constitucionales para adquirir control hegemónico sobre el Estado, con la intención poco disimulada de ampliar los poderes del Ejecutivo y extender el término de su mandato, a la vez que disminuir la capacidad social de controlar al gobierno. Tres elementos parecen estorbar al gobernante neopopulista: la división de poderes del Estado; la independencia y libertad de las organizaciones y asociaciones sociales; y la ley que él mismo ha promulgado, cuando un cambio en las circunstancias la hacen inconveniente para el propósito del momento. El ejemplo de la crisis en Bolivia respecto a la regla de voto (2 / 3) con que se convocó la Constituyente, es expresivo. La voluntad del caudillo debe predominar sobre cualquier institucionalidad, incluso la que él mismo ha creado.

El desmontaje de la precaria institucionalidad pública existente en los países latinoamericanos, a favor de la voluntad arbitraria del caudillo neopopulista, tiene consecuencias inmediatas para la efectividad de su gestión. En el mito de la pasada grandeza y edad de oro (indígena, por ejemplo), caída posterior y reivindicación actual de la identidad, se combinan los nacionalismos, indigenismos y socialismos utópicos que permiten vivir los primeros tiempos de la “revolución” como un seguimiento religioso, con muy poca racionalidad instrumental para producir las soluciones, que requerirían una rigurosa secuencia de medios para alcanzar los fines. Esta falta de racionalidad instrumental y su ordenamiento para la consecución de fines concretos, produce graves carencias en la gestión y pronto lleva a serios fracasos y frustraciones en el terreno mismo de lo social desde el que se pretende justificar todo el intento. Así por ejemplo,

tras haber alcanzado el poder denunciando la corrupción de los políticos tradicionales y las oligarquías, a la vuelta de poco tiempo el caudillo que ha desmantelado la institucionalidad disponible para controlar esa corrupción, se encuentra con que los recursos de los programas sociales se desvanecen mientras sus asociados aparecen súbitamente enriquecidos. El impulso ético genuino, que tal vez anima al caudillo neopopulista, nada vale si no se plasma en una institucionalidad operante; pero su modo de hacer política no es levantar instituciones modernas sino derribarlas en nombre del sentimiento popular que confía no en las instituciones políticas, sino en una providencia personal. Todo ello se disfraza bajo un discurso moralista que reitera las buenas intenciones iniciales pero que, falto de aparato institucional, queda impotente.

La relación entre el caudillo neopopulista y las instituciones y organizaciones de la sociedad civil, empresariales, religiosas, comunitarias o profesionales, es también turbulenta. Estas organizaciones molestan al caudillo en la medida en que se empeñan en participar de manera autónoma en el espacio público enviando mensajes, ofreciendo servicios, creando relaciones sociales, y controlando la acción del Estado. Esto amenaza el monopolio del caudillo como elaborador y dispensador de la identidad social del pueblo. Por ello, los continuos llamados a la organización y la participación popular, que forman parte del mensaje neopopulista, deben ser tomados con gran cuidado: se llama a organizarse y participar ‘dentro de la revolución’, recibiendo recursos públicos para realizar los planes del caudillo y engrandecer su imagen. Por el contrario, la organización social que el caudillo neopopulista no puede controlar debe ser demonizada y asfixiada.

Esta tendencia totalitaria no se presenta por igual en todos los neopopulismos latinoamericanos, quizás porque no to-

dos han adquirido el mismo poder sobre la sociedad. Sin embargo, debe notarse que está inscrita en la estructura básica del neopopulismo: puesto que la política no es primero asunto de instituciones ni de generación y distribución social de capacidades productivas, sino de lealtades personales, el pueblo debe confiar y depender únicamente del líder, concentrando su identidad sociopolítica en él para seguirlo sin fisuras. Un sistema de identidades sociales y participaciones organizacionales múltiples daría lugar a un ciudadano crítico, capaz de crear por sí mismo, institucionalmente vinculado con sectores heterogéneos en varios niveles, no apto por tanto para formar la tropa del caudillo neopopulista.

Finalmente, el neopopulismo tiene necesidad del 'enemigo externo'. Una razón para ello ya la hemos mencionado: basándose en una mitología de la bondad natural del pueblo, necesita poner toda la causa de los males que le afligen fuera de él. La imagería se toma sin mayor adaptación de la izquierda latinoamericana de los años '60: según la ocasión, la raíz del mal será el neoliberalismo, el capitalismo, el imperialismo, las transnacionales, los Estados Unidos, o Bush mismo en persona.

Esto presenta varias ventajas como mensaje político. Por una parte, es más fácilmente aceptable por la población que lo contrario; siempre resulta agradable saber que uno es bueno y que los malos son otros, de manera que ellos deben cambiar o ser derrotados (por el caudillo salvador), mientras uno mismo puede continuar tranquilamente con su modo de vida. Por otra parte, sirve de explicación para los repetidos fracasos de la gestión del gobierno neopopulista: esos fracasos se deben al sabotaje de la CIA, al bloqueo externo, a la acción de siniestros poderes mundiales que se saben amenazados por la denuncia del caudillo y el poder popular que él lidera. Además, en caso de que la ineficiencia de la

gestión económica o social amenace crisis interna, permite levantar el fantasma de la agresión extranjera inminente a fin de re-cohesionar al pueblo contra el enemigo exterior: los americanos se preparan para invadirnos; se ha desvelado un complot para matar al presidente... Finalmente, tal vez el rol más preocupante del 'enemigo externo' consista en que permite definir al 'enemigo interno' de la revolución, esto es, la oposición política y social, como aliado objetivo del agresor externo, por tanto como traidor a la patria. Se le puede así cortar fuentes de financiamiento externo, perseguir, acosar, difamar, y juzgar por tribunales ya controlados por el caudillo neopopulista.

Esta descripción de la cultura política del neopopulismo latinoamericano debe bastar para justificar nuestra afirmación de que el déficit social y político resultado de la quiebra del populismo del siglo XX y del fracaso del proyecto 'neoliberal' que lo siguió, ha dado lugar no a un giro hacia la izquierda, sino a los dos que hemos descrito, con contenidos socio-políticos no sólo diferentes sino opuestos: una socialdemocracia que apunta hacia la democracia social, y un neopopulismo caudillista que apunta hacia formas de totalitarismo personalista. Contra lo que la clasificación convencional en izquierdas y derechas pudiera hacer pensar, entre la derecha más o menos liberal latinoamericana y la izquierda socialdemócrata, la diferencia es de lugar y énfasis de la preocupación social, una diferencia de grado dentro de un continuo (como Brasil o Chile muestran), mientras que entre la socialdemocracia y el neopopulismo autoritario, hay discontinuidades más profundas, particularmente las que separan una democracia integradora a través de instituciones modernas, de autocracias personalistas basadas en la confrontación. Por ello, a la izquierda socialdemócrata le es posible entablar alianzas en el centro (como en Chile o en el mismo Brasil), mientras que el neopopulismo vive de la polarización e intenta a toda costa que el centro desaparezca.

LAS CONDICIONES ECONÓMICAS DE POSIBILIDAD DEL NEOPULISMO

Para comprender el proceso político latinoamericano reciente es preciso todavía preguntarse por qué unos países han tomado el camino neopopulista, mientras otros han tomado el de la democracia social. Al fin, el sustrato caudillista y militarista es común y, en mayor o menor medida, durante el siglo XX todos los países fueron influidos tanto por el populismo tradicional como por los temas de la izquierda radical de que se alimenta el neopopulismo. ¿Por qué la diferencia en las respuestas al déficit social y político que dejaron los años '80 y '90? Y, más importante aún, ¿de quién es el futuro? ¿Estamos, como a veces anuncia Hugo Chávez, ante el amanecer de una revolución continental de signo neopopulista?

La respuesta científica a estas preguntas requeriría una indagación en detalle del proceso sociopolítico país por país, que no podemos emprender aquí. Pero sí podemos adelantar una hipótesis: un elemento clave de la elección entre democracia social y neopopulismo se encuentra en que este último sólo es viable si el Estado dispone de cuantiosos recursos naturales con precios internacionales muy por encima del costo de producción. Sin eso, no importa cuál sea la intención política del líder izquierdista; salvo que Venezuela le financie el proceso, no hay revolución neopopulista posible en Latinoamérica.

Para justificar nuestra hipótesis, comenzamos notando la mayor de las diferencias entre neopopulismo y marxismo: mientras el marxismo es, antes que nada, una Economía Política basada en una teoría de la producción industrial moderna, el neopopulismo carece absolutamente de propuesta productiva viable. Varios elementos concurren en ello. Primero el ya mencionado: si las desgracias que padece-

mos son producidas por otros, y el caudillo tiene la solución, consistente en liberarnos de los opresores, se desarrolla muy poco la lógica productiva del presente hacia el futuro, que lleva implícita la idea de que el futuro será nuestra creación como el presente lo ha sido. En el neopopulismo, el pueblo contribuye con su apoyo político al caudillo, y esto le hace acreedor del apoyo económico sustancial del mismo caudillo una vez en el gobierno. El pueblo del neopopulismo no es primero productor, sino receptor de bienes y servicios.

Luego está el punto de que, a diferencia de su antecesor del siglo XX, el neopopulismo no sólo desconfía del empresariado nacional y de las clases profesionales, sino que los ve como el 'enemigo interno', la oligarquía cuya *demonización* es fundamental para redefinir la identidad política del pueblo y asegurar una mayoría electoral permanente. Queda pues cerrado el camino del desarrollo productivo a través de la empresa privada, siempre bajo sospecha, amenazada que sus derechos de propiedad pueden ser violados en cualquier momento según la conveniencia política del caudillo. No hay animal más cobarde que el dinero, dicen, así que el resultado esperable es una retracción de la inversión privada (tanto nacional como internacional) y un deterioro de su calidad (inversiones a plazo más corto, tasas de retorno más altas requeridas para tomar el riesgo). Y junto con ello, se acelera la emigración de los jóvenes profesionales y empresarios hacia parajes más prometedores, que debilita el capital humano disponible para el futuro.

Un tercer elemento que conspira contra la posibilidad de un proyecto productivo neopopulista es de tipo ideológico, derivado de los utopismos que concurren en él. Con frecuencia, para responder a retos que exigen formación científico-tecnológica, inversión y competencia, se proponen economías de subsistencia mitificadas de manera moralista (economía sin egoísmo, sin fines de lucro, donde todos se

ayudan y comparten, economías de trueque...). Así resultan intentos ingenuos y dispersos de promover formas económicas complejas (cooperativas, comunas, esquemas de cogestión empresarial) como si fueran simples. Puesto que cooperativas, comunas, cogestión y demás son en realidad más exigentes desde el punto de vista de la cultura económica que la empresa capitalista estándar, en ellas se entierran cuantiosos subsidios estatales sin mayor fruto productivo.

De esta forma, si ni el empresario privado es querido como protagonista de la producción, ni hay un diseño para una 'economía social' de muchos pequeños productores asociados que pueda ser competitiva, ni se fomenta en general una cultura de producción en el pueblo, parece no quedar más remedio que recurrir al Estado como agente principal de la producción. Dada la historia de la empresa pública en América Latina, más bien catastrófica, el neopopulismo no se ha atrevido hasta ahora a hacer esto en gran escala.

No habiendo en el neopopulismo idea productiva con algún viso de viabilidad, su programa económico resulta fundamentalmente distributivo, confundiéndose así con su programa social, y puesto que las distribuciones tienen por objeto afianzar vínculos clientelares, también con su programa político. Ahora bien, para distribuir algo primero hay que tenerlo: ¿de dónde sale ello? La respuesta en Venezuela, y el proyecto de respuesta en Bolivia y Ecuador, los únicos países que hasta ahora han proclamado su voluntad de desarrollar una revolución neopopulista, es simple: sale del subsuelo, en forma de hidrocarburos y minerales.

La mayor parte de las economías latinoamericanas siguen apoyándose considerablemente en la exportación de productos y recursos naturales, aunque alguna diversificación se ha producido hacia la industria, el turismo, los servicios, y la exportación de mano de obra. *Grosso modo*, estos pro-

ductos naturales se dividen en (i) renovables, como los agropecuarios, pesqueros y forestales, que en las legislaciones latinoamericanas están normalmente bajo propiedad privada; y (ii) no renovables, como los minerales e hidrocarburos, que según una tradición legal proveniente de la Colonia, pertenecen al Estado.

Pues bien, las transformaciones económicas globales de la última década, particularmente la vigorosa incorporación al circuito económico capitalista de India, China o Vietnam, han producido simultáneamente tendencias a la baja en los precios internacionales de los productos agropecuarios (por crecimiento de la oferta), y fuertes tendencias al alza de los minerales e hidrocarburos (por crecimiento de la demanda). El resultado coincide precisamente en tiempos y lugares con el surgimiento del neopopulismo: en países ricos en minerales e hidrocarburos, el Estado recibe o está en condiciones de recibir una cuantiosa renta adicional. Esa renta no deriva de un desarrollo de las capacidades productivas del país, sino del incremento de los precios internacionales del recurso. Este es el dinero que el caudillo neopopulista necesita para alimentar la relación clientelar-distributiva con su base política, sin tener que desarrollar un programa productivo, ni tampoco seriamente re-distributivo.

Esta hipótesis nuestra permite comprender que Venezuela, Bolivia y Ecuador sean candidatos a la 'revolución' neopopulista, mientras que países más dependientes de las exportaciones de productos agropecuarios, como Nicaragua o Argentina, o de la industria, como Brasil, simplemente no pueden permitirse la parálisis productiva interna a que lleva el neopopulismo, no importa cuán tentador pudiera resultar como ideología para sus líderes de izquierda. Más dramática es la posición de México, situado ante las dos opciones y dividido a partes iguales entre el norte que quiere profundizar la integración económica con Estados Uni-

dos y el sur que querría tal vez emprender un reparto neopopulista de la renta petrolera.

Si nuestra hipótesis es correcta, entonces el neopopulismo no puede extenderse en América Latina más allá de los contados países donde la renta de minerales e hidrocarburos permita al caudillo neopopulista repartir sin ocuparse de producir. No habrá pues revolución neopopulista continental. Y aún dentro de esos países susceptibles de desarrollarlo, el neopopulismo no se extenderá en el tiempo más allá del punto en que los ingresos por el recurso natural permitan cubrir las demandas de las relaciones clientelares en que se basa. Como esas demandas son naturalmente crecientes, y como de necesidad lo son también las pérdidas por corrupción en un contexto de incapacidad institucional aguda, llegará el momento en que el liderazgo neopopulista deba elegir entre manejar la insatisfacción social resultante de manera represiva, convirtiéndose en una dictadura estilo cubano, o bien de manera productiva, intentando un giro sea hacia la socialdemocracia, sea hacia una dictadura basada en la explotación masiva de los trabajadores, estilo vietnamita o chino.

En resumidas cuentas, el examen de las condiciones económicas de posibilidad del neopopulismo nos revela que no estamos sólo ante una regresión política hacia modelos premodernos, personalistas y autoritarios, sino también ante un esquema económico inviable en el largo plazo. No hay en él futuro ninguno, y los países que lo intenten perderán un tiempo precioso en el intento secular de modernizar nuestras sociedades. Ocho años después del comienzo de la primera y más característica 'revolución' neopopulista en América Latina, la de Hugo Chávez en Venezuela, esto puede decirse ya sin temor a equivocarse.

POPULISMO, FRAGMENTACIÓN Y BIEN PÚBLICO

*Francisco Porras**

El primer escollo que se debe enfrentar al tratar con el populismo clásico, o las variantes contemporáneas del neopopulismo, es definirlo de manera clara. Dependiendo del marco teórico, nivel de análisis, contexto sociopolítico y periodo histórico, el populismo puede ser caracterizado de muy distintas maneras. Puede ser un atributo de la cultura política que pone al *pueblo*, independientemente de cómo se defina éste, en el centro de las interacciones de los actores gubernamentales y no-gubernamentales; pero también ha sido definido como el resultado de la identificación de los intereses del pueblo con un líder, quien se presenta como su personificación. *Populismo* es un orden sociopolítico que se fundamenta en los atributos carismáticos del gobernante o luchador social; pero también puede ser un paradigma de acción gubernamental en el que los grupos de la periferia social son incorporados a procesos clientelares de política pública, a cambio de su apoyo político al líder.

* Doctor en Ciencias Políticas y Estudios Internacionales por la Universidad de Warwick (Reino Unido). Profesor-investigador del Instituto Mora (Ciudad de México). fporras@mora.edu.mx

Esta diversidad de sentidos y aproximaciones se explica en gran medida por la ambigüedad que resulta del ser un *término paraguas*. El *populismo*, al igual que la *democracia* y la *gobernabilidad*, es en realidad una palabra que agrupa varios enfoques y datos teórico-empíricos que pueden variar significativamente de acuerdo a las circunstancias. El uso de términos paraguas ha demostrado ser útil para divulgar conocimiento científico y para incorporar asuntos de la agenda pública a la investigación social. Sin embargo, su uso no consistente (especialmente en el discurso político) ha favorecido la aparición de significados contradictorios, algunos de los cuales tienen una fuerte carga normativa. Así, por ejemplo, el dominio público considera a la democracia como algo deseable en sí mismo, independientemente de si se define como un sistema de interacción público-privada que busca el bien de la mayoría, como un modelo de formulación de políticas basado en la consulta ciudadana y la deliberación, o como un mecanismo para asegurar la elección de los gobernantes a través del voto. La distinción es importante, puesto que existe evidencia que sugiere que no todas las modalidades de democracia son igualmente efectivas en todos los niveles de acción o en todos los contextos. De la misma manera, el populismo se ha convertido en un término peyorativo que implica el ataque a las instituciones democráticas, y la formulación de políticas fiscalmente irresponsables, independientemente de las características de los sistemas políticos concretos de los que se trate.

Pensar el populismo como algo contrario *per se* a los procesos de democratización no considera dos problemas fundamentales que la descalificación discursiva tampoco resuelve. El primero tiene que ver con los problemas de conceptualización. Si el populismo es un paradigma de agregación de intereses que, al poner a los “intereses del pueblo” como única fuente de legitimidad, puede fomentar la ilegali-

dad y, por ende, destruir la confianza en las reglas del *juego democrático*, entonces ¿cómo entender el hecho de que políticas populistas y democracia electoral convivan en muchos países latinoamericanos? En otras palabras, si el populismo y la democracia fueran mutuamente excluyentes, ¿cómo interpretar que su contradicción no implica en todos los casos la desaparición de los regímenes democráticos, al menos formalmente hablando?

La respuesta quizá se encuentre en considerar la diferencia entre democracia y populismo no como una dicotomía, sino como una diferencia que, aunque en algunas dimensiones es cualitativa, es sobre todo de grado. Algunos elementos constitutivos de una democracia funcional se hallan también en los entornos populistas. Entre ellos se encuentran la legitimidad que viene de la voluntad de las mayorías, el discurso político que permite la convergencia en programas nacionales de reforma, la implementación de políticas de cobertura universal directa para remediar las desigualdades socioeconómicas (financiadas completamente con fondos públicos), y la incorporación de los “clientes” de servicios básicos a los procesos de decisión de las políticas públicas. La diferencia está en su radicalización que, en el populismo, los convierte en el origen único de la legitimidad de la acción del Estado y de los actores sociales. En el populismo, la ley, las *culturas procedimentales* de instituciones gubernamentales y no-gubernamentales, y los derechos de las minorías se encuentran subordinados a la voluntad del “pueblo”, que se define como una entidad homogénea y soberana representada absolutamente por el líder. El reconocimiento social del derecho a ser obedecido (según definición de Mascott, 2006) ya no proviene del cumplimiento de la ley, o de las condiciones del Estado de Derecho, sino de la satisfacción de las carencias de la mayoría marginada, discutidas y articuladas por el líder carismático.

El *pueblo*, la *reforma nacional* o los *excluidos* se vuelven los criterios que determinan cuándo una acción pública es buena o no y, por lo tanto, legitiman la acción del Estado, funcionando también como herramientas de agregación de intereses. Al argumentar que las instituciones sociopolíticas se encuentran al servicio de los poderosos y no del pueblo, los líderes populistas introducen mecanismos alternos para establecer relaciones directas entre sus representados y ellos mismos. Estas interacciones se mantienen a través de los medios de comunicación y también mediante redes interorganizacionales, con distintos grados de cohesión. El objetivo es evitar la intermediación de las instituciones sociopolíticas tradicionales. En un sistema populista, el bien público se define por el intercambio entre el líder y el pueblo; y los procedimientos que mantienen el orden del régimen (constitucionales, judiciales, electorales y consuetudinarios) aunque *legales*, no son reconocidos como *legítimos*. Tradicionalmente, esta dicotomía discursiva entre lo que es *bueno* y lo que es *legal* ha sido utilizada por los líderes populistas para intentar transformar las instituciones (Cansino y Covarrubias, 2006). En el populismo clásico, esta pretensión tiene su origen en actores que se encuentran fuera de los cuerpos del Estado y que buscan, modificando las reglas de la competencia democrática, ingresar a las estructuras del poder formal. En el neopopulismo, por otro lado, los actores ya se encuentran en posiciones de poder gubernamental, y usan la movilización ciudadana para cambiar las condiciones de su ejercicio; típicamente las relativas a la rendición de cuentas a otros poderes, los contrapesos con otros actores, y el tiempo de su permanencia en el cargo (Knight, 1998).

Las dificultades para definir el populismo de manera clara se acrecientan cuando se examinan las formas concretas en las que éste coexiste con las instituciones democráticas. El Estado, lejos de comportarse como un monolito institucional

jerárquico, despliega sus intervenciones a través de diversos instrumentos, en una gran cantidad de sectores de política pública. Después de las crisis de legitimidad y de finanzas gubernamentales de las décadas de 1970 y 1980, los Estados han desarrollado estrategias de adaptación a las condiciones contemporáneas de mayor complejidad sociopolítica, entre las cuales se encuentra el flexibilizar los procesos de política pública (Pierre y Peters, 2000). Para lograr dar una respuesta más adecuada y rápida a un ciudadano cada vez más demandante, y menos dispuesto a colaborar con el gobierno, los Estados han multiplicado sus agencias, al mismo tiempo que las han vuelto más pequeñas y ágiles. En Latinoamérica, al igual que en Norte América y Europa, ha aparecido una gran cantidad de cuerpos gubernamentales (e híbridos) capaces de localizar a sus ciudadanos “clientes” para dar un servicio público *focalizado* (Geddes, 2005). En lugar de beneficiar a una población bajo el criterio de pertenencia a un territorio político-administrativo determinado, ahora se intentan resolver problemas muy concretos de personas que no se distribuyen uniformemente en el espacio, a fin de hacer un uso más eficaz de los recursos públicos y optimizar el impacto de los programas. En lugar de tener una gran agencia gubernamental tratando los problemas relacionados con el desarrollo de las familias, por ejemplo, lo usual es tener una micro-agencia para los ancianos, otra para potenciar el desarrollo de las mujeres (políticas de *equidad y género*), otra para los jóvenes (prevención de adicciones, políticas de incorporación al mercado laboral), otra para los niños, *et cetera*. Como resultado, el número de sectores de política pública ha crecido en todos los niveles de gobierno, generando burocracias complejas en las que la duplicidad de funciones y las dificultades de coordinación también han aumentado.

En entornos donde la fragmentación de los sectores de política pública se incrementa, el modelo jerárquico de acción

disminuye en eficacia. Puesto que para diseñar, implementar y evaluar un programa es ahora necesaria la participación de un mayor número de agencias gubernamentales y actores sociales, el Estado se ve obligado a desarrollar estilos de coordinación basados en estrategias de *gobierno comunicativo*. Éste se caracteriza por el establecimiento de vínculos directos con la ciudadanía con el objetivo de causar un efecto determinado en alguna sección del aparato burocrático que, dadas las condiciones de complejidad, es inmanejable por medio de las dinámicas jerárquicas u horizontales usuales (Kooiman, 2000). Así, por ejemplo, es posible que la cabeza del Poder Ejecutivo acompañe una propuesta al Poder Legislativo con una campaña en los medios de comunicación dirigida a los “clientes” de un programa, para que éstos, a su vez, influyan sobre la decisión que se alcance. Esto ha abierto la posibilidad para el ejercicio de estilos populistas en los sectores de política en los que el apoyo directo de la ciudadanía es indispensable.

De acuerdo a las necesidades del gobierno, un sector de su ejercicio puede desarrollar características populistas, con distintos grados, periodos y rangos de acción, mientras que otro puede consolidarse como promotor de las instituciones democráticas. Si, por ejemplo, los resultados electorales le fueron adversos, el gobernante puede emplear estrategias de movilización masiva para presionar a los órganos electorales; pero exigirá el respeto más absoluto de su propia legitimidad al ejército, dado que fue electo con la voluntad de las mayorías y confirmado por los órganos estatales competentes. Esto puede darse tanto en gobiernos de las llamadas *izquierdas* como de *derechas*, y en cualquier nivel de gobierno.

Existe un segundo problema sobre el populismo que no se resuelve al descalificarlo y concebirlo como contrario a los sistemas democráticos: el relativo a su aceptación. Independientemente de lo que pensemos sobre los intentos de refor-

ma de las instituciones para que sirvan al *pueblo*, el hecho es que éstos muchas veces reciben la aprobación de un porcentaje importante, si no mayoritario, de la población. Los cambios que se intentan introducir, usando los medios de comunicación o tomando las calles, podrán ir en contra de estatutos legales y derechos de minorías o, de ser aplicados, someterían a las arcas del Estado a desembolsos no compatibles con “finanzas sanas”. Sin embargo, estos proyectos de reforma son percibidos como la solución a los problemas sociales. Cansados de esperar los beneficios del modelo neoliberal del crecimiento, y de la corrupción y falta de rendición de cuentas de los gobernantes, muchos ciudadanos consideran la vía alterna del populismo como la única viable. La aceptación puede venir no sólo de personas que son “clientes” potenciales de las reformas propuestas, sino también de ciudadanos de las clases medias y las élites, quienes piensan que los regímenes no pueden transformarse desde dentro y necesitan siempre de la “sacudida” de un agente externo.

Más decisivamente, muchos de los programas calificados como populistas por sus detractores pueden ayudar a remediar algunos problemas urgentes. Es cierto que, por ejemplo, utilizar fondos públicos para dar una cantidad de dinero mensual a los pensionados puede ser viable ahora pero quizá no lo será en 50 años, cuando la pirámide poblacional esté invertida; pero la realidad es que este tipo de ayudas directas son muy útiles para personas en condición de pobreza urbana. De la misma manera, cuestionar la validez de las instituciones y su actuar usando métodos de presión social no ayuda a consolidar una democracia funcional, puesto que esa vía no sigue los procedimientos codificados para dar a conocer una inconformidad, procesarla, sancionarla y, en su caso, apelarla. Sin embargo, si las movilizaciones sociales son tan exitosas es porque en el fondo responden a una necesidad real de la ciudadanía: tratar de influir en los

procesos de política pública y en el funcionamiento de aparatos estatales que se perciben como lejanos. Toda política es, en el fondo, política local (John, 2006); y si a pesar del discurso del Estado las personas no obtienen mejoras en sus condiciones concretas, el régimen de gobierno es, simplemente, ineficiente. El apoyo social que reciben las propuestas populistas debe ser considerado seriamente. La solución más fácil es descalificarlas, proponiendo alguna variante de delirio colectivo para explicar el apoyo masivo que reciben. Pero esto equivaldría a pensar que la mayoría nunca se equivoca, excepto cuando piensa diferente que uno mismo.

EL CONTINUUM INSTITUCIONAL-POPULISTA

A pesar de estos problemas en la definición del populismo y su aceptación social, estudios comparativos han dejado en claro que continúa siendo de gran utilidad abordar el asunto a través de sus atributos estructurales. Por “estructural” aquí se entienden las condiciones sistémicas que moldean o constriñen la acción de los agentes sociopolíticos. Esto permite generar un *tipo ideal* de populismo que hace posibles los análisis y las hipótesis, sin que las contradicciones que se encuentran en los casos concretos invaliden la generalización inicial. Así, por ejemplo, la literatura sobre el populismo coincide en señalar que éste coloca en un lugar subordinado a las instituciones políticas si éstas obstaculizan el *bien público*, definido como el *bien del pueblo*. La presencia de esta cualidad sistémica permite diferenciar una política populista de otra que no lo es. Esto, sin embargo, no significa que en todos los contextos locales y nacionales el populismo adquiera el mismo grado o modalidad, o sea percibido con la misma intensidad por la ciudadanía.

Quizá la conclusión más interesante de usar la aproximación de los *tipos ideales* es que en la realidad nunca encontraremos un régimen que actualice todas las dimensiones

implicadas en la definición del populismo. No es posible calificar un sistema sociopolítico como *populista* o como *democrático* de una manera absoluta y definitiva, pues lo único que se puede verificar es que una cantidad de sectores de política pública funciona bajo la lógica populista. Siguiendo la argumentación general que Krahmann (2003) aplica para la literatura de la gobernanza, uno puede entender el populismo como un extremo de un *continuum* que tiene en el otro término a un régimen que aquí he llamado *institucional*. Así, por ejemplo, puede ser que un gobierno local implemente una política de subsidio a través de redes, la financie totalmente con recursos públicos yendo en contra de las normas establecidas por el gobierno central, y lo justifique discursivamente por el “bien del pueblo”. Pero ese mismo gobierno puede cobrar el impuesto local por la propiedad, penalizando con multas a quien no lo pague a tiempo, negociando convenios de colaboración con las cámaras de comercio, y montando campañas de publicidad que justifiquen sus acciones en términos del “cumplimiento de la ley”. La primera política se encuentra más cerca del tipo ideal del populismo, mientras que la segunda lo está de un régimen institucional.

Conforme las necesidades y circunstancias cambian, un gobierno puede mover sus paradigmas de acción más cerca de un extremo o de otro (ver cuadro uno). Esto genera dos problemas importantes: el primero es saber cuántos sectores de política pública o programas deben ser populistas para que toda una administración o régimen lo sea. El segundo es afrontar el problema práctico de la compatibilidad de políticas: el doble estándar para determinar que es lo “bueno” políticamente hablando puede minar aún más la credibilidad y la eficiencia del Estado. Ambos asuntos son discutidos ampliamente en la literatura académica de la administración pública contemporánea (véase a Rhodes, 2000).

Cuadro uno
EL CONTINUUM INSTITUCIONAL-POPULISTA

DIMENSIÓN	RÉGIMEN INSTITUCIONAL	RÉGIMEN POPULISTA
Principal fuente de legitimidad	El orden político	El bien del pueblo
Criterio para excluir a actores e instituciones de la esfera pública	La ilegalidad u otras restricciones derivadas de la nacionalidad	El no pertenecer o favorecer al pueblo
Valor de las reglas formales del régimen	Alto	Bajo
Mecanismos de agregación de intereses	Representación y/o delegación resultado de elecciones	Participación directa y/o delegación en el líder populista
Tipo de representación ejercida por los líderes	Racional (i.e. basada en reglas impersonales)	Tradicional y/o carismática
Valor de la intermediación entre la ciudadanía y el líder	Alto o Medio (el bien público puede ser representado por organizaciones no-gubernamentales)	Bajo (el bien público sólo es representado por el líder)
Principales modelos de interacción entre el líder y la ciudadanía	Jerarquías y mercados	Redes
Criterio de financiamiento de servicios públicos	Financiamiento público, privado y mixto	Financiamiento público

Fuente: elaboración propia.

Explicar el populismo desde esta perspectiva exige tener una visión diferenciada por circunstancias temporales y de contexto, la cual no es compatible con discursos que no reconocen que la realidad sociopolítica es una construcción mantenida por un número muy grande de actores. Como argumenta Stoker (2005:3), “para cada problema complejo

hay una respuesta simple, y ésta siempre es errónea". El hecho de que el populismo sea un fenómeno multi-causal y con externalidades que se manifiestan en un número grande de sectores no hace sencillo el entenderlo. Sin embargo, es preferible tener un número de modelos teóricos (no siempre compatibles entre sí) con una capacidad explicativa limitada y parcial a tratar de evaluar el populismo de una manera categórica, sin considerar las implicaciones de los diferentes contextos nacionales.

Entender el populismo como un extremo de un *continuum* también ofrece un complemento útil a los modelos teóricos usuales. Desde la perspectiva de las comunidades de política pública, hay tres grandes paradigmas para explicar el populismo: las teorías de la sociedad masas, las de la cultura política, y las de la racionalidad (tanto del gobierno como de los gobernados). Aquí se comentan brevemente, para luego centrarse en el problema de la fragmentación.

- a) *La sociedad de masas.* Este enfoque fue introducido básicamente por la teoría crítica, al argumentar que el fracaso de las sociedades modernas no puede ser explicado solamente por desequilibrios en los medios de producción, sino que también es necesario considerar fenómenos sociopolíticos vinculados a las *masas*. El siglo XX se caracterizó por tener grandes concentraciones de individuos que, aunque dispersos territorialmente, tenían ideas, sentimientos y racionalidades comunes. Esto fue posibilitado en gran medida por el desarrollo de Estados nacionales que, poseedores de una capacidad de control central desconocida en otras épocas, aspiraban a dirigir territorios, poblaciones, e incluso la manera de pensar de sus ciudadanos (Foucault, 1991). Los medios de comunicación, las burocracias, las ideologías y las organizaciones a gran escala facilitaron que los ciudadanos se pudieran relacionar directamente con enti-

dades supra-locales, dejando en segundo lugar sus afinidades y lealtades comunitarias (Joussain, 1949). Los integrantes de la *masa* piensan y actúan de manera muy similar, por lo que mantienen patrones de interacción e identificación con líderes a los cuales nunca han visto en persona, pero que reconocen a través de los medios de comunicación. La racionalidad común introduce tendencias cognitivas y de acumulación que disminuyen las diferencias en el sistema político (Gusfield, 1962).

Desde esta perspectiva, *el populismo es la consecuencia natural de la atenuación de sociedades y grupos primarios, como la familia y el barrio*, pues el líder proporciona al individuo masificado una identidad que no obtiene de otra manera. La mayoría de los análisis que utilizan esta aproximación, sin embargo, parecen suponer que la definición de identidad que realiza el líder es la única que permite la acción colectiva fuera de las instituciones tradicionales; lo que no ha sido comprobado del todo. Esto equivale a argumentar que la masa es amorfa y manipulable *per se*, lo que es plausible en el caso ejemplar preferido por los proponentes de estas teorías (el ascenso de Hitler al poder); pero que, en las condiciones actuales de falta de legitimidad gubernamental, difícilmente explica lo que ocurre en América Latina. Las teorías de las élites, la de los regímenes urbanos (véase Stone, 1989), y las de la influencia *fuerte* de los medios de comunicación presuponen en diversos grados este estado de indefensión de las colectividades post-modernas, pues todas argumentan que las estructuras mantenidas por coaliciones de élites determinan las condiciones de actuación de las mayorías. El populismo, desde este último enfoque, sería una estrategia del gobernante para acceder al poder o reducir los obstáculos para su ejercicio ilimitado.

- b) *La cultura política.* Esta perspectiva surgió, en parte, como respuesta a las dificultades teórico-empíricas de las teorías de la sociedad de masas. Argumenta que el mantenimiento de los sistemas sociopolíticos se puede explicar por atributos estructurales que condicionan y posibilitan el actuar individual. Entre estas condiciones, la cultura política es una de las más importantes, pues es el conjunto de orientaciones cognitivas (i.e. el conocimiento o falta de él sobre instituciones y procedimientos políticos), orientaciones afectivas (sentimientos de apoyo, apego, compromiso, lealtad o repulsa a actores o instituciones), y orientaciones de evaluación (juicios y valores) que dan forma a la interacción en el sistema sociopolítico (Almond y Verba, 1963). La cultura política explicaría porqué, a pesar de que la gran mayoría de los Estados no cuenta con una presencia capaz de intervenir en todos los aspectos de la vida social, los regímenes se mantienen funcionando de una manera definida. Goldhagen (1997) ha utilizado un marco teórico de este tipo para explicar el Nazismo, argumentando que el antisemitismo codificado en las prácticas de exclusión política posibilitó el exterminio masivo de los judíos durante la segunda guerra mundial. Como propone Kooiman (1993), las tendencias auto-organizadas son las que realmente dan viabilidad a los sistemas, y la cultura política genera la racionalidad común necesaria.

De acuerdo con esta aproximación teórica, el populismo en América Latina se explicaría por la presencia de un tipo particular de cultura política. Según Almond y Verba (1963), México y otros países de la región tienen una cultura “de súbditos”, en contraposición a culturas “parroquiales” y “de participación”. En ella, el individuo

se orienta hacia el sistema político y el impacto que productos tales como el bienestar, los benefi-

cios, las leyes [...] tienen sobre su vida pero, en cambio, no tiene participación en las estructuras de insumo (Almond y Powell, 1972: 53).

Al no poder influir efectivamente en los procesos de generación de los bienes privados que se dan en el entorno del bien público, el ciudadano *delega* la responsabilidad de decidir y actuar en el líder. Incluso en regímenes formalmente democráticos, el votante puede asignar al gobernante electo atributos y capacidades carismáticas, como si sólo él (personalmente) fuera capaz de resolver los problemas de la sociedad (O'Donnell, 1994).

Sin embargo, aunque el populismo se nutre de una cultura política *delegativa*, esto no significa necesariamente que este atributo sea el más determinante en todos los contextos. La evidencia acumulada en las últimas tres décadas sugiere que si las políticas y programas populistas son aceptados por la mayoría es debido al cálculo racional costo-beneficio de sus destinatarios. Estudios comparativos indican que una vez que se alcanza un nivel medianamente alto de ingresos y de calidad de vida, a la mayoría de las personas no le importa si sus dirigentes son demócratas o no, o si son gobernados por un presidente, un parlamento o una monarquía (Mulé, 2001). La participación social tiende a mantenerse mientras el problema que la originó no se resuelva; la política del populismo parece ser importante para el votante sólo en la medida en que es un medio para mejorar su nivel de vida.

- c) *Racionalidad*. El populismo también se puede entender como una manifestación de la racionalidad del usuario de los servicios públicos. Las teorías de la *decisión racional*, así como las del *Public Choice* y las *Teorías de Juegos*, argumentan que la mayoría de los actores son

racionales en el sentido económico del término. Esto quiere decir que al enfrentarse ante una decisión, el ciudadano promedio a) realiza un cálculo de costo-beneficio, ordenando sus opciones de acuerdo a este criterio, b) escogiendo la que le otorgue el mayor beneficio posible con el menor costo. Exceptuando los extremos de la *campana de distribución*, como quienes quieren costos sin beneficios o sólo beneficios sin costos, la mayoría de las personas prefiere ganar a perder, ganar más a ganar menos, perder menos a perder más, y ganar ellos a que ganen otros (Downs, 1957). Este principio de *egoísmo económico* informa también los cálculos políticos, pues tanto electores como elegidos buscan optimizar sus ganancias. En una democracia funcional, el *bien del votante* consiste en servicios públicos de calidad, mientras que el *bien del votado* es el prestigio y salario que vienen con el cargo público. En el fondo, los políticos no buscan ganar elecciones para formular políticas, sino que formulan políticas para ganar elecciones (*Ibid.*: 28).

De la misma manera, el populismo puede verse como una estrategia de adaptación, tanto de actores gubernamentales como no-gubernamentales, para aumentar sus respectivos beneficios (Pierre y Peters, 2000). Esto es especialmente evidente en líderes que, a cambio de la posibilidad de acceder a puestos gubernamentales, ofrecen programas que saben serán apoyados por las mayorías aunque esto comprometa la viabilidad de las finanzas estatales a largo plazo. La valoración también es realizada por los votantes, quienes pueden ver en el populismo un instrumento para obtener bienes o disminuir sus pérdidas. Sin embargo, no está del todo demostrado que el votante común sea capaz de realizar los complejos cálculos necesarios para saber realmente cuál es el costo y el beneficio de una política (por ejemplo, ¿cuánto le costará al Estado enfrentar el aumento de casos

de cáncer si se disminuye un 30% el impuesto a cigarros?). La teoría de la decisión racional supone también que es posible obtener información suficiente para realizar tales cálculos, cuando en realidad el proceso de búsqueda y obtención de datos que sean útiles para tomar decisiones es generalmente muy costoso (Green y Shapiro, 1994). Downs (1957) argumenta que los actores implementan estrategias para disminuir estos costos a través de “atajos”, como leer el periódico, preguntar a los amigos, asistir a mítines y ver las noticias; pero esto pareciera condicionar la capacidad misma de escoger la mejor opción.

FRAGMENTACIÓN Y BIEN PÚBLICO

Distintos aspectos del populismo pueden ser entendidos por medio de modelos teóricos generados a través de de estos tres enfoques, algunos de los cuales tienen una capacidad explicativa muy considerable. Sin embargo, el hecho de que puedan existir políticas populistas conviviendo con otras más institucionales complica la valoración de aquellas. Un nivel alto de fragmentación sociopolítica hace que preguntas tales como “¿es bueno o malo el populismo?” no puedan responderse de una manera simple. En todo caso, habría que preguntar “¿bueno o malo para qué sectores de política pública, y en qué sentido?”.

Es evidente que, como tipo ideal un régimen institucional (como el descrito en el cuadro uno) es preferible a uno populista. Las instituciones basadas en la igualdad ante la ley y la representación democrática pueden ser un instrumento eficaz en la salvaguarda de los derechos y obligaciones de los ciudadanos, independientemente de si son parte de la mayoría o no. Los procedimientos basados en reglas transparentes dan seguridad a las interacciones y negocios; y las normas codificadas, si son revisadas con regularidad,

pueden mejorar para incluir las demandas de los disidentes. Un sistema institucional apuesta por la preeminencia de la *estructura* sobre la *agencia*; y presupone que ningún cambio social puede ser completo hasta que no haya transformado los atributos condicionantes que dan forma al actuar de las personas, los cuales subsisten en ellas mismas y en las instituciones (Giddens, 1984). El problema (y potencialmente la gran oportunidad) del populismo es su inconsistencia. La búsqueda por el *bien del pueblo* y la modificación de las estructuras para que le sirvan, así como la vinculación carismática y directa con un líder, potencian la capacidad de cambio. Pero nada asegura que éste suceda respetando los derechos de las minorías e incluso de las mismas mayorías que lo han impulsado. Por otro lado, al integrar a personas que antes se encontraban excluidas de los procesos de política pública, el populismo puede convertirse en el estímulo necesario para que estructuras sociopolíticas injustas cambien.

El tipo ideal preferible es el institucional; sin embargo, los sistemas políticos nunca llegan a actualizarlo de modo completo. De la misma manera, el populismo absoluto es irrealizable porque las sociedades complejas no pueden timonearse sólo con carisma e interacción directa con los votantes, y sus gobiernos no tienen fondos ilimitados. Nuestras sociedades son híbridos de estos dos modelos de vinculación gobierno-sociedad, los cuales introducen modalidades de bien común diferentes que pueden llegar a contraponerse. El régimen institucional define el bien común como un *mecanismo*; el populista, como un *contenido* determinado. El tipo ideal institucional es por naturaleza *incrementalista* y tiende a ser pluralista; como presupone que el bien público es el resultado de la construcción hecha por un número grande de actores, pone énfasis en las reglas que norman los procesos de interacción, más que en la

definición misma del bien público. Como existe una gran dependencia de poder entre las instituciones, la mejora siempre es parcial, ya que el cambio de la estructura es lento, e implica muchos recursos de todos los sectores. Las reglas e instituciones que norman todo el proceso no son perfectas pero, al ser los instrumentos propios del pacto sociopolítico del régimen, son siempre preferibles a la divergencia y complejidad de no tener ninguna norma.

El populismo, por otro lado, subraya la capacidad de transformación de los agentes, y presupone que el cambio a profundidad es posible gracias a la convergencia que genera el carisma del líder. La aproximación incrementalista es considerada una traición a los intereses del pueblo, pues se cree una pérdida de tiempo; si llegar al objetivo de la acumulación de todos los cambios parciales es posible sin los cambios parciales mismos, ¿para qué respetar las normas que retrasan lo que es urgente? El bien público no es resultado de un proceso de construcción colectiva (lo que siempre lleva tiempo), sino la codificación que de todas las peticiones del pueblo hace su líder, el único que es capaz de llevarlo a cabo y expresarlo de manera inmediata. El cambio propuesto siempre es radical y por lo mismo, apela a medidas radicales. Desde esta perspectiva, el bien público excluye la participación de actores que no sean del pueblo o el líder mismo, y se define de una manera esencialista: definitiva y sin tomar en cuenta circunstancias atenuantes propias del contexto.

La contraposición de estas dos concepciones del bien público sólo es posible por el alto nivel de fragmentación que hay en nuestras sociedades. Diversos sectores de política pública, y las agencias gubernamentales correspondientes, Organizaciones No-gubernamentales y otros grupos de presión, comunidades de política pública, camarillas políticas,

administraciones locales, partidos políticos y redes inter-organizacionales pueden introducir criterios de acción que presuponen concepciones del bien público similares al modelo institucional o al populista. El problema, como bien señala un reporte reciente de la Organización de Naciones Unidas sobre el Estado mundial de la administración pública (UN-DESA, 2005), no es que haya concepciones diferentes del bien público influyendo en las decisiones de los gobiernos, sino que la contraposición que esto genera reduce la eficacia de los Estados. Pareciera que para tener un Estado imparcial y profesional es necesario que se funcione bajo un régimen institucional; pero el Estado debe ser también capaz de responder efectivamente a las peticiones ciudadanas, lo que parece implicar programas de estilo populista. (*Ibid*). El punto está en la mezcla apropiada de uno y otro paradigmas en todo el conjunto de las instituciones políticas. Esta combinación debe ser, al mismo tiempo, lo suficientemente estable como para no poner en riesgo la permanencia del régimen, y lo suficientemente flexible para adaptarse a cambios coyunturales. Esto, sin embargo, no se ha logrado del todo en Latinoamérica.

CONTRA LA FRAGMENTACIÓN, LA COMUNIDAD

Un efecto extremo de la fragmentación, y la consecuente dispersión de los criterios de lo que es el bien público, ha sido la aparición de las *religiones políticas*. Voegelin (1968) famosamente argumentó que los herejes gnósticos de los primeros siglos del Cristianismo, los movimientos puritanos del siglo XVI, y el Nazismo y Comunismo del siglo XX tuvieron en común varios atributos. Para estos proyectos sociopolíticos, el bien público era el cumplimiento total de las expectativas de la colectividad; era la “salvación en esta tierra” pues, lo que antaño se esperaba después de esta vida, ahora se introducía en la Historia como alguna forma de

Sociedad Perfecta. Ya fuera la comunidad cristiana “verdadera”, la sociedad de “puros”, el reino de mil años de la raza aria o la dictadura del proletariado, estas formas de “bien público” suponen líderes que pueden definir las y ponerlas en práctica de manera exclusiva. Esto, se argumenta, es posible porque el conocimiento carismático (los evangelios gnósticos, las nuevas interpretaciones bíblicas, las ideologías) aunque oculto para las mayorías, permite explicar todas las dimensiones del sistema sociopolítico. Aún más, el conocimiento de los “iniciados” ofrece una explicación total de la realidad y permite diferenciar entre los “salvos” (que poseen tal conocimiento), y los “condenados”, que lo rechazan. Como si siguieran un mismo guión, cuando los gnósticos, puritanos, nazis y comunistas han llegado a posiciones de poder, el “bien público” que dicta el líder ha generado mucho sufrimiento. Según Voegelin (1952) éstas no deberían ser consideradas experiencias extremas, sino un constitutivo que potencialmente pueden desarrollar todos los sistemas políticos post-modernos.

Tanto el populismo como las reacciones extremas a él han crecido en la fragmentación sociopolítica. Ante la falta de identidad social y política, ¿qué más natural que seguir a un líder carismático que se presenta con una interpretación alterna a las usuales, la cual explica y parece poder cambiar la realidad? El conocimiento carismático, que fundamenta la autoridad del líder populista, muy frecuentemente se presenta como la denuncia de algún tipo de intriga realizada por los “enemigos del pueblo”. Ya sea que pierda elecciones, reciba ataques en los periódicos, o sea criticado por otros mandatarios, el líder populista puede argumentar maquinaciones e intrigas de la oligarquía local, las instituciones financieras internacionales o los extranjeros. Sin embargo, aunque estas razones pueden rayar en lo extravagante y ser delirantes, son aceptadas por una porción importante

de la población que cree en el valor carismático del líder. De hecho, el vínculo entre el pueblo y el líder se mantiene a través del intercambio de información dentro de los confines de una misma *comunidad gnoseológica*. *Tanto el líder como sus seguidores se saben miembros de la misma comunidad supra-local que posee un entendimiento especial de la realidad.*

Las formas radicales del populismo parecieran tener atributos de las religiones políticas, lo que descompone los posibles equilibrios alcanzados en el *continuum* institucional-populista. Ante esto, existe evidencia que sugiere que la reducción de los niveles de fragmentación puede tener un efecto benéfico en la configuración de un régimen institucional más consolidado (Benington, 2001). Si en lugar de la preeminencia de servicios públicos basados en la división sectorial se reintrodujeran criterios territoriales, habría un estímulo para reforzar la identificación con las sociedades intermedias básicas, tan evitadas por los líderes populistas. Los vínculos líder-pueblo basados en una noción común de la realidad podrían ser reinterpretados en las comunidades familiares y barrios, las cuales limitarían y arbitrarían las afirmaciones más extremas de los líderes populistas. El bien público debe ser definido por el público mismo; y aunque en nuestras sociedades plurales esto significa que el consenso es difícil, esto siempre es preferible a que una sola persona defina el bien común a través de sus llamadas a tomar calles y plazas.

El bien público debe ser el bien de la comunidad, como lo entienda la comunidad, y en las maneras en que decida expresarlo la comunidad. El tener comunidades fuertes, que luchen porque el bien común se manifieste en la forma de bienes concretos para ellas, favorece el crecimiento de enfoques plurales a los problemas. La pluralidad quizá se dife-

rencie de la fragmentación sólo en grado, pues las sociedades plurales parecen estar menos polarizadas y atomizadas que las fragmentadas. En cualquier caso, la pulverización de las relaciones locales inmediatas es una de las causas más importantes de las diversas modalidades del populismo, incluyendo las que pueden clasificarse como religiones políticas. Es en el interés de los sistemas sociopolíticos el limitar la fragmentación que reduce la efectividad de las instituciones, y abre la puerta a formas extremas del populismo.

REFERENCIAS

- ALMOND, G. y POWELL, H. (1972), *Política Comparada*, Buenos Aires: Paidós.
- ALMOND, G. y VERBA, S. (1963), *The Civic Culture*, Princeton: Princeton University Press.
- BENINGTON, J. (2001), "Partnerships as Networked Governance? Legitimation, Innovation, Problem-solving and Coordination", en M. Geddes y J. Benington (coords.) *Local Partnerships and Social Exclusion in the European Union*, Londres: Routledge.
- CANSINO, César y COVARRUBIAS, Israel (2006), *En el Nombre del Pueblo. Muerte y Resurrección del Populismo en México*, México: CEPCOM / UACJ.
- DOWNS, Anthony (1957), *An Economic Theory of Democracy*, New York: Harper Collins Publishers.
- FOUCAULT, Michel (1991), "Governmentality", en: Graham Burchell, Colin Gordon, y Peter Miller (coords.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf, pp. 87-104.
- GEDDES, Mike (2005), "Neoliberalism and Local Governance: Cross-national Perspectives and Speculations", *Policy Studies*, 26 (3-4): 359-377.
- GIDDENS, Anthony (1984), *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Berkeley: University of California Press.
- GOLDHAGEN, Daniel J. (1997), *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Washington, DC: Vintage Books.

- GREEN, P. y SHAPIRO, I. (1994), *Pathologies of Rational Choice Theory: a Critique of Applications in Political Science*, New Haven: Yale University Press.
- GUSFIELD, J. (1962), "Mass Society and Extremist Politics", *American Sociological Review*, 27 (1): 19-30.
- JOHN, Peter (2006), "Why Study Urban Politics?", ponencia presentada en la *Political Studies Association Conference 2006*, Reading, Reino Unido, 3-6 de abril, 2006.
- JOUSSAIN, A. (1949), *Les Classes Sociales*, París: Presses Universitaires de France.
- KNIGHT, Alan (1998), "Populism and Neo-populism in Latin America, especially Mexico", *Journal of Latin American Studies*, 30: 223-248.
- KOOIMAN, Jan (1993), "Governance and Governability: Using Complexity, Dynamics and Diversity", en J. Kooiman (coord.), *Modern Governance: New Government - Society Interactions*, Londres: Sage.
- (2000), "Societal Governance: Levels, Models, and Orders of Social-Political Interaction", en J. Pierre (coord.), *Debating Governance: Authority, Steering and Democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- KRAHMANN, Elke (2003), "National, Regional, and Global Governance: One Phenomenon or Many?", *Global Governance*, 9: 323-346.
- MASCOTT, Ma. De los Ángeles (2006), "Las variables electorales del buen gobierno en la construcción de la legitimidad", en CESOP (Centro de Estudios y Promoción Social), *Legitimidad y Gobernabilidad Democrática: los Horizontes del Buen Gobierno*, México: CESOP-Cámara de Diputados.

- MULÉ, Rosa (2001), *Political Parties, Games and Redistribution*, Cambridge: Cambridge University Press.
- O'DONNELL, G. (1994), "Delegative Democracy", *Journal of Democracy*, 5 (1): 55-69.
- PIERRE, Jon y Peters, B. Guy (2000), *Governance, Politics and the State*, Londres: McMillan Press.
- RHODES, R. A. W. (2000), "Governance and Public Administration", en J. Pierre (coord.), *Debating Governance: Authority, Steering and Democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- STOKER, Gerry (2005), "New Localism, Participation and Networked Community Governance", *ponencia presentada en el 6th Global Forum on Reinventing Government: Toward Participatory and Transparent Governance*, Seúl, Corea, 24-27 de mayo, 2005.
- STONE, Clarence N. (1989), *Regime Politics: Governing Atlanta, 1946-1988*, Lawrence: University Press of Kansas.
- UN-DESA [United Nations / Department of Economic and Social Affairs] (2005), *Unlocking the Human Potencial for Public Sector Performance. World Public Sector Report 2005*, Nueva York: United Nations / DESA.
- VOEGELIN, Eric (1952), *The New Science of Politics*, Chicago: Chicago University Press.
- (1968), *Science, Politics and Gnosticism*, Chicago: Gateway.

POPULISMO: ¿ESENCIA O NEGACIÓN DE LA DEMOCRACIA?¹

*Carlos de la Torre**

Por lo general se ve al populismo como algo negativo. Es así que se le asocia a masas incultas, con poca experiencia política, que debido a sus condiciones de vulnerabilidad pueden ser *engatusadas* y manipuladas por un demagogo. Es por esto que, para muchos de sus detractores, el populismo es uno de los mayores riesgos para la democracia. A diferencia de estas apreciaciones, los líderes populistas y las personas cercanas a ellos manifiestan ser la “esencia” de la voluntad popular y democrática. El término *populismo* también es usado para descalificar estrategias de desarrollo que enfatizan el crecimiento y la distribución del ingreso a través de una fuerte intervención estatal, pero que no se preocupan por los riesgos de la inflación y del déficit fiscal. El populismo es visto como la antítesis de las

¹ Una versión previa de este trabajo fue presentada en la reunión del *Latin American Studies Association* (LASA), San Juan, Puerto Rico, marzo 15-18, 2006.

* Profesor-Investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Ecuador. Tiene un Doctorado en Sociología por la *New School for Social Research* (Estados Unidos). Ha publicado varios libros y artículos especializados sobre populismo y racismo en América Latina.

políticas fiscales “responsables” y como lo contrario a la política seria, deliberativa y racional que debería caracterizar a una democracia.

Este ensayo sostiene una propuesta diferente que no condena o alaba al populismo. Se analiza cómo la gente común fue incorporada a la política, y los significados que se dieron a la palabra *democracia*. El populismo se inicia con la participación de las grandes masas en la política. Éstas demandaron no sólo ser escuchadas en momentos excepcionales, tales como las rebeliones y revueltas, sino que exigieron ser parte del juego cotidiano por el poder. Lucharon por el derecho al sufragio, por el fin del fraude electoral, y por que se eliminaran las restricciones al voto. El populismo aparece en un momento histórico en el cual la política no puede restringirse a las reuniones y discusiones entre pequeños grupos de hacendados y oligarcas.

En varios países latinoamericanos se ha entendido a la democracia como la ocupación de espacios públicos (de los cuales los pobres y los no-blancos están excluidos), más que como el respeto a las normas e instituciones de la democracia liberal. Esta ocupación de espacios a través de marchas, mítines políticos y asambleas se ha dado junto a discursos maniqueos a favor del pueblo, considerado como la encarnación de las virtudes y de los valores “auténticos” de la nación, y en contra de la oligarquía “corrupta y vende-patria”. Se han privilegiado formas de representación populista que asumen la identidad de intereses entre el pueblo y su líder, autoerigido como el símbolo y la personificación de la nación, sobre formas de representación liberales, vistas como un impedimento para la verdadera expresión de la voluntad popular. Estas formas de participación, de retórica y de representación política han tenido efectos ambiguos y contradictorios para la democracia. Por un lado, se han incluido a sectores antes excluidos y se han rescatado los valores y la

dignidad de “los de abajo”. Pero por el otro, se han privilegiado formas de participación, discurso y representación que no siempre respetan el derecho a la disensión y que, debido a la gran polarización que producen, en muchos casos se han resuelto a través de mecanismos autoritarios.

LA PARTICIPACIÓN LITÚRGICO-POPULISTA

José Álvarez Junco (1994: 26) se apoya en el análisis de George Mosse sobre el Fascismo para diferenciar las formas de participación que buscan “implementar un sistema basado en la institucionalización de la participación popular y el imperio de la ley” en las formas populistas. Éstas se basan en una incorporación estética o *litúrgica*, más que institucional.

El líder difunde los mitos y los símbolos que identifican al ‘pueblo’ como legítimo portador de los valores nacional-democráticos, y convoca los ritos y festejos en los que el sujeto colectivo emergente ratifica con su presencia la nueva religión cívica (ibid.: 25-26).

Esta participación privilegia un sentido de democracia como la ocupación de los espacios públicos a favor de un líder, construido como la personificación del ideal democrático. Por ejemplo, el 23 de septiembre de 1945 los seguidores de Jorge Eliécer Gaitán marcharon desde cinco puntos estratégicos de Bogotá para reunirse en el “Circo de Santa María”, donde concluiría la “semana de pasión” de los *gaitanistas*. Sus *slogans* y euforia² no dejaron dudas sobre el

² Gritaron, entre otras cosas, “en el Circo de Santa María murió la oligarquía” y “guste o no le guste, cuadre o no le cuadre, Gaitán será su padre”.

efecto de esta reunión en los partícipes, quienes lo vivieron como la muerte de la oligarquía gracias al verbo y la figura de Gaitán (Braun 1985: 93-99).

En Ecuador el populismo se inició con el *velasquismo* (1933-1972) cuando, quienes estaban excluidos de la política, demandaron ser parte del juego cotidiano por el poder. José María Velasco Ibarra inició un nuevo estilo político. Fue el primer presidente que visitó gran parte del país en su campaña electoral de 1933 y luego como presidente electo en 1934. Su estilo electoral se caracterizó por marchas y concentraciones con las que se ocuparon las plazas y las calles de las cuales anteriormente estaban excluidas las personas humildes. Estos ejercicios de democratización de los espacios públicos, en los que participaron tanto ciudadanos (que cumplían con los difíciles requisitos para votar) como los no-votantes, fueron acompañados por un discurso maniqueo de exaltación al “pueblo”. Por ejemplo, en la campaña electoral de 1939-1940 (que perdiera frente al liberal Carlos Arroyo del Río), Velasco manifestó:

Las calles, mantenidas con el presupuesto que se saca al pueblo, sirven para que los hombres libres expresen sus anhelos y no para que los esclavos arrastren sus cadenas.

Ya que la democracia se la vive en las calles, donde el pueblo tiene el derecho y la obligación de vitorear a su líder, no importó respetar el derecho a la libre expresión de sus rivales contruidos como enemigos. Velasco Ibarra fue visto por algunos de sus partidarios como el redentor de la nación. También se auto-convenció de que era la encarnación de los anhelos y valores democráticos del pueblo, a tal punto que creyó ser el “Mesías” del que hablaban algunos de sus seguidores. Luego de las insurrecciones populares de mayo de 1944, conocidas como “La Gloriosa” (en las que solda-

dos y ciudadanos comunes lucharon en contra del régimen de Carlos Arroyo del Río, quien había perdido la guerra contra el Perú y del cual se tenían sospechas de que cometería fraude electoral), Velasco fue transformado en el “Gran Ausente”, el político exilado que regresaría al país para redimirlo de todos sus males (De la Torre 2000: 28-79).

Si bien el velasquismo fue un movimiento democratizador en la medida en que la gente común empezó a sentirse que participaba y que era tomada en cuenta en la política, no siempre respetó los procedimientos democráticos, ni las instituciones de la democracia liberal; peor aún: ni los derechos civiles de sus rivales. El paladín de la libertad de sufragio abolió las Constituciones en 1935, 1946 y 1970, argumentando que la voluntad del líder estaba más allá de Constituciones mal escritas, y se proclamó dictador (o trató de hacerlo) en cuatro de sus cinco administraciones. Su relación con la prensa fue tortuosa. Por ejemplo en su tercera administración se clausuró el periódico *El Comercio* de Quito por más de un mes por la negativa de su subdirector, Jorge Mantilla, de publicar un documento velasquista que éste consideraba “insultante para los periodistas y los diarios en general” (Norris, 2004 II: 160).

La participación litúrgico-populista, como lo demuestran los trabajos de Daniel James (1995) y de Mariano Plotkin (1995) sobre el 17 de octubre de 1945 en Argentina, no tiene un sentido unívoco y no puede reducirse a la manipulación o a la irracionalidad de las masas. Estos eventos, en los cuales los obreros que salieron a las calles demandaron la liberación de Perón, significaron la valorización de la cultura obrera y de su dignidad, en una sociedad que los despreciaba y los excluía. Es por esto que los objetivos de su violencia fueron los símbolos de su exclusión. Los obreros apedrearon los clubes, salones y cafés de las élites; quemaron los periódicos de la oposición y golpearon a los jóvenes engominados

de clase alta. La violencia colectiva respetó los símbolos estatales, militares y las fábricas. Estos eventos reivindicaron la dignidad de los obreros, a la vez que fueron vividos como formas de participación democrática; pero también fueron actos de intolerancia con los rivales y de auto-constitución popular en nombre de un militar autoritario.

En algunos países, estas formas de incorporación litúrgica a la política todavía perduran. Es así que en el Ecuador, por ejemplo, los mítines políticos y el discurso maniqueo y movilizador con los que el líder populista busca cimentar lazos afectivos con sus seguidores, no han sido reemplazados por los sondeos de opinión y por formas mediáticas, como ha sucedido en otros lugares (Novaro y Palermo, 1996). La visión de que la democracia está en las calles también se ha ilustrado en las caídas de los tres presidentes que han sido electos desde 1996 en Ecuador. Manifestaciones en Quito y otras ciudades de la Sierra en enero y febrero de 1997 fueron usadas como razón (o excusa) para que los militares retiraran su apoyo y el Congreso depusiera a Abdalá Bucaram, con la artimaña legal de su incapacidad mental para gobernar. En enero del 2000, la toma del Congreso por los líderes y miembros de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, y por militares de rangos medios, motivó el retiro del apoyo militar al presidente Jamil Mahuad y el nombramiento del vicepresidente Gustavo Noboa como su sucesor. De igual manera, las manifestaciones en contra del presidente Lucio Gutiérrez en abril del 2005 fueron el argumento presentado por las fuerzas armadas para retirarle su favor, provocando que el Congreso lo cesara por “abandono del cargo”. Los mitos de que la democracia está en manos del pueblo, y que éste tiene la capacidad para poner y quitar presidentes, tiene un gran potencial movilizador. Este potencial, que ha podido funcionar por la negativa de los militares a reprimir, tiene también consecuencias desestabilizadoras y antidemocráticas. Difícil-

mente se puede sostener que son más democráticas las marchas de miles de ciudadanos que los votos que llevaron al poder a estos mandatarios.

LA REPRESENTACIÓN POPULISTA

Ya que el pueblo no puede auto-representarse y autoconstituirse, pues no está ahí como un dato empírico (al ser una relación de *posicionalidades* construidas), no se escapa de la conclusión de que siempre se necesitan expertos o élites que expresen, articulen, descubran y glorifiquen lo que ellos consideran como “lo popular”. Esta búsqueda del pueblo no sólo legitima a quienes se autoproclaman como sus representantes; también se basa en la exclusión de quienes no son pensados dentro del campo de lo popular y que, por lo tanto, son parte del bloque en el poder, o no existen en el imaginario y discurso político populista.

En sus reflexiones sobre el Jacobinismo, François Furet (1985: 49) señaló que el principio de legitimidad revolucionaria se fundamentaba en “el pueblo”, una categoría “imposible de personificar”. El poder residía en “las manos de quienes podían hablar por el pueblo” (Lefort, 1988: 109-110). La política sólo podía tener o políticos que encarnaran los buenos valores populares, o enemigos del pueblo. Es así que los políticos se convirtieron en los ventrílocuos que hablan en nombre del pueblo, dicen personificarlo y lo constituyen. El pueblo se transformó en un principio de legitimidad del poder bastante ambiguo. Por un lado, los políticos tienen que personificarlo, constituirlo, mimarlo y entenderlo, por lo que orquestan manifestaciones y mítines para demostrar y escenificar la voluntad popular. Pero por el otro, la voluntad popular sólo es pensada como un dato moral-ético homogéneo que no admite divergencias, contradicciones o variaciones.

A diferencia de la democracia liberal, que se basa en el gobierno de la mayoría pero no en la unanimidad de opiniones e intereses, en el populismo no existe un campo reconocido para expresar la disensión, pues está basado en “la unión y la identidad total entre un representante y aquellos que buscan ser representados” (Plotke, 1997: 28). Quienes no son parte de los seguidores que aclaman al líder son *invisibilizados*, silenciados, no son tomados en cuenta y pueden ser reprimidos (Urbinati, 1998: 116-119). Además, como lo señala Francisco Panizza (2005: 28),

el populismo puede representar la negación de la política. El pueblo unitario que es uno con su líder, según expresa el imaginario populista, define el fin de la historia de la misma manera que las ilusiones liberales del pluralismo sin antagonismos, del orden social del Leviatán de Hobbes o la sociedad sin clases de Marx.

Las formas de representación populista tienden a no respetar el marco normativo existente, que es visto como un impedimento para que se exprese la voluntad popular encarnada en el líder. Esta actitud instrumental ante las leyes

reduce los mecanismos constitucionales a un medio que sirve al poder político, y el uso repetido de medidas y prácticas extra-institucionales debilita la autoridad del Estado y del sistema legal (Peruzzotti, 1997: 101).

Si bien Guillermo O'Donnell (1994) teorizó sobre una nueva especie de democracia que se estaría implementando en la tercera ola de democratización en algunos países de Asia, América Latina y Europa del Este, los rasgos de este tipo de democracia caracterizan a las prácticas políticas que se dieron y que se están viviendo en algunos países de la región.

Las democracias *delegativas* son diferentes que las democracias *representativas*. Las democracias delegativas no respetan los derechos civiles de los ciudadanos ni los procedimientos democráticos, y se basan en la idea de que quien gane la elección tiene el mandato de gobernar de acuerdo a lo que crea que es el mejor interés de la colectividad. El presidente dice personificar a la nación, y sus políticas de gobierno no necesariamente tienen relación con las promesas de campaña o con los acuerdos logrados con los partidos políticos que lo ayudaron a ser electo. Al igual que en el pasado, toda la responsabilidad de los destinos de la nación caen sobre el líder; por esto es plebiscitado constantemente como la fuente de la redención o como el causante del desastre nacional. La lógica es que el tiempo apremia, y los intereses y cálculos a corto plazo caracterizan la actuación del gobierno y de la oposición. La legalidad, y el basar la acción en la normatividad democrática, cuentan menos que actuar directamente en beneficio de lo que los delegados del mandato popular creen que son los mejores intereses de la nación. La posibilidad de pactos y de diálogo es limitada. Al verse como la encarnación de la voluntad nacional, el presidente tiene pocos alicientes para concertar y dialogar con la oposición. Éstos no tienen más opción que actuar de forma similar al gobierno, al usar mecanismos de dudosa legalidad para frenar al Presidente.

LOS USOS DE LA DEMOCRACIA POR LAS ÉLITES

La categoría *democracia* ha sido empleada muchas veces para silenciar a quienes se considera fuera del reino de la razón. Estos usos de la noción de democracia para descalificar a los líderes populistas (y a sus seguidores) se basan en la distinción entre “nosotros” y los “otros” que caracteriza a la política pues, como lo señala Chantal Mouffe (2005), la política no puede existir sin una frontera y un exterior. Este

“otro” en muchos casos se ha construido diferenciando a los demócratas-rationales de la irracionalidad de las masas populistas.

En el Ecuador, por ejemplo, las élites políticas, los editorialistas de los periódicos y algunos científicos sociales han considerado a los líderes populistas, como Abdalá Bucaram o Lucio Gutiérrez, como la negación de los valores que deberían caracterizar a la política. En muchos casos estas construcciones pueden ser abiertamente clasistas y racistas, sobre todo cuando se enfocan en los orígenes sociales “cuestionables” de Bucaram como “turco” o de Gutiérrez como “amazónico” o “indio jíbaro”. Por su origen étnico, y por su clase social, los seguidores populistas han sido vistos como masas que están “fuera de las estructuras universales de la razón y de la democracia, y que por lo tanto tienen que ser integradas a la fuerza” (Butler, 1995: 40). En su afán de extirpar el populismo y de civilizar a las masas, las élites ecuatorianas han recurrido a prácticas poco democráticas (como son pedir a los militares que les resuelvan sus problemas). Es así que la democracia es un dispositivo discursivo que se utiliza para racionalizar prácticas que son poco democráticas, aún cuando se use la noción más restringida de ésta como el respeto a los procedimientos.

Sin embargo, y pese a que en la práctica la democracia excluya y silencie, el uso de la retórica democrática y la necesidad de tratar de legitimar las acciones políticas dentro de una normatividad hacen que este discurso no sea únicamente excluyente. A diferencia de la apelación al pueblo y de tratar de representar su voluntad directamente, la democracia como discurso y práctica tiene la potencialidad de constituirse en un sistema para procesar demandas, respetando los derechos fundamentales de quienes disienten. Por lo tanto, es importante distinguir la democracia como prác-

tica y discurso de la exclusión, de la democracia como una noción normativa que informa una manera de relacionarse políticamente.

Las visiones negativas sobre el populismo se basan en las ambivalencias de las élites sobre el “pueblo”. El “pueblo” no sólo ha tenido visiones positivas. Las percepciones de las élites sobre él han oscilado entre el paternalismo y la hostilidad. Al igual que muchos populistas, José María Velasco Ibarra a la vez que admiraba y alababa a su pueblo, sentía hostilidad racista en contra de los *cholos* y tenía visiones racistas-paternalistas sobre los indígenas. En su texto *Conciencia o barbarie* contrasta a indios y *cholos* en los siguientes términos: “el indio del campo no hace males. Alimenta al país con trabajo. En cambio, el indio de las ciudades es sumamente peligroso. Ha leído libros. Ha subido sin etapas. Ha invadido toda la administración... Es indelicado con los fondos ajenos. Es ratero. Rara vez alcanza a ladrón. Pero despilfarra y derrocha los dineros públicos” (Velasco Ibarra, 1937: 156-7).

En Venezuela, la imagen benevolente y paternalista del pueblo como masas virtuosas (aunque ignorantes) que son la base de la democracia, cambió con la introducción de reformas estructurales. Durante la segunda administración de Carlos Andrés Pérez, el “pueblo” se transformó en “una masa no gobernable y parasítica que debía ser disciplinada por el Estado y el mercado” (Coronil, 1997: 378). Coronil y Skurski (1991) argumentan que el *Caracazo* fue visto por las élites como la irrupción de las masas desorganizadas e incivilizadas que invadían los centros de la civilidad. Estas construcciones de los marginales como la antítesis de la razón y de la civilización permitieron (o justificaron) la represión brutal. Fernando Coronil (1997: 378) señala que los sectores populares tenían interpretaciones diferentes. Vieron a las élites como

un cogollo corrupto que ha privatizado el Estado, saqueado la riqueza de la nación y abusado al pueblo... El pueblo ha sido traicionado por sus líderes y la democracia se ha vuelto una fachada que permite a la élite usar el Estado para sus beneficios personales.

Dadas estas interpretaciones de las categorías *pueblo* y *oligarquía*, Hugo Chávez se constituyó en la encarnación del caudillo popular anti-oligárquico.

EL LÍDER Y "LAS MASAS"

Tal vez uno de los temas más discutidos en los debates sobre el populismo ha girado en torno al comportamiento político de los seguidores populistas, y su relación o vínculo con los líderes. Los estudios basados en las teorías de la sociedad de masas caracterizaron a los seguidores populistas como desorganizados y en Estado de anomia, esto es, en una situación en la que no existen reglas claras para dirigir el comportamiento. Argumentaron que al vivirse en condiciones de aislamiento y desorganización, estos sectores estaban disponibles para la movilización populista. Es así que explican los lazos entre seguidores y líder por su carisma, por su demagogia, o por atributos subjetivos que supuestamente explican el comportamiento político emotivo y no racional de sus partidarios (Germani, 1971).

Estas visiones, basadas en las ideas de irracionalidad y desorganización, fueron cuestionadas por estudios que demostraron que los seguidores populistas son movilizados a través de estructuras políticas clientelares; que su acción es más bien racional e instrumental, al votar por políticos que fundamentaban su liderazgo en la capacidad de distribuir bienes materiales y simbólicos. La idea de masas desorganizadas ha sido reemplazada por la noción del actor racional

instrumental integrado a estructuras partidistas (Menéndez-Carrión, 1986).

Sin embargo, parecería que pese a las críticas, la noción de masas disponibles sigue informando los análisis sobre el neopopulismo. Kurt Weyland (1996: 10), por ejemplo, sostiene que “la gente pobre, no organizada del sector informal” está disponible para la movilización neopopulista. Kenneth Roberts (1995: 113) concluye su trabajo sobre el neopopulismo peruano con la afirmación de que

la fragmentación de la sociedad civil, la reestructuración de los lazos institucionales, y la erosión de las identidades colectivas han permitido a líderes personalistas establecer relaciones verticales y sin mediaciones con masas atomizadas.

¿Por qué perduran estas visiones en autores que conocen las críticas a las teorías de la sociedad de masas?

La persistencia de estas perspectivas, que surgieron con los primeros estudios sobre el populismo, tal vez se explique porque muchos investigadores analizan el populismo como un fenómeno excepcional. Si bien la política normal está basada en organizaciones, las rupturas provocadas por procesos de cambio social abrupto (que supuestamente explican porqué emerge el populismo) deben causar desorganización. Sin negar que el populismo a veces surja en condiciones de crisis, no hay que olvidar que éste también aparece en épocas “normales” (Knight, 1998; Canovan, 1999) y que en algunas naciones el populismo es un fenómeno recurrente de la vida política.

Los movimientos populistas –para no mencionar a los regímenes– son totalmente mundanos, hasta convencionales; no pertenecen a un universo político ex-

traordinario que requiere un tipo de análisis o categorización excepcional (Knight, 1998: 229).

Una segunda respuesta que explica la obstinada visión de quienes ven a los seguidores populistas como masas desorganizadas tiene que ver con la manera en la que se entiende a los partidos políticos. La mayoría de los científicos sociales sigue la distinción weberiana entre burocracia y carisma, y al notar que los partidos políticos populistas no se basan en una organización burocrática formal, inmediatamente asumen desorganización. Es por esto que Weyland (2001) analiza la relación entre líderes y seguidores como “no institucionalizada y en flujo”.

Estas conceptualizaciones no dan cuenta de cómo funcionan los partidos políticos populistas. Javier Auyero (2001) y Steve Levitsky (2001) han demostrado que el partido peronista se organiza a través de redes informales que distribuyen información, recursos y trabajos. En condiciones de pobreza, estas redes dan acceso a recursos esenciales para sobrevivir, además generan y revitalizan identidades peronistas. Los significados del peronismo dependen de la localización de los pobres en estas redes. Quienes están más cerca de los punteros o *brokers* tienden a aceptar la visión contemporánea del peronismo (como una serie de intercambios clientelares). Quienes están más lejos de los punteros y de sus círculos de íntimos siguen viendo al peronismo como un movimiento obrero, o tienen visiones más cínicas e instrumentales sobre el mismo. Para estos últimos, las redes peronistas ocasionalmente distribuyen recursos, más no identidades.

Los partidos populistas ecuatorianos, al menos desde la creación de la Concentración de Fuerzas Populares (CFP) en Guayaquil a finales de la década de 1940, han construido redes clientelares (Menéndez-Carrión, 1986). Estas redes se han usado para reclutar el voto municipal en Guayaquil, y

son las que llevaron a Velasco Ibarra al poder. Pertenecer al CFP, al que se imaginó como una familia, creó identidades basadas en el intercambio de recursos económicos y simbólicos. Luego de la muerte de Assad Bucaram y de Jaime Roldós a principios de la década de 1980, cuando se restablecía la democracia ecuatoriana, muchos de estos *brokers* se convirtieron en seguidores de Abdalá Bucaram. Éste y su hermana, Elsa, habían trabajado como intermediarios del CFP en el suburbio de Guayaquil en la elección de 1978, que llevó a Jaime Roldós al poder. El triunfo de Abdalá Bucaram en las elecciones de 1996 se debe, en parte, a las redes de su partido. La organización partidista también explica porqué luego de la caída de Bucaram en 1997 (y de la campaña de los medios masivos para desprestigiarlo), el Partido Roldosista Ecuatoriano sigue teniendo fuerza en muchas ciudades del país, en especial en la costa (Freidenberg, 2003).

El uso y organización de los pobres en redes no es un patrimonio exclusivo de los partidos populistas ecuatorianos. Partidos no-populistas, como la Izquierda Democrática de orientación social-demócrata o la Democracia Popular de ideología demócrata-cristiana, basan el apoyo que reciben de los sectores más pobres de la población de Quito en la organización de éstos en redes clientelares (Burgwall, 1995). De esto se infiere que el clientelismo es una característica común de la forma en la que los partidos políticos trabajan con los sectores populares ecuatorianos. Estas redes distribuyen recursos, información, trabajos y también generan identidades populares basadas en la distinción entre los ricos y los pobres. Los sectores populares, a su vez, se organizan en redes para negociar con políticos el acceso a estos recursos, y se presentan como el pueblo virtuoso y sufrido que necesita de la atención de los políticos.

Los convocados y participantes en los movimientos populistas no deben ser vistos como un grupo que automática-

mente responde con su voto cuando le dan recursos. Ellos pueden abandonar una red clientelar, votando de forma diferente a lo que les propone el *broker*, o pueden sentirse en la obligación de pagar un favor. La posición de los *brokers* es muy inestable, y los pobres no pueden verse como una base de votación cautiva y manipulable (Burgwall, 1995; Cross, 1998; Auyero, 2001). Si los pobres pueden abandonar a un *broker*, éstos pueden cambiarse de partido o favorecer a otro político. La incertidumbre del apoyo político da ciertas ventajas a los pobres. Para que el sistema funcione, los políticos tienen al menos que distribuir recursos e información.

Los trabajos etnográficos sobre las estrategias de supervivencia y la política, en sectores populares, demuestran sus altos niveles organizativos y su capacidad estratégica para negociar con los partidos políticos y el Estado. Debido a que los pobres, ya sea que ocupen terrenos para construir sus casas y / o vendan en las calles sin permisos, viven en condiciones de marginalización y al borde de la ilegalidad, tienen que organizarse. En palabras de John Cross (1998: 35-36),

La organización es necesaria para la regulación interna. Los invasores de terrenos tienen que dividirse los lotes. Los vendedores ambulantes al menos deben reconocer el derecho de que otros vendan en lugares específicos, y deben cooperar para construir sus mercados.

La organización permite, en un primer momento, escapar de la regulación estatal y luego negociar con los agentes estatales el proceso de regulación y legalización (*Ibid.*: 36). Los agentes estatales, además, promueven e incentivan la organización porque no les conviene negociar con un gran número de personas que dicen representar a un grupo. Prefieren negociar con un líder que, además de ser representa-

tivo de un buen número de seguidores, sea reconocido por el Estado.

Guillermo O'Donnell (1999, 2001) ha demostrado que en la mayoría de las democracias recientemente restablecidas los derechos civiles no son respetados. Además de ser pobres en un sentido económico y social, los pobres también lo son en el sentido legal y viven en condiciones de inseguridad y de violencia. Debido a que sus derechos constitucionales no son respetados, dependen de los políticos y de sus redes de intermediarios para acceder a una cama en un hospital, una escuela, a un puesto de trabajo, o a información de dónde ir y a quién solicitar un favor. Los *brokers* son los intermediarios entre la gente común y los políticos. Acaparan información y recursos, y están conectados a redes y círculos de políticos y burócratas. El sistema funciona a través del patronazgo, las obligaciones mutuas y los regalos. A diferencia de las normas impersonales, los favores crean obligaciones personalizadas. En estos países es difícil mantener la distinción entre normas burocráticas y racionales, y las normas informales. Las reglas y leyes burocráticas funcionan junto a redes de amigos y conocidos que hacen favores, que a veces incluyen la corrupción. En situaciones en las que la reproducción social y la supervivencia dependen de pertenecer a redes personalizadas, es difícil sostener la imagen del pobre como un actor individual y desorganizado.

Este sistema facilita que los políticos cumplan y distribuyan servicios e información, y tengan los contactos necesarios para que “sus” pobres y allegados tengan acceso a sus derechos. En muchas naciones, los políticos han construido a los pobres como los habitantes nobles y virtuosos de la patria que necesitan de su protección paternalista. Los pobres tienen necesidades, y el papel de los políticos es atender, proteger y cuidar a “sus” seguidores. Muchas veces los pobres utilizan estos discursos paternalistas para establecer lazos

y contratos morales con los políticos. Éstos tienen que cumplir y probar que son los verdaderos paladines y protectores de los desamparados.

CONCLUSIONES

El populismo tiene significados ambiguos para la democracia. Por un lado, es una forma de protesta y resistencia a proyectos de modernización que, en base a argumentos supuestamente universalistas y racionalistas, excluyen a grandes sectores de la población que son vistos como la encarnación de la barbarie. Frente a estos proyectos civilizatorios de las élites, el populismo reivindica lo que supuestamente son las formas de ser y vivir de los pobres y de los excluidos, que de ser considerados como obstáculos para la modernidad y el progreso, pasan a ser la esencia de la nación. Pero, debido a que el pueblo no existe como un dato objetivo que está ahí presente sino que es una construcción discursiva, hay que preguntarse quién lo construye y qué características le son atribuidas.

El “pueblo” es construido por líderes que dicen encarnarlo. Esta apropiación autoritaria de lo que debe ser el pueblo tiene un doble sentido. Si bien los populismos han devuelto la dignidad a “los de abajo”, el “pueblo” es una categoría construida de manera autoritaria y excluyente. El líder decide cuáles son sus valores y virtudes, y qué formas de ser deben caracterizar a lo popular. La representación populista se basa en la identidad entre el pueblo, visto como un conglomerado que tiene una sola voz e intereses, con el líder, encarnación de los valores populares, nacionales y democráticos. En esta identificación del pueblo-unitario con el ególatra que dice encarnarlo, no hay espacio para que se articulen las diferencias que caracterizan a la sociedad moderna. Quienes no están incluidos, o no existen, o son parte

de la anti-nación oligárquica, o son borrados del imaginario autoritario de lo popular. El anti-pueblo y el no-pueblo no tienen espacios donde puedan expresar su disensión. Tampoco tienen derechos, pues al estar en contra del mandato del líder atentan contra los intereses de la nación y del pueblo, que no son otros que los del líder.

Al mismo tiempo, a pesar de que la representación populista es excluyente y el discurso populista es autoritario, el populismo es vivido como profundamente democratizante e incluyente. El populismo moviliza pasiones e incorpora a personas que, o bien han sido excluidas de la política, o no han tenido interés de participar. Por esta razón, Margaret Canovan (1999) argumenta que el populismo constituye la fase *redentora* de la democracia. Pero la movilización populista no siempre se da dentro de canales que respeten las normas de la democracia liberal. Es más, en muchos casos, los procedimientos del Estado de derecho son vistos como trabas e impedimentos para que se exprese la voluntad única y homogénea de las masas. La democratización populista de los llamados “populismos clásicos”, que se dieron en América Latina entre las décadas de 1930 y 1970, privilegió la incorporación de los sectores organizados corporativamente, pero excluyó a los que se desempeñaban en el sector informal. Esta incorporación, además, no respetó los derechos civiles, pues en su lucha contra la oligarquía los líderes no tuvieron reparo en encarcelar, desterrar y silenciar a sus enemigos. También los llamados “neopopulismos neoliberales” y los “populismos nacionalistas” y “radicales” (como el de Hugo Chávez) dan beneficios limitados a los informales y a los campesinos, aunque no siempre han respetado las instituciones del Estado de derecho (Weyland, 2001).

El populismo no es una aberración, ni una desviación de patrones de democratización (entendidos desde visiones

teleológicas de la modernización) (Germani, 1971). Más bien, como lo señalan trabajos recientes (Panizza, 2005; Mouffe, 2005; Arditti, 2005) *el populismo es parte constitutiva de la democracia*. Por un lado, como lo señala Weyland (2001), es una estrategia política que puede ser utilizada, y que a veces resulta exitosa tanto para llegar al poder, como para ejercerlo. Por el otro, el populismo usa las pasiones para construir identidades colectivas, lo que es central en el funcionamiento de lo político (Mouffe, 2005). Este trabajo argumenta que, para mejor entender la continua persistencia del populismo y su relación ambigua con la democracia liberal, hay que estudiar las formas de participación política, los discursos y las formas de representación política que privilegian la ocupación de espacios públicos, la confrontación de pueblo en contra de la oligarquía, y la unidad de intereses que el líder dice tener con sus seguidores. El grado de polarización social y política que se puede dar en las diferentes experiencias populistas, la ampliación de la participación política de los antes excluidos, y la instrumentalización de la democracia para los intereses del líder son cuestiones empírico-históricas que varían, y deben ser analizadas en cada caso.

REFERENCIAS

- ÁLVAREZ JUNCO, J. (1994), "El Populismo como Problema", en José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri, (eds.) *El Populismo en España y América*, Madrid: Editorial Catriel, pp. 11-39.
- AUYERO, J. (2001), *Poor People's Politics*, Durham and London: Duke University Press.
- ARDITTI, B. (2005), "Populism as an Internal Periphery of Democracy", en Francisco Panizza, (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*, London: Verso, pp. 72-99.
- BURGWALL, G. (1995), "Struggle of the Poor. Neighborhood Organization and Clientelist Practice in a Quito Squatter Settlement", tesis doctoral no publicada. Universidad de Ámsterdam.
- BRAUN (1985), *The Assassination of Gaitán*, Madison: The University of Wisconsin Press.
- BUTLER, J. (1995), "Contingent Foundations", en Seyla Benhabid, Judith Butler, Drucilla Cornell y Nancy Fraser, (eds.) *Feminist Contentions: A philosophical Exchange*, New York: Routledge, pp. 35-75.
- CANOVAN, M. (1999), "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy", *Political Studies*, 47: 2-16.
- CORONIL, F. (1997), *The Magical State*, Chicago and London: The University of Chicago Press.
- CORONIL, F. y SKURSKI, J. (1991), "Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela", *Comparative Studies in Society and History*, 33 (2): 288-337.

- CROSS, J. (1998), *Informal Politics. Street Vendors and the State in Mexico City*. Stanford: Stanford University Press.
- DE LA TORRE, C. (2000), *Populist Seduction in Latin America*, Ohio: Ohio University Press.
- FREIDENBERG, F. (2003), *Jama, Caleta y Camello. Las estrategias de Abdalá Bucaram y del PRE para ganar elecciones*, Quito: Corporación Editora Nacional.
- FURET, F. (1985), *Interpreting the French Revolution*, Cambridge: Cambridge University Press.
- GERMANI, G. (1971), *Política y Sociedad en una Época de Transición*, Buenos Aires: Editorial Paidós.
- KNIGHT, A. (1998), "Populism and Neopopulism in Latin America, especially Mexico", *Journal of Latin American Studies*, 30: 223-48.
- JAMES, D. (1995), "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", en Juan Carlos Torre, (ed.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires: Ariel, pp. 83-131.
- LEFORT, C. (1988), "Interpreting Revolution within the French Revolution", en Claude Lefort, *Democracy and Political Theory*, Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 89-115.
- LEVITSKY, S. (2001), "An 'Organized Disorganization': Informal Organisation and the Persistence of Local Party Structures in Argentine Peronism", *Journal of Latin American Studies*, 33: 29-65.
- MENÉNDEZ-CARRIÓN, A. (1986), *La Conquista del Voto en el Ecuador: De Velasco a Roldós*, Quito: Corporación Editora Nacional.

- MOUFFE, C. (2005), "The 'End of Politics' and the Challenge of Right Wing Populism", en Francisco Panizza, (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*, London: Verso, pp. 50-72.
- NORRIS, R. (2004), *El Gran Ausente. Biografía de Velasco Ibarra*, Quito: Libri-Mundi.
- NOVARO, M. y PALERMO, V. (1996), *Política y Poder en el Gobierno de Menem*, Buenos Aires: FLACSO-Norma.
- O'DONNELL, G. (1994), "Delegative Democracy", *Journal of Democracy*, 5 (1): 55-69.
- , (1999) "Poliarchies and the (Un)Rule of law in Latin America: A Partial Conclusion", en Juan Méndez, Guillermo O'Donnell y Paulo Sérgio Pinheiro (coords.) *The (Un) Rule of Law and the Underprivileged in Latin America*, Notre Dame: University of Notre Dame Press. Pp. 303-339.
- , (2001), "Reflections on Contemporary South American Democracies", *Journal of Latin American Studies*, 33: 599-609.
- PANIZZA, F. (2005), "Introduction: Populism and the Mirror of Democracy", en Francisco Panizza, (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*, London: Verso, pp. 1-32.
- PERUZZOTTI, E. (1997), "Civil Society and the Modern Institutional Complex: The Argentine Experience", *Constellations*, 4 (1): 88-94.
- PLOTKE, D. (1997), "Representation is Democracy", *Constellations*, 4 (1): 19-35.
- PLOTKIN, M. (1995), "Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista

1945-1951”, en Juan Carlos Torre, (ed.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires: Ariel, pp. 171-219.

ROBERTS, K. (1995), “Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case”, *World Politics*, 48 (October): 82-116.

URBINATI, N. (1998), “Democracy and Populism”, *Constellations*, 5 (1): 110-125.

VELASCO IBARRA, J. M. (1937), *Conciencia o Barbarie*, Quito: Editorial Moderna.

WEYLAND, K. (1996), “Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities”, *Studies in Comparative International Development*, 31 (3): 3-31.

———, (2001) “Clarifying a Contested Concept. Populism in the Study of Latin American Politics”, *Comparative Politics* 34 (1): 1-23.

BREVE HISTORIA DEL POPULISMO EN MÉXICO

*Israel Covarrubias**

INTRODUCCIÓN

El objetivo en este ensayo es presentar someramente una radiografía del populismo mexicano, en sus vertientes tanto clásicas como modernas. La tesis que se desarrollará parte de la idea de que la recurrencia del populismo en México se debe más a la persistencia de rasgos culturales premodernos y tradicionales en su entramado político y normativo, por lo que los propios populismos mexicanos suelen adoptar más bien talantes autoritarios y pragmáticos, en lugar de democráticos e ideológicos.

De entrada, para fines de clasificación, se consideran cuatro momentos del populismo en México: a) el populismo clásico (Lázaro Cárdenas), interesado sobre todo en incorporar a las masas al Estado en un esquema autoritario; b) el populismo de los años setenta (Luís Echeverría y José López

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Florencia, Italia. Profesor-investigador en el Centro de Estudios de Política Comparada, A. C. y profesor de la maestría en ciencias políticas de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México). Actualmente es director de la revista *Metapolítica*.

Portillo), caracterizado sobre todo por un excesivo gasto público combinado con un fuerte control político; c) el neopopulismo (Carlos Salinas de Gortari), caracterizado por una dinámica de inclusión de las masas, pero para la promoción de políticas de ajuste liberal; y d) el populismo de la alternancia (con Vicente Fox, más próximo a Salinas de Gortari por sus resultados, y Andrés Manuel López Obrador, más próximo a Echeverría y López Portillo, por su discurso) obligado a coexistir con la democracia, tanto discursiva como prácticamente.

REDEFINIENDO EL POPULISMO

Para comenzar, el populismo, más que una oposición abierta y desafiante a la democracia, puede utilizar la arquitectura institucional de ésta en modo racional y con miras a alcanzar objetivos de corto plazo. Para ello, hace uso de algunos mecanismos discursivos que, dependiendo de la capacidad de ponerlos en acción, pueden aproximarnos a la *semántica* que algunas expresiones políticas toman en cuenta para considerarse como populistas. Por ello, quizá es preferible abordar el tema del populismo a partir del uso y abuso de los campos semánticos inherentes a sus formas discursivas, ya que desde esta óptica, su análisis podría volverse plausible e indicar precisamente aquello que cuesta tanto trabajo referir en términos politológicos y sociológicos.

En este sentido, un primer elemento semántico es la promoción sistemática de las formas reactivas, o sea la tendencia a ubicarse por encima de las instituciones, ocasionando un fuerte efecto negativo a las piedras angulares de la democracia (en primer lugar, el Estado de Derecho). Por ejemplo, la idea de que las elecciones son necesarias siempre y cuando sean concebidas como un mecanismo de exaltación de la sociedad por el carisma, el lenguaje, la forma de actuar.

En resumidas cuentas, se apuesta por un incremento de la personalización de la política y de las instituciones.

Un segundo elemento es la apelación a la dualidad del pueblo; es decir, tanto la dualidad como la ambivalencia topológica del *enunciador* populista respecto del sujeto popular (el pueblo) esconde la idea de que el líder puede estar mucho más cerca de la gente que los demás políticos y las instituciones, con lo que se reduce la distancia simbólica intrínseca a toda representación política, al tiempo que el líder se afirma con la ilusión de que el pueblo sólo podría hablar a través de él (“soy como tú” y “no soy como tú”).

Un tercer elemento es la decisión de fincar todas las esperanzas sobre el espejismo de las masas. En este caso, la intención del líder es identificarse directamente con el pueblo pero diferenciándose de él en un modo claro y preciso; es decir, aquí entraría en juego la lógica acción-reacción entre el líder y el movimiento-sociedad-pueblo, para terminar el líder como una simple “boca del pueblo”. De ahí las constantes acciones de acoso sobre las instituciones por parte de los gobiernos populistas para movilizar a sus seguidores en cualquier momento, en el entendido de que conlleva mayor impacto mediático y político el recurso a la plaza que a los tribunales y / o instituciones públicas.

En síntesis, puede hablarse propiamente de populismo cuando la experiencia política analizada comparte los siguientes atributos semánticos, independientemente del tipo de régimen en el que se presenta: a) una pulsión simbólicamente construida que coloca al pueblo, gracias a una simbiosis artificial con su líder, por encima de la institucionalidad existente; b) un recurso para disipar las mediaciones institucionales entre el líder y el pueblo, gracias a una supuesta asimilación del primero al segundo; y c) una personalización de la política creada por la ilusión de que el pueblo sólo podría

hablar a través de su líder. Huelga decir que cada uno de estos atributos implica una carga subversiva anti-institucional más o menos grave dependiendo de cada caso.

POPULISMOS PREMODERNOS Y POPULISMOS POSDEMOCRÁTICOS

Ahora bien, para entender el populismo son necesarias dos precondiciones. La primera: hay que tomar en cuenta que la emergencia del fenómeno evidencia un fuerte componente *premoderno*, en clara contraposición al núcleo de la modernidad política (pluralismo de los valores, institucionalización política, secularización cultural, división y especialización del trabajo político, etcétera). La segunda: hay una emergencia del fenómeno que pone en evidencia una situación crítica de la maduración democrática. Por ello, puede definirse también como un fenómeno *posdemocrático*, en el sentido de que el populismo surge (en particular, en el contexto europeo de la última década) en un momento posterior a un período de fuerte consolidación y desarrollo de la democracia.

En cuanto a los atributos *premodernos* del populismo, destacan los siguientes:

- a) *Contextos de incipiente democratización o abiertamente autoritarios*. Quizá éste sea el rasgo por excelencia de los populismos premodernos, ya que la alta jerarquización de las instituciones públicas, el estilo personal de gobernar, la tendencia a sofocar los equilibrios entre los poderes (todas características del autoritarismo), quebrantan y provocan que el poder, su concentración y sus dinámicas sobre la sociedad sean un recurso exclusivo de control y coerción, lo cual es aún más probable en sistemas políticos de corte presidencialista.

- b) *Estrategia discursiva ideológica o pragmática.* La organización del discurso populista premoderno es proporcional al contexto histórico en el cual tiene lugar. Es decir, es más factible encontrar una retórica agresiva de recuperación o consolidación de los valores nacionales (*populismo ideológico*) en una situación histórica de modernización económica acelerada, pero en ausencia de una clara estructuración política, tal y como lo expresan muchos de los populismos que tuvieron lugar hacia los años cuarenta del siglo pasado en Europa y América Latina. En cambio, el fenómeno se vuelve pragmático (*populismo pragmático*) cuando la situación económica es propensa a la independencia del mercado nacional y a la reestructuración del propio Estado en todos sus órdenes (administrativo, ideológico, político, organizacional, etcétera).
- c) *Estructuración de políticas de corte asistencial con un discurso modernizante y de cambio político.* La erogación administrativa de los servicios (estructurales y de otro tipo) deja de funcionar bajo una lógica estrictamente racional y estratégica (o sectorial), para dar lugar a una erogación del gasto público de corte paternalista, parasitario y masivo, justificado precisamente en las supuestas necesidades de la población, confundiendo las funciones administrativas con las funciones de gobierno y con las funciones económicas de las instituciones públicas. Aunado a ello, dicha estrategia coincide con una plataforma política de cambio, mejoras sociales y promesas que son mantenidas a costos altísimos para la arquitectura estatal.
- d) *Dinámica del clientelismo y el corporativismo político.* El clientelismo es una función estructural del éxito político del populismo premoderno. Es decir, se tiene la necesidad de organizar el consenso a partir del mecanismo

del intercambio político informal (por ejemplo, votos por favores o dinero por lealtad). De igual modo, la estructuración de la sociedad sólo es posible a partir de la Organización, la Corporación, el Partido, con lo que de antemano se cancela cualquier posibilidad de autonomía social y se reducen sustancialmente las formas sociales que serán consideradas: la unidad mínima es la agrupación, no el individuo.

- e) *Excesiva personalización de la política.* La centralidad de la política en la voluntad del líder populista conlleva, por una parte, una concepción individualizada del poder y su ejercicio y, por otra, una supeditación de las instancias del poder político (instituciones, procedimientos, reglas del juego) a la capacidad exclusiva de decisión del líder y sus vértebras personalizadas de dominio.
- f) *Legitimidad carismática y tradicional.* La legitimidad carismática y tradicional es una consecuencia lógica de las prerrogativas del populismo, ya que su apoyo social está fincado en los rasgos extraordinarios que el líder es capaz de ofrecer a su sociedad (que puede ser interpretada, incluso, como una *propiedad* del líder): elocuencia discursiva, personalidad aparentemente sensible a las preocupaciones sociales, retórica inclusiva que termina reduciendo la complejidad de la vida política a totalidades antagónicas y a peligrosos juegos de suma-cero.
- g) *Componente castrense.* Es innegable el papel que han jugado las agrupaciones de militares en la consolidación de los populismos premodernos en el siglo pasado, sobre todo en términos de introducir la férrea disciplina militar para organizar la política, el mecanismo de la *conversión* (clásico en la organización militar) para lograr

adhesión social a los principios que rigen la vida pública, ya que significa la posibilidad de dejarse convencer y volverse parte de una organización sin cuestionar sus fundamentos.

En cuanto a los atributos *posdemocráticos* del populismo, destacan los siguientes:

- a) *Contextos de malestar con la democracia.* En estricto sentido, los populismos posdemocráticos aparecen en un momento de *impasse* democrático o crisis en la democracia, que alude básicamente a los problemas inherentes a una determinada forma histórica democrática en un tiempo específico (Crouch, 2004).
- b) *Estrategia discursiva anti-política y de regionalismo.* La fuerte carga regionalista de los distintos discursos populistas (por ejemplo, en Europa y no sólo en esta región) no es simplemente resultado de una conjunción de fuerzas políticas nuevas (principalmente de derecha), antes bien, reflejan una profunda mutación en la propia estructuración de dichos regímenes democráticos. El auge de este regionalismo, conflictivo y mediatizado, ha tenido un éxito relativo, particularmente por el uso retórico de la llamada anti-política (Cansino, 1997: 137-155). Pareciera que con dicha acepción se pretende connotar y encerrar en un solo tiempo, una situación de desafección *real* por parte de la ciudadanía con las instituciones democráticas, pero también con la supuesta asimetría que regula la relación económica entre el centro (lo nacional) y la periferia (lo regional).
- c) *Contractualización estatal y tecnificación de la política.* El ascenso de las nuevas funciones estatales (que inciden sustancialmente en la estructuración del populismo posdemocrático) está vinculado en modo estrecho con

el pasaje del llamado Estado Benefactor al Estado Regulador (o neoliberal en su acepción politizada) y de este último hacia lo que tentativamente puede ser definido como Estado Contractual. En el interior de esta nueva modalidad estatal, una de las transformaciones más acuciosas ha sido la entrada en la arena pública de un mecanismo de *poli-centrismo* en la toma de decisiones y en la propia organización, tanto del poder político (en su sentido tradicional) como en la erogación de servicios y la creación de nuevas fuentes de recursos económicos para cumplir las dos funciones anteriores (cf. Ferrarese, 2002; 2000; Rossi, 2003; Strange, 1998; Zolo, 2004).

- d) *Organización del consenso.* La especificidad de los apoyos sociales sobre estas particulares formaciones políticas encuentra su sustento en la focalización del descontento y en las propuestas que institucionalmente el partido populista esté dispuesto a ofrecer para revertir dicha situación. Por ello, en el populismo posdemocrático encontramos un regreso importante a la concepción tradicional de la política.
- e) *Excesiva personalización de la política.* Si bien es cierto que en el populismo posdemocrático también podemos encontrar una constante atracción por la personalización de la política, no se puede sostener, por otra parte, la idea de que exista un culto excesivo a la personalidad. Claro está, aquí también se pueden contar sus excepciones o anomalías: por ejemplo, el ex Primer Ministro italiano Silvio Berlusconi en Italia, aunque no pueda ser considerado en estricto sentido como un líder populista. Quizá el problema con el control del gusto excesivo por la personalización del poder esté definido por la efectividad de las combinaciones estatales antes mencionadas

y por los contrapesos institucionales de las democracias consolidadas, al no permitir ir “más allá” de los límites institucionales claramente delimitados por las reglas impersonales del juego democrático.

- f) *Legitimidad carismática, racional y democrática.* Al igual que en el populismo premoderno, la base de legitimidad del populismo posdemocrático es de corte carismático, pero con la diferencia que aquí las elecciones no sólo representan el medio por el cual se accede a las instituciones públicas para agredirlas; antes bien, es un mecanismo que ha permitido asumir los costos de la inseguridad democrática (normal en una democracia consolidada) por el hecho de que se parte de una gran confianza en las instituciones políticas y en los poderes neutrales que precisamente equilibran los excesos reales o imaginarios de los líderes populistas. Es decir, el populismo posdemocrático antes de ser un fenómeno patológico, es una salida o respuesta al aumento de complejidad y contingencia de la democracia contemporánea.
- g) *Liderazgo civil.* En cierta medida, es entendible que los liderazgos populistas posdemocráticos sean cívicos, por el hecho simple de no permitir la injerencia de los militares en la política interna (ni siquiera con relación a temas de seguridad nacional tales como la migración, el crimen organizado, *et cetera*).

De lo anterior se desprende que las experiencias populistas que ha vivido México sin excepción, desde el *Cardenismo* hasta el *Foxismo*, encajan más en el populismo premoderno que en el posdemocrático, a pesar de la democratización experimentada en las últimas dos décadas en el país. Así pues, revisemos con mayor atención las experiencias con el populismo en México.

LOS POPULISMOS MEXICANOS: CONTINUIDADES Y RUPTURAS

Cárdenas y el populismo a la mexicana. Sin duda alguna, el caso del gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) es el de un populismo clásico o, según la clasificación apenas referida, premoderno, ya que los siete componentes de este tipo de populismos están presentes en su figura. Para comenzar, el contexto en el cual tuvo lugar el populismo de Cárdenas es definible como abiertamente autoritario, porque la consolidación de un régimen de este tipo fue la salida que encontraría disponible para amortiguar definitivamente tres procesos simultáneos que se le presentaban en su horizonte político: a) poner punto final a la violencia estrictamente política que, por su parte, había sido el motor principal de la llamada primera etapa de la revolución mexicana (Krauze, 1997: 19); b) poner punto final a la violencia selectiva que se estaba generando en el interior del propio grupo ganador del período armado, pero también con el ascenso a la vida pública de grupos que con anterioridad no estaban presentes, como lo fue la experiencia del Catolicismo activo y posteriormente radicalizado (Cosío Villegas, 1982: 50); c) poner punto final al papel definitorio que jugaría Plutarco Elías Calles hacia finales de los años veinte en la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), y donde más que Calles, Cárdenas jugaría igualmente un papel decisivo (Krauze, 1997: 20).

En consecuencia, la clase dirigente aún no estaba completamente definida en ese entonces. Por una parte, estaba el grupo militar encabezado precisamente por Calles, que generaba el programa estabilizador y conservador de la Revolución Mexicana. Por otra, existía el espacio (dentro de la clase dirigente) para un grupo de generales encabezado por Cárdenas que insinuaban una salida (y conclusión) del proceso de unificación y reconciliación de la Revolución Mexicana, mediante una serie de alianzas y reformas con los diversos actores sociales, que suponía más que el reconoci-

miento de las clases subalternas, la estructuración de un régimen político de corte populista.

Sin duda alguna, lo que apremiaba era la integración sociopolítica del país. Y precisamente el mecanismo más efectivo que Cárdenas implementó fue una extraordinaria y exitosa articulación entre la noción de *soberanía nacional* con aquella de la *soberanía popular*, bajo la potente estructuración ideológica del Nacionalismo Revolucionario, que sería definitivamente enmarcada en la otrora famosa política de masas del cardenismo (Córdova, 1974).

Al respecto, una precisión es necesaria. Al hacer coincidir soberanía nacional y soberanía popular, Cárdenas no hacía otra cosa que construir una noción existencial de *pertenencia* vinculada inextricablemente con el territorio, es decir, con la tierra (como si fuera un homenaje al motor que había empujado a la propia experiencia armada). Y con ello, la pretensión de generar un proceso de reunificación y compromiso absoluto de los sectores sociales hacia el Estado, a partir de crear a este último con una hechura corporativa y vertical.

Ahora bien, ¿por qué una política de masas? El principal objetivo, conjuntamente con los tres problemas antes referidos, fue el de sacar literalmente a flote y construir una suerte de dique institucional y social al potencial fracaso de la propia Revolución Mexicana, que hasta ese entonces no había podido mantener las promesas de respuestas estatales a las causas que la habían creado. Por ello, la política de masas del Cardenismo fue particularmente dirigida hacia los terrenos agrario, laboral y educativo como respuestas efectivas, sí, a las promesas incumplidas de la Revolución, pero también por el nacimiento de los nuevos grupos sociales, como la clase trabajadora, los campesinos y la incipiente extensión de las clases medias (Córdova, 1974: 17 ss).

¿Qué efectos provocaría la configuración bajo la categoría de “masa” de una sociedad para los fines políticos de consolidación estatal autoritaria, tal y como se le presentaba la situación a Cárdenas? En primer lugar, un hecho lamentable, porque significó la cancelación de cualquier atisbo de individualismo, por ello, se presentaba como una creación antidemocrática y antiliberal (Krauze, 1997: 25; Aguilar Rivera, 2003 a: 36). De igual modo, cancelaba el mayor número posible de las formas de disenso, por ende, de las diferencias, ya que al suponer que todo está contenido en la masa, nada afuera de ella puede tener su razón de ser políticamente hablando. También se puede decir que esta confección conllevaba una fuerte virulencia lista a la acción, dispuesta a manifestarse como una pura expresión de fuerza política (por ejemplo, es el caso del llamado para pagar los costos de la expropiación petrolera) o de soporte popular en el gobierno (legitimidad). Por último, se le confiere a la masa un carácter de sujeto político pero sin autonomía, corroborando el enorme lastre que llevaría en las décadas siguientes a la sociedad mexicana hacia el letargo y hacia la *heteronomía* o hacia el corporativismo.

Así, tenemos que Cárdenas materializó como ninguno la mezcla ideológica con la cual se había llegado a la Revolución Mexicana (Aguilar Rivera, 2003 a: 43), acentuándola y confundiendo a la propia sociedad que, al esclarecer su horizonte y el mundo del porvenir que aún no sabía interpretar, se despersonalizaba, volviéndose un objeto de subjetivación y sujeción.

El éxito del Estado corporativo que edificaría Cárdenas estaría supeditado al tipo de prácticas de inclusión autoritaria que lo caracterizaron, tales como la dinámica excepcional del clientelismo (relación por excelencia con la sociedad), su estilo personal de gobernar y su propensión a la centralización de las dinámicas del poder político. Además, desta-

can políticas de corte asistencial, incluso resguardadas constitucionalmente bajo su mandato (por ejemplo, trabajo, salud, educación).

En este sentido, no es fortuita la creación de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en 1936 para “domesticar” al sector obrero, la Confederación Nacional Campesina (CNC) en 1937 para hacer lo suyo con el campesinado, el control del ejército con la expulsión del país de Calles en 1935, y la expropiación petrolera en 1938, que ya estaban esbozando la constitución de un régimen político basado en un gran contrato social. Cabe señalar que la expropiación petrolera sería el momento de mayor impacto del ejercicio populista cardenista: se mostraba claramente como una elocuente y certera estructuración discursiva ideológica, al *refrendar* el Nacionalismo Revolucionario, y activar socialmente aquel enorme sentimiento de pertenencia (idea de soberanía) tanto de los recursos naturales como de las identidades locales.

Por último, en el caso de Cárdenas es innegable que desarrolló una excesiva personalización del poder que, al final, desembocaría en un culto “autóctono” y peculiar de su figura y sus capacidades de decidir por encima de las reglas impersonales del juego político, junto con una legitimidad abiertamente carismática y tradicional. De hecho, debemos en buena medida al estilo personal de gobernar de Cárdenas muchos de los elementos que posteriormente caracterizarían al presidencialismo mexicano, entendido como una forma pervertida de gobierno presidencial. Se debe a Cárdenas, por ejemplo, una frase que sintetiza muy bien su veta populista:

En el gobierno una única fuerza política debe sobresalir: la fuerza del presidente de la República, él debe ser el único representante de los sentimientos democráticos del pueblo (Córdova, 1974).

Echeverría y López Portillo: el populismo de los setenta. A diferencia del populismo de Cárdenas, el populismo de los años setenta (Luís Echeverría –1970/1976– y José López Portillo –1976/1982–), no constituyó un mecanismo centralmente orientado a integrar a las masas populares al sistema político, sino que se caracterizó por una expansión excesiva del gasto público orientada a asegurar el control político. Más allá de esta diferencia de orientación, la resurrección del populismo en los setenta adoptó prácticamente todos los rasgos definitorios de los populismos clásicos o premodernos.

En primer lugar, aparece en un contexto abiertamente autoritario y donde el tema de la democratización comenzaba a cobrar forma como una condición de la modernización y el desarrollo, pero que muy pronto pasó a integrarse como un componente retórico más de la élite política con fines de legitimación. En el caso de Echeverría, las condiciones adversas en las que inicia su gobierno originadas sobre todo en la represión estudiantil de 1968, lo obligaron a diseñar una estrategia discursiva muy radical para su tiempo denominada “apertura democrática”. La consigna era distinguirse del gobierno precedente de Gustavo Díaz Ordaz, que quedó marcado en la historia y en la conciencia de los mexicanos como el más represivo y autoritario en la era institucionalizada del régimen, debido sobre todo a la matanza de Tlatelolco y a las propias justificaciones absurdas y prepotentes de la violencia por parte del titular del Ejecutivo.

El 1968 mexicano fue tan violento, que ni las Olimpiadas celebradas en la Ciudad de México ese mismo año pudieron eliminar el malestar y la frustración de la gente. De ahí que el gobierno de Echeverría no tuvo más opción que exhibir y explotar retóricamente una renovada voluntad democrática sensible a las causas populares, aunque no necesariamente a todas ellas. En efecto, el hilo conductor del discurso populista de Echeverría dejó de ser el pueblo, concebido de ma-

nera genérica, para orientarse sobre todo a las clases medias urbanas, cuyo acelerado crecimiento como resultado del propio desarrollo de los años sesenta no fue acompañado con los mecanismos correspondientes para su inclusión y participación política en el contexto de un régimen autoritario cerrado. Es decir, el régimen tan hábil para incorporar a los sectores obrero, campesino y popular, se topó con un sector social (las clases medias en crecimiento) difícil de corporativizar y tutelar desde el Estado, y que potencialmente significaba una amenaza seria a su persistencia y estabilidad.

A la larga, el discurso democratizador de Echeverría y su política de beneficios a favor de las clases medias abrieron un resquicio de mayor tolerancia a la oposición y a la disidencia que, sumado con un fin de sexenio desastroso en materia de devaluación económica y crisis política, llevaron a su sucesor en el cargo a promover una reforma política que flexibilizara al régimen en dirección democrática y formalizara a la oposición.

Ahora bien, no será sino hasta el sexenio de López Portillo cuando se pueda hablar de la primera gran propuesta institucional de apertura y liberalización en dirección democrática. Pero para ello, es oportuno referir la coincidencia-dependencia que México ha expresado en el terreno económico y en el político: uno no se entiende sin el otro. Por ello, el año de 1976 es crucial para entender la retórica populista de López Portillo, ya que se puede decir que después de tres décadas de desarrollo y crecimiento económico equilibrado que van más o menos de 1945 a 1975, en 1976 el desajuste en la balanza de pagos sería seguido por un endeudamiento para cubrir el déficit fiscal del Estado mexicano, lo que provocó en ese año una crisis económica importante (Meyer, 1994: 58). Dos hechos son indicativos de la apertura. El primero, el nacimiento del Consejo Coordinador Empresarial (CCE) en 1975, que resultó ser el primer or-

ganismo totalmente independiente de los dominios corporativos del Estado sobre los grupos empresariales del país. El segundo, la fuga de capitales (también llamada “crisis de confianza” o “pánico monetario”) en 1976 que obligó a la devaluación de la moneda (Cansino, 2000: 116).

Empero, gracias al descubrimiento de importantes yacimientos de petróleo en 1977 en el sureste del país, el presidente López Portillo logró al inicio de su gobierno contener la crisis de manera rápida (Bailey y Cohen, 1987: 30-31). A pesar de los esfuerzos gubernamentales en ese año, los problemas de fondo que el país arrastraba por lo menos en términos políticos (por ejemplo, el crecimiento de las guerrillas urbanas y rurales), así como el rápido crecimiento poblacional y el desempleo, resultaban ser potentes frenos a las pretensiones de crecimiento económico equilibrado y que, posteriormente, pondrían punto final al proyecto modernizador y de desarrollo estable que había vivido México (Meyer, 1994: 59).

Por ello, la reforma política de 1977, creada a iniciativa de López Portillo y pese a sus muchas inconsistencias y limitaciones, marcó el inicio de la transición hacia la democracia. En todo caso, el populismo de los setenta, si bien se da en un contexto abiertamente autoritario, presenta una característica ausente hasta entonces: un elemento de incipiente democratización, que pasó a convertirse en un componente central y recurrente en el discurso oficial, más con fines de legitimación que de compromiso real con el cambio. Es decir, se realizaba un importante pasaje semántico, contradictorio en efecto pero que desplazaba el componente de incorporación de las masas-pueblo-sociedad como sucedía antaño con el populismo de Cárdenas, por un componente de apertura y pluralismo, cuyos efectos estaban precisamente dirigidos (de igual forma) no a la efectiva democratización del régimen político, antes bien, a su mantenimiento y persistencia.

Por lo que respecta a la estrategia discursiva, el populismo de los años setenta mostró una maleabilidad y oportunismo inusitados. Ya vimos que el nuevo eje de la retórica oficial, tanto en Echeverría como en López Portillo, fue la democratización del sistema político, con lo cual se ofrecía una respuesta a las exigencias de participación de las clases medias en expansión, las cuales, por su propia condición, habían adquirido mayor capacidad de cuestionamiento al régimen. Pero los años setenta también estuvieron marcados por la Guerra Fría, por un repunte del internacionalismo comunista, por golpes de Estado en América Latina pretextando la amenaza roja. En el caso de México, Echeverría enarboló un discurso con tonos claramente proclives al socialismo y explotó cada oportunidad que tuvo a su alcance para mostrar su afinidad con las causas de izquierda: apertura de las fronteras al exilio latinoamericano, encuentros con Fidel Castro, Salvador Allende y otros líderes socialistas, protagonismo de México en la defensa de las banderas políticas del Tercer Mundo, *et cetera*. El tono socialista del discurso de Echeverría llegó a ser tan frecuente que se dijo en su momento que encarnaba a Cárdenas, cosa que también supo explotar muy bien a su favor. En materia ideológica, por último, habría que añadir que Echeverría fue un decidido promotor del nacionalismo, muy en sintonía con las enseñanzas de Cárdenas. Son particularmente memorables las fiestas oficiales donde toda la comitiva presidencial portaba trajes típicos y degustaba platillos propios de la gastronomía mexicana.

Si bien el gobierno de Echeverría se centró en una agresiva política de gasto social (el así llamado “desarrollo estabilizador”) para responder a las demandas crecientes de la población, nunca se adoptaron políticas que atentaran contra la libre empresa o que hicieran suponer un viraje hacia una economía socialista. Si la clase empresarial se confrontó en varias ocasiones con Echeverría fue más por su excesiva

retórica de izquierda y porque muchos consideraban que su política económica y social podía tener efectos recesivos e inflacionarios, además de un endeudamiento público que pondría en riesgo el futuro del país, cuestión que a la postre ocurrió y que se tradujo en un gran desprestigio del presidente.

Junto al particular mecanismo ideológico puesto en marcha por Echeverría, tenemos también su forma de relacionarse con la sociedad. Serán clásicos sus “descensos en el campo”, por ejemplo, con los estudiantes cada vez más radicalizados, confrontándolos directamente, respondiendo sin temor alguno (o eso era lo que pretendía expresar) a las constantes interpelaciones e irrupciones a sus discursos en recintos como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Como quiera que sea, la llamada “apertura democrática” si bien no tenía una lógica estrictamente clientelar y corporativa, sí implicaba la movilización desde lo alto. Y de aquí pues, su carácter de centralización del liderazgo, personalizando los propios dominios de la política. Por ello, su fuente de legitimidad sería más tradicional que carismática, y conjugada con una fuerte tendencia hacia el progresismo semi-democrático.

Por su parte, López Portillo tensó su discurso ideológico a tal grado que en él podía caber todo, dependiendo del contexto y de sus interlocutores. Así, por ejemplo, en ocasión de la estatización de la banca en 1982, una medida drástica y cuestionada por la clase empresarial del país, López Portillo se colocó del lado de los marginados y excluidos, víctimas de las ambiciones desmedidas de los ricos y poderosos, pese a que todo el mundo sabía que su decisión fue una respuesta desesperada a los malos oficios de su gestión. Asimismo, se recuerda un discurso donde López Portillo pedía a los mexicanos que optaran entre una economía centralmente planificada de tipo comunista o una economía de libre mer-

cado o capitalista: “con melón o con sandía”. En todo caso, López Portillo fue partidario de lo que él mismo llamó una “economía mixta”, que no era más que otra manera de calificar a un sistema que, como el mexicano, por ser producto de una revolución social, no podía eliminar de su mitología a los sectores populares, por más que las desigualdades se incrementaban aceleradamente así como la concentración de la riqueza en el vértice de la pirámide social. A su favor, López Portillo contó con el *boom* petrolero y el descubrimiento de nuevos yacimientos que le permitieron aminorar los efectos recesivos de finales del sexenio anterior. Como se recuerda, López Portillo tuvo en este factor un componente frecuente de su discurso, excesivamente explotado y que a la larga, por lo pobres resultados de su gestión, siempre se le echó en cara: “la administración de la abundancia”, una quimera más del régimen, pero que le permitió a López Portillo gozar de una gran popularidad los primeros años de su gobierno, al grado de que sus excesos y abusos de autoridad no fueron severamente cuestionados por la sociedad sino hasta que el país imaginario que fabricó fue arrollado drásticamente por la realidad.

Su obstinada personalización de la política, su relación paternalista con la sociedad y con los grupos sociales que ya se podían considerar herederos de la crisis económica, junto a la promoción de un constante clientelismo y corporativismo (donde la idea del Estado Fuerte sigue presente), fueron importantes para entender parte de su legitimación, basada obviamente en el carisma ficticio que el propio López Portillo expresaba, el cual no le permitió terminar su sexenio con la expectativa que él mismo había generado (Alvarado, 1992; Camp, 1996; Medina Peña, 1994).

Salinas de Gortari: el neopopulismo autoritario. Salinas de Gortari llegó al poder en medio de una crisis política sin precedentes, cuyo punto más alto se presentó durante las

elecciones federales de 1988. El partido en el poder vivió en 1987 un proceso de fraccionamiento del cual surgiría un partido de oposición que logró alcanzar un inesperado respaldo popular. Algo similar puede decirse de importantes sectores de los grupos empresariales que, por diferencias con la política económica de los gobiernos precedentes, experimentaron una activación política hacia la oposición de derecha. Finalmente, también la burocracia sindical, hasta entonces fuertemente cohesionada y subordinada al Ejecutivo, manifestó diversas formas de rebeldía por parte de algunos de sus representantes.

Salinas de Gortari llegó a la presidencia de la República con el margen de votación más bajo alcanzado hasta ese entonces por algún candidato presidencial. En consecuencia, inició su gestión política no sólo en un contexto sumamente delicado por el deterioro político del régimen, sino también con una legitimidad decreciente sin precedentes. Más aún, los resultados de las elecciones de 1988 dejaron insatisfechos tanto a la oposición como a una buena parte de la población, lo cual dio lugar a muy diversas manifestaciones de protesta y descontento por el fraude y la manipulación del proceso electoral, la tristemente célebre “caída del sistema”.

Lo curioso del asunto es que Salinas de Gortari, pese a que en los hechos pospuso la transición y perfeccionó el autoritarismo del régimen, contó con un respaldo inusitado por parte de amplios sectores de la sociedad, al menos hasta el último año de su administración. Parte de la explicación está en los atributos populistas de Salinas de Gortari, sobre todo en cuestión de liderazgo y organización de los consensos, que muy pronto se popularizaron en la sociedad: un populismo de nuevo tipo, con un discurso original respecto al gastado “nacionalismo revolucionario”, y con formas de organización social innovadoras. Con todo, por sus resulta-

dos, el populismo de Salinas de Gortari fue más uno de tipo premoderno y autoritario que posdemocrático y antipolítico. Su particularidad respecto a los populismos precedentes reside en que supo movilizar el apoyo directo de las masas al tiempo que promovía políticas económicas de corte liberal, contradictorias en los hechos con la idea de justicia social tutelada por el Estado.

Existe pues una relación directa entre el liderazgo de Salinas de Gortari y las características específicas que el proceso de cambio político asumió en México después de la crisis política de 1988. La centralidad del liderazgo de Salinas de Gortari, más que mantener una relación directa con el grado de institucionalización de las estructuras y procedimientos “democráticos”, tiene relación con la recuperación de la capacidad de flexibilidad del régimen, que le permite funcionar al mismo tiempo que con la lógica autoritaria precedente, en un contexto más competitivo y plural que en el pasado. En ese sentido, la centralidad del liderazgo de Salinas de Gortari aún tiene una base de explicación congruente en la propia lógica institucional del régimen político mexicano, que confiere al titular del Ejecutivo amplias prerrogativas constitucionales y meta-constitucionales.

En síntesis, en el caso del liderazgo de Salinas de Gortari, su centralidad proviene tanto de factores formales (las características del presidencialismo mexicano) como de factores extra-formales (las capacidades personales del líder). El ámbito donde este segundo tipo de factores fue decisivo está en la re-nivelación del régimen, que le permitió a la clase gobernante mantener el control de la transición.

Como resultado de las difíciles condiciones existentes en 1988, el cambio de dirección democrática se convirtió en una bandera del gobierno de Salinas de Gortari, con la cual se buscaba promover una nueva cara del sistema político

mexicano. Desde los primeros meses de su gobierno comienza a perfilarse una imagen diferente del titular del Ejecutivo. A diferencia del presidente saliente, Miguel de la Madrid, quien mantuvo una imagen más bien “gris” ante la opinión pública, Salinas de Gortari mostró desde el inicio una personalidad firme y decidida. Un ejemplo de ello es el encarcelamiento del corrupto líder sindical Joaquín Hernández Galicia, “la Quina”, el 6 de enero de 1989, un dirigente sumamente poderoso en el Estado de Tamaulipas y el mejor representante del “charrismo” sindical, propio del corporativismo mexicano.

Si bien es cierto que las transformaciones democráticas en el sistema político mexicano fueron limitadas con Salinas de Gortari y que su perfil se acerca más al autoritario que al democrático, es indudable que logró recuperar para sí mismo la posición de líder indiscutible del Estado mexicano. Esta afirmación se refiere no sólo a la relación del presidente con las demás instituciones del sistema, sino también a su relación con las masas, la clase política y los partidos de oposición.

En lo que respecta a la relación con las masas y la ciudadanía, ésta se sostuvo en tres aspectos: *a)* el compromiso democrático asumido, con el cual se invoca a una nueva realidad política del país; *b)* la eficacia en la toma de decisiones, y *c)* la política social, articulada básicamente en torno al *Programa Nacional de Solidaridad* (PRONASOL), concebido como un instrumento para hacer llegar servicios de salud, vivienda y educación a la población más desfavorecida. Ciertamente, refiriéndonos a este último aspecto, la designación de recursos a través de *Solidaridad* adoptó como uno de sus criterios implícitos el privilegiar aquellas regiones del país en las que la votación de 1988 fue adversa para el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Como quiera que sea, tal programa contribuyó significativamente a la populari-

dad de Salinas de Gortari. Es sumamente significativo que en 1991 la “buena” imagen de Salinas de Gortari coincidiera exactamente con el 62 por ciento de popularidad que mantenía *Solidaridad* (Revista *Este País*, 1991: 12).

Un elemento vital para la recuperación del prestigio de la figura presidencial fue, junto con el PRONASOL, la eficacia en las decisiones, sobre todo en el aspecto económico. Esto queda de manifiesto por los siguientes factores: a) la exitosa privatización de empresas públicas en un país donde la empresa pública es sinónimo de corrupción y burocracia ineficiente; b) la “mano dura” del presidente a la hora de tomar decisiones que implicaban romper mitos del sistema político, como por ejemplo el encarcelamiento del líder sindical “la Quina”, la reanudación de relaciones Iglesia-Estado, la reforma al Artículo 27 Constitucional referente a la tenencia de la tierra, *et cetera*; c) las negociaciones con Estados Unidos y Canadá para la creación de una zona de libre comercio; d) la postura gubernamental en defensa de los derechos humanos (la creación de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos - CNDH) y de la ecología (clausura de una refinería petrolera en la capital federal); e) el reconocimiento a la victoria de la oposición en varios Estados de la República (Baja California, Chihuahua, Guanajuato) y la designación de gobernadores interinos cuando los procesos electorales han sido fuertemente cuestionados por la oposición y la población (San Luís Potosí, Guanajuato, Michoacán, Tabasco), y f) el éxito de la política económica que posibilitó el regreso de capitales fugados en 1982, el advenimiento de inversiones extranjeras y la lucha por bajar la inflación a un solo dígito.

Fox y López Obrador: dos populismos en conflicto. El elemento de base que sustenta la reflexión sobre los casos del ex presidente Vicente Fox (2000-2006) y del ex Jefe de Gobierno de la Ciudad de México y ex candidato presidencial

Andrés Manuel López Obrador (2006), es la aparición de distintas estrategias discursivas del populismo en un contexto de profundización del proceso de democratización nacional. Ahora bien, por las características discursivas de ambos personajes, es difícil ubicarlos en el mismo espectro espacial y político. Quizá el caso de López Obrador pueda ubicarse en modo más preciso como un populismo premoderno (aunque no es por mucho un tipo clásico de populismo). Fox, en cambio, resulta más problemático de ubicar tanto en el populismo premoderno como en aquel claramente posdemocrático. Es decir, pareciera que es un caso atípico de populismo, incluso puede considerarse un tipo *híbrido* entre populismo premoderno y posdemocrático.

Para comenzar, hay que decir que el sexenio de Fox inició con fuertes expectativas de distintos sectores sociales y políticos, generadas por el llamado “bono democrático de la alternancia”, ya que a partir del año 2000, el fenómeno de la democratización daría su siguiente paso (instauración democrática) y, al mismo tiempo, pondría el punto final a la transición política en México (Crespo, 2003; Cansino, 2001: 3 ss).

Es innegable el aumento del pluralismo político, junto a las expectativas generadas en torno a un presidente cuya figura es muy peculiar en la política mexicana, así como la “normalización” del mecanismo electoral, que son algunas expresiones sintomáticas del grado de avance en dirección democrática del país. No obstante, a pesar del terreno ganado, el contexto político mexicano puede ser definible, sin duda alguna, como el de una incipiente democracia que día con día se esfuerza por no *perder* los logros, antes que *asegurarlos* o *profundizarlos* en el ámbito institucional.

Así las cosas, el primer rasgo que comparten tanto Fox como López Obrador es que ambos surgen precisamente en un

contexto de incipiente democratización, con reglas del juego opacas, una alta volatilidad en la toma de decisiones, aunado al hecho del enorme grado de conflictividad que presentan los principales actores políticos, sobre todo en la tribuna mediática que ha desplazado sustancialmente el ejercicio de la deliberación para perseguir consensos y / o mayorías entre órganos de gobierno, así como entre poder político y sociedad civil.

Ahora bien, un elemento que irrumpe sustancialmente en la dinámica democrática en México y que permite, al mismo tiempo, observar las diferencias con relación al componente retórico populista de ambos líderes, es la negociación y las polémicas que han encabezado desde la tribuna mediática. Fox es uno de los primeros casos en el país de un político de imagen, que ha sabido interpretar las potencialidades de los medios de comunicación en la actual situación. Su apuesta como gobierno de la alternancia se basa en tres puntos para cuidar su imagen frente a la opinión pública: a) su cercanía con la gente; b) su tolerancia para aceptar errores y críticas; y c) la percepción media ciudadana que está convencida de su honradez (Aguilar Rivera, 2003 b: 149). Precisamente por ello, es un caso que tentativamente puede definirse como un populismo a medio camino entre el premoderno y el posdemocrático, ya que discursivamente expresa una extraña mezcla de anti-política, recubierta con un fuerte y legítimo caparazón de democracia.

El componente antipolítico de Fox se encuentra en su constante recurrencia a la sociedad civil como actor fundamental de la democracia. La peculiaridad de este llamado a la ciudadanía ha involucrado la reivindicación de tener “menos Estado y más sociedad civil”, pues se cree que así debe funcionar y gobernar una democracia. En otras palabras, más que un discurso gubernamental que se abocara, como antaño, a definir más o menos con precisión las lamenta-

bles condiciones de los grupos subalternos, o la ideología que mayores posibilidades tendría para “salir del paso”, el discurso de Fox fue confeccionado a partir del eje aceptación-rechazo de la política oficial y autoritaria. Todo ello con miras a instituir un eje distinto (el eje política / anti-política) que por principio rechazaba ser identificado con un liderazgo convencional. No es gratuita la enérgica retórica de Fox en sus mejores momentos, al entablar abiertamente una confrontación con toda la política que directa o indirectamente emanaba de la hegemonía del PRI, tachada esta última de irresponsable frente a la ciudadanía, y calificando a los funcionarios públicos de ser una clase homogénea de villanos incompetentes que sólo habían buscado el enriquecimiento personal y mayor poder.

Por su parte, López Obrador puede ser considerado como una reacción agresiva a la estructuración discursiva de Fox, pero igualmente anti-política. En particular, porque este caso sí puede ser definible como un populismo premoderno, ya que su estructura discursiva es de tipo ideológico, con su constante recurso a la soberanía popular. Esto ha redituado en un excepcional chantaje-amenaza a partir de la lógica de las movilizaciones aparentemente de apoyo pero que, al final, se vuelven un poderoso mecanismo de confrontación de los adversarios políticos. En este caso, la protesta, más que volverse un síntoma de descontento con las instituciones públicas, es un recurso para agredirlas y llegar a las negociaciones e intercambios políticos con mayor fuerza. Pero también, se conjuga una fuerte presencia en los medios de comunicación, a pesar de que él no pueda ser considerado un político de imagen en estricto sentido.

Con relación al tercer atributo del populismo (tanto premoderno como posdemocrático) es importante resaltar que ambos líderes comparten un elemento estructural: el

contexto de contractualización estatal y de tecnificación de la política. Lo que cambia son las formas de interpretar y de actuar frente a esta situación, así como los tipos de erogación del gasto social, donde sí pueden detectarse diferencias profundas entre ambos políticos. En el caso de López Obrador, pareciera que una de sus finalidades es encubrir y disolver al mismo tiempo las nuevas formas de exclusión social. Esto es, modificar las estructuras económicas en beneficio de grupos vulnerables, pero más que como una política de largo plazo, como un paliativo inmediato, con los consecuentes costos en términos de endeudamiento. En el caso de Fox, por su parte, pareciera asistirse a una continuidad del gasto social con las dos administraciones anteriores: se pasaría del otrora exitoso PRONASOL al PROGRESA y de este último al foxista “Oportunidades”.

Con relación a la organización del consenso, hay diferencias de fondo evidentes, las cuales tienen relación directa con el origen y el desarrollo de los partidos políticos que apoyan sus respectivas administraciones.

En el caso de López Obrador, tenemos que las propias características definitorias de su partido, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), son indispensables para entender su particular tendencia a construir consensos de modo tradicional, en ocasiones informal y, por momentos, abiertamente clientelar. Y ello en virtud de un problema estructural del PRD: al ser un partido que abreva de los movimientos sociales y estudiantiles de los años setenta y ochenta del siglo pasado, junto a los movimientos urbano-populares, sindicatos universitarios, intelectuales, clase media, empresarios, estudiantes, mujeres y ancianos (Ruiz Anchondo, 2002: 123), representa sólo parcialmente algunos de los intereses y demandas de la ciudadanía y de la sociedad civil. Sin embargo, el punto peculiar del PRD en esta vertiente es que la sociedad civil que incorporará en su seno se distingue por

el hecho de que no ha tenido la capacidad de volverse *realmente* gobierno. Dicho en otras palabras, no ha podido distinguir su función cuando se encuentra en el gobierno y cuando forma parte de la sociedad civil.

Por otro lado, dada la gran heterogeneidad que ha incluido en su formación, el principal desafío que ha experimentado este partido es su dificultad para institucionalizarse y profesionalizarse, ya que por momentos ha sido la expresión de un partido-movimiento, en el sentido de pretender legitimar con movilizaciones masivas aquello que forzosamente debe pasar por los canales institucionales. Y esto le ha originado una serie de problemas reflejados en la reducción sustancial del voto, corroborando su inconsistencia programática e ideológica, lo que vendría a confirmar la falta de profundización territorial de su presencia a nivel nacional. Sin embargo, el PRD ha podido canalizar con éxito al electorado tradicional de izquierda, sobre todo en las regiones centro del país y en algunos estados del sureste, como Tabasco y el conflictivo Estado de Chiapas. Esta falta de orden en términos de élite y de programa político, lo hacen ser el partido menos cohesionado (en comparación con los otros dos partidos importantes a nivel nacional), dejando entrever una dirección política frágil, poco certera y oscilante, pues se encuentra a merced de los intereses políticos de las distintas corrientes que la componen y que, en muchos casos, resultan literalmente opuestas.

Por otra parte, el PRD ha podido salir a flote de sus vicisitudes internas gracias a la presencia de algunas de sus figuras políticas por sobre los programas y las estructuras partidarias. Es sintomático el caso de Cuauhtémoc Cárdenas (hijo del ex presidente Lázaro Cárdenas), tres veces candidato en las elecciones presidenciales (1988, 1994, 2000), así como candidato en la primera convocatoria para la elección de Jefe de Gobierno en la Ciudad de México (en donde gana-

ría en modo indiscutible). Esto ha llevado a subrayar el carácter oscilante de la tercera fuerza política del país, que va del caudillismo al clientelismo faccioso (Sánchez, 1999). Luego entonces, estos componentes de baja institucionalización, la inclinación para privilegiar la camarilla o grupo en el interior del partido, los liderazgos tradicionales y desgastados que se resisten a claudicar de la escena política, han obligado a que López Obrador se incline precisamente por una organización del consenso clientelar, corporativa y altamente jerarquizada.

En el caso de Fox, salta a la vista en modo inmediato el carácter altamente institucionalizado del Partido Acción Nacional (PAN) para participar en la contienda política. Esta profunda institucionalización, que la encontramos desde su nacimiento como partido, será definitoria para entender el tipo de arreglos que pudo alcanzar Fox respecto a la forma de organizar el consenso. Es decir, el PAN abreva cultural e ideológicamente de la Doctrina Social de la Iglesia, cuya singularidad es que ha sido durante más de cinco décadas, una propuesta cívica e institucional fundamentada en tres corrientes: liberal, democrática y republicana (Reynoso, 1996: 142 ss). Una de sus características, en este sentido, ha sido la insistencia para construir una ciudadanía no clientelar y no vertical en un contexto largamente monopolizado por el partido hegemónico (Reynoso, 1996: 150). He aquí pues, una clave importante para entender que la organización del consenso de Fox se aproxima más hacia las formas posdemocráticas y menos a las formas premodernas, sobre todo por la gran insistencia en la distribución territorial de los apoyos que, por su parte, debe ser leída tomando como horizonte el incremento y el desarrollo de los distintos círculos concéntricos que el PAN organizaría a partir de los inicios de la década de los ochenta y en adelante, con sus sucesivas victorias electorales a nivel municipal y estatal.

La personalización de la política en ambos casos funciona en modo elocuente. Es decir, tanto López Obrador como Fox han manifestado en reiteradas ocasiones un gusto, por momentos excesivo, por personalizar sus correspondientes modos de actuación política. Aquí, los detalles y las iniciativas han oscilado desde *spots* en televisión (en el caso de Fox), como en la estrategia de centralizar una suerte de “conspiración” de palacio en contra de López Obrador. Sin embargo, lo interesante del asunto es que sus pretensiones (diferentes sobre todo en ritmo e intensidad) han sido sofocadas por ellos mismos: el caso de Fox, por los impedimentos que una democracia impone al reconocimiento personal, en el caso de López Obrador, por controlar el nerviosismo que su propia figura ha provocado en sectores de gran peso político, como lo es la clase empresarial.

Finalmente, el tipo de legitimidad que ambos comparten es de corte carismático, pues son dos líderes políticos que han contribuido en modo sustancial a cambiar la rigidez de las formas y las prácticas políticas tradicionales de México, incluyendo como parte de su personalidad algunos rasgos extraordinarios a los ojos del público, al punto de volverse unos certeros interlocutores de la sociedad (por las maneras de hablar y presentarse en público). Además, puede decirse que también comparten algunos elementos de legitimación tradicional, tales como el uso de imágenes y símbolos que recaen directamente en el imaginario colectivo de la población. Por último, a pesar de la debilidad institucional de la democracia mexicana, ambos líderes han llegado a sus cargos mediante una legitimidad democrática, pero como se ha referido líneas atrás, lo que los hace diversos son los usos que cada uno ha hecho de ello. Quizá queda por sentar que el tipo de liderazgo es abiertamente civil en ambos casos.

CONCLUSIONES

Históricamente, las distintas estrategias semánticas de los populismos mexicanos han intentado con relativo éxito fundarse en una dirección aparentemente directa (y abierta) con la sociedad y sus sistemas de necesidades. Claro está que los distintos contextos históricos, donde ha tenido lugar, imponen un grado elevado de variabilidad en cuanto al impacto, el arraigo y el futuro que las articulaciones populistas han podido poner en marcha en la realidad política de México. Aunado a ello, es imprescindible no descuidar el grado de complejidad para entender el fenómeno impuesto por el fuerte carácter de continuidad política y cultural del sistema político mexicano.

¿En qué medida el populismo influye en el juego democrático al grado de transformarlo (en el peor de los casos) en modo radical? Es decir, ¿hasta qué punto la alteración puede llegar, incluso, a poner en entredicho la confiabilidad y la estabilidad del régimen democrático? El populismo en México es una experiencia histórica que conlleva tres direcciones de acentuación de la estructuración premoderna de nuestro entramado institucional. La primera, es la confección del sentido y la configuración de la sociedad que termina centralizada en una continua lógica del conflicto, cuya intensidad no es un triunfo de todas aquellas exigencias por una mayor participación en los asuntos públicos. Más aún, es una intensificación del aspecto informal de la política que no está dispuesta a aceptar sus triunfos ni sus derrotas. La segunda, es la alteración de los dominios de la representación política, que con el populismo pasa de su ámbito estrictamente territorial a su confusión mediática. Con ello se ocasiona una profunda dispersión de la propia representación, al punto de no saber a quién realmente se está representando. La tercera, es la agresión a la individualidad y sus necesidades, que al ser cubiertas parcialmente por el enga-

ño populista, cancela casi por completo el conjunto de posibilidades que el individuo expresa en un contexto cada vez más democrático.

En el actual escenario de confusiones políticas no es necesario preguntarse en dónde están las potenciales salidas para los populismos más recientes, porque no estamos frente a un problema de sentido. Más bien, la pregunta es cómo dirigirse hacia otra arena política. En particular, cuando todo camino de antemano ya espera una recompensa... ¿populista? Quizá, aunque la recompensa puede ser contraria: auténticamente democrática e institucional.

REFERENCIAS

- AGUILAR RIVERA, J. A. (2003 a), "El liberalismo cuesta arriba, 1920-1950", *Metapolítica*, 7 (32): 36-44.
- , (2003 b). "Fox y el estilo personal de gobernar", en S. Schmidt (coord.), *La nueva crisis de México*, Ciudad de México: Aguilar.
- ALVARADO, A. (1992), "La sucesión presidencial en 1976: José López Portillo", en C. Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988*, Ciudad de México: Nueva Imagen.
- BAILEY, N. A. y COHEN, R. (1987), *La bomba de tiempo mexicana*, Ciudad de México: Grijalbo.
- CAMP, R. A. (1996), *Reclutamiento político en México, 1884-1991*, Ciudad de México: Siglo XXI.
- CANSINO, C. (2001), *De la transición continua a la instauración democrática. El caso de México en perspectiva comparada*, Ciudad de México: CEPCOM, Cuaderno de Investigación, 11.
- , (2000), *La transición mexicana, 1977-2000*, Ciudad de México: CEPCOM.
- , (1997), "Partidos políticos y anti-políticas. Un nuevo 'cleavage' en las democracias modernas", en AA.VV. *Política y antipolítica*, Caracas: La Esmeralda.
- CÓRDOVA, A. (1974), *La política de masas del cardenismo*, Ciudad de México: ERA.
- COSÍO VILLEGAS, D. (1982), *El sistema político mexicano. Las posibilidades del cambio*, Ciudad de México: Joaquín Mortiz.

- CRESPO, J. A. (2003), "Partidos políticos: entre el escándalo y la irrelevancia", *Metapolítica*, 7 (30): 88-93.
- CROUCH, C. (2004), *Posdemocracia*, Ciudad de México: Taurus.
- FERRARESE, M. R. (2002), *Il diritto al presente. Globalizzazione e tempo delle istituzioni*, Bolonia: Il Mulino.
- , (2000), *Le istituzioni della Globalizzazione. Diritto e diritti nella società transnazionale*, Bolonia: Il Mulino.
- KRAUZE, E. (1997), *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, Ciudad de México: Tusquets.
- MEDINA PEÑA, L. (1994), *Hacia el Nuevo Estado. México, 1920-1994*, Ciudad de México: FCE.
- MEYER, L. (1994), *La segunda muerte de la revolución mexicana*, Ciudad de México: Cal y Arena.
- REYNOSO, V. M. (1996), "Presencia del pensamiento católico en los partidos políticos del México contemporáneo", en R. Blancarte (comp.), *El pensamiento social de los católicos mexicanos*, Ciudad de México: FCE.
- ROSSI, G. (2003), *Il conflitto epidémico*, Milán: Adelphi.
- RUIZ ANCHONDO, P. (2002), "Alternancia en la Ciudad de México: el gobierno en el Distrito Federal y la participación ciudadana", en A. Hémond y D. Reynoso (coords.), *Dilemas de la democracia en México. Los actores sociales ante la representación política*, Ciudad de México: IFE-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

SÁNCHEZ, M. A. (1999), *PRD: la élite en crisis. Problemas organizativos, indeterminación ideológica y deficiencias programáticas*, Ciudad de México: Plaza y Valdés.

STRANGE, S. (1998), *Mad Money: When Markets Outgrow Governments*, Ann Arbor: University of Michigan Press.

ZOLO, D. (2004), “El espacio jurídico global”, *Memoria*, (185): 9-16.

LIDERAZGO CARISMÁTICO Y PROCESO SOCIOPOLÍTICO EN HAITÍ (1986-2004): EL CASO DE JEAN BERTRAND ARISTIDE

*Alejandro Álvarez Martínez**

PRESENTACIÓN

En el ámbito latinoamericano, la actual coyuntura política ha favorecido el retorno de la izquierda al poder y de los líderes carismáticos³ en la región. Además del gobierno cubano de Fidel castro (1959 a la fecha), a partir de la década de 1990 se han destacado líderes como

* Técnico Académico del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Maestro en Sociología Política por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. E-mail: axelal4@prodigy.net.mx

³ Defino al liderazgo carismático como la relación que se establece entre el líder y sus seguidores a través de diversas cualidades consideradas y reconocidas como extraordinarias por el grupo de los adeptos. Por lo tanto, el liderazgo carismático depende de tres variables: la personalidad del líder, el grupo de los adeptos y la coyuntura histórica (que integra la situación social, política, económica y cultural). La variación tanto de la personalidad, como de la actuación de los adeptos y la coyuntura histórica son fundamentales para la manifestación, desarrollo o desaparición del carisma. Para un acercamiento al concepto de liderazgo carismático pueden consultarse: Weber (1981); Lindholm (1991); Sandre (1983); Rustow (1976).

Jean Bertrand Aristide en Haití, Abdalá Bucaram en Ecuador, Hugo Chávez en Venezuela, Lula Da Silva en Brasil, Ricardo Lagos en Chile, Evo Morales en Bolivia y Tabaré Vázquez en Uruguay. También se habla de gobiernos de “centro-izquierda” como el de Néstor Kirchner, en Argentina. En México, ha causado una gran controversia el fenómeno político de Andrés Manuel López Obrador, a pesar de haber perdido las elecciones presidenciales de julio de 2006, de acuerdo al fallo de Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. Entre las razones más importantes que explican el “retorno de la izquierda” al poder pueden mencionarse dos factores: a) en el nivel político, el desencanto hacia el modelo de la democracia representativa, por las altas expectativas de cambio que generó en la región; b) en el económico, la crítica a la economía de libre mercado y los efectos de las reformas de ajuste estructural en América Latina.

En el aspecto político, en el periodo de la post-Guerra Fría, América Latina experimentó el denominado fenómeno de las transiciones⁴ a la democracia en los distintos países de la región. Durante la década de 1980, el derrumbe de los regímenes autoritarios⁵ en países como Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Chile, Nicaragua entre otros, abrió la posibilidad del establecimiento de una nueva institucionalidad basada en el consenso y en el respeto de los procedimientos y reglas democráticos. Sin embargo, durante la década de 1990, a partir de las transiciones y la consolidación

4 Leonardo Morlino define al concepto señalado como “un cambio fundamental que comporta siempre el paso de un régimen a otro cuyas características esenciales son palmariamente diversas” (Morlino, 1985: 104).

5 Considero al régimen y sistema autoritarios como aquellos cuya legitimidad está afianzada en el uso de la fuerza y el mando, y que presentan un pluralismo limitado. Para un acercamiento al concepto de autoritarismo cf. Linz (1970); Stoppino (1988).

democrática en estos países, la agenda política se trasladó hacia un nuevo fenómeno: la difícil tarea de construir una gobernabilidad⁶ democrática haciendo frente a una variada gama de problemas que abarcan desde el énfasis por terminar con los resabios y enclaves autoritarios, pasando por la necesidad de construir y consolidar verdaderas instituciones, procesos y normas democráticas (que se ven cuestionados y deslegitimados por la sociedad), hasta la atención y enfrentamiento de los problemas cotidianos como la corrupción, el narcotráfico, la guerrilla, etc.

En el ámbito económico, el fin de la Guerra Fría impuso nuevas modalidades en las relaciones de América Latina con el exterior. Si en el aspecto político, el fin del mundo bipolar significó el triunfo de la política norteamericana y la hegemonía del modelo democrático en la región latinoamericana, en el terreno económico implicó la adopción del modelo económico de libre mercado. El fenómeno de la “Globalización” que profundiza la interdependencia entre las naciones ha alterado las relaciones de América Latina en el ámbito internacional. Ha implicado una intensa dinámica en los flujos de bienes, servicios y capital a larga distancia, así como de la información y las percepciones que acompañan el intercambio comercial. En otros aspectos, el modelo económico denominado “neoliberal” ha sido fuertemente impugnado por amplios sectores de la población que han concluido que las reformas sugeridas por las instituciones financieras internacionales (especialmente por el Fondo Monetario Internacional, FMI), han sido insensibles al problema de la pobreza, expresada en una grave desigualdad social y en una creciente inequidad en la distribución de la riqueza.

⁶ Entiendo por “gobernabilidad” al proceso de institucionalización del sistema político donde las organizaciones y procedimientos adquieren valor y estabilidad. Cf. Coppedge (1994: 62-63).

En síntesis, el descrédito de la democracia, en el terreno político, y del nuevo modelo económico, han sido dos factores fundamentales que explican el impulso de los nuevos gobiernos de izquierda y del liderazgo carismático en Latinoamérica. Sin embargo, ¿el liderazgo carismático es compatible con la democracia actual? Para atender esta cuestión, he decidido estudiar el caso de Jean Bertrand Aristide en Haití (quien gobernó en los años: 1991, 1994-1996 y 2000-2004), quien fue considerado como uno de los primeros gobernantes de “izquierda” que retornaron en la región, en el año de 1991, después de concluida la Guerra Fría⁷.

EL FIN DE LA DICTADURA DUVALIERISTA Y EL INICIO DE UN MOVIMIENTO POLÍTICO

La historia contemporánea de Haití no puede entenderse sin hacer alusión a la larga dictadura de la familia Duvalier (1957-1986) que dejó una herencia autoritaria difícil de superar. Esta dictadura se inició en el año de 1957 con el ascenso de François Duvalier a la presidencia. A partir de entonces, Duvalier emprendió una sistemática persecución de la oposición hacia su gobierno con la ayuda del cuerpo paramilitar de los *tontons macoutes*. De esta manera, hizo frente a una multitud de intentos de golpe de Estado e invasiones desde el exterior logrando un efectivo control social a través de la represión, que aniquiló todo indicio de participación u oposición a su régimen. Duvalier violó y modificó constantemente la Constitución, estableciendo la presiden-

⁷ Vale decir que el gobierno de Estados Unidos asumió una postura tolerante con el gobierno de Aristide, por su legitimidad democrática. Ello debido a que, a raíz del fin de la Guerra Fría, con el desmoronamiento de la Unión Soviética y del bloque socialista, había redefinido su estrategia hacia sus áreas de influencia promoviendo en el ámbito político la democracia representativa y en el ámbito económico la implementación de reformas “neoliberales”.

cia vitalicia en el año de 1964 y hereditaria en el año de 1971. Sin embargo, la represión y la violación permanente de las reglas democráticas no fueron los únicos métodos con los que el *duvalierismo* logró su continuidad durante 29 años. En el nivel ideológico, François Duvalier tergiversó la corriente de la “Negritud”⁸, emprendiendo una ofensiva racial del sector negro en contra del sector mulato del país⁹. Esto le valió en un principio el apoyo de las clases medias negras, así como de las masas populares, predominantemente negras. En el año de 1971 François Duvalier murió repentinamente y tomó su lugar su hijo Jean Claude Duvalier, quien gobernó hasta el año de 1986. El gobierno de Duvalier hijo intentó diferenciarse del de su padre, emprendiendo una “liberalización” influenciada por la política exterior norteamericana de la defensa de los derechos humanos en América Latina, que promovía el presidente Estadounidense James Carter (1976-1980). El gobierno de *Baby Doc*, permitió algunas manifestaciones democráticas (como el nacimiento de algunos partidos políticos, la difusión informativa a través de la prensa y la radio, algunas huelgas, *et cetera*), pero mantuvo intactas las estructuras del poder autoritario: la represión generalizada fue suplantada por la represión selectiva en la década de 1970. Sin embargo, con la llegada de Ronald Reagan al gobierno de Estados Unidos (el 28 de noviembre de 1980) y el término de la retórica de la defensa

⁸ El movimiento intelectual de la Negritud nació como una propuesta para exaltar las tradiciones y valores de la cultura africana. En América tuvo un gran impacto especialmente en las Antillas. En Haití pensadores como J. C. Dorsainville, Jean Price Mars, Arthur Holly, Jacques Roumain y Carl Brouard fueron las figuras claves del movimiento etnológico que procura revalorar los elementos africanos de la cultura haitiana y en particular de la religión vudú. Cf. Nicholls (1986: 1239-1252).

⁹ Dentro de este discurso “negrista” y “nacionalista”, Duvalier, como etnólogo, vio en la religión uno de sus más efectivos recursos para el control social. Aprovechando el alto sentido religioso del haitiano, utilizó al culto vudú y a la Iglesia católica para hacerse respetar y obedecer.

de los derechos humanos, el *duvalierismo* volvió a hacer un uso extensivo de la fuerza para lograr el control social¹⁰.

En la década de 1980 empezó a dibujarse la fractura del régimen duvalierista, reflejada en el aumento de las protestas populares e, incluso, el descontento al interior de los sectores dominantes¹¹. Se sumaron a estos aspectos el retiro de la ayuda norteamericana a un régimen que internacionalmente aparecía como represivo y corrupto. De esta manera, y pese a la violencia gubernamental, la oposición al régimen, que fue conformándose en un movimiento político¹²,

¹⁰ Sobre el uso de la violencia gubernamental para el control social en Haití, puede consultarse Álvarez, (1997 b).

¹¹ La élite económica haitiana había dado en general su respaldo al régimen. Sin embargo, a partir del ascenso de Jean Claude Duvalier en 1971, empezó a mostrarse una pugna entre los duvalieristas de la “vieja guardia”, considerados como los sectores más conservadores (“los dinosaurios”) y el grupo denominado “tecnocrático” que había favorecido la “liberalización” del régimen. La fractura en el bloque duvalierista tomó mayor importancia cuando una gran parte de la élite mostró su disgusto ante los privilegios que gozaba el “clan Bennet”, apoyado por Jean Claude Duvalier (quien había contraído matrimonio con Michelle Bennet). Así, por ejemplo, en el año de 1986 (fecha de la debacle duvalierista), la Asociación de Industriales de Haití, que integraba a numerosos industriales haitianos y extranjeros, emitió un comunicado que condenaba el duvalierismo.

¹² Defino al movimiento político como aquella acción colectiva que integra a todas las fuerzas sociales que procuran realizar cambios continuos en el régimen y sistema social y político a través del conflicto, sin ofrecer una estructura cohesionada. Considero al movimiento político como un subtipo del movimiento social, en el que se presenta una variedad de acciones colectivas que tienen como objetivo modificar el orden político vigente y afectan los procesos de decisión. Su característica distintiva con los movimientos particulares es que el objetivo del movimiento político es cambiar la estructura de la toma de decisiones; es decir, la lucha por el poder político. En todo caso, recuperamos el significado del movimiento social cuando sus peticiones son trascendidas y se transforman en exigencias políticas. En efecto, en el caso haitiano, el movimiento político trascendió el nivel de la exigencia de las demandas sociales inmediatas (como la salud, la educación y la vivienda) y se expresó a través de una alternativa política democrática y anti-autoritaria a través de la participación y la organización, fuera del marco formal partidista o estatal. Para un acercamiento al concepto de movimiento social y el de movimiento político, puede consultarse Tarrow (1997).

fue ganando las principales ciudades del país hasta que el 7 de febrero de 1986, en medio de la ley marcial y del estado de insurgencia popular, Jean Claude Duvalier fue forzado a salir al exilio¹³. En síntesis, la dictadura de los Duvalier puede ser caracterizada como un régimen y un sistema autoritarios cuya legitimidad se afianzó en la utilización de la fuerza y en la negación del consenso de la mayoría¹⁴. La dictadura duvalierista logró una larga continuidad de 29 años en el poder gracias a mecanismos como la falta de legitimidad representativa; la ausencia o violación de las reglas y procedimientos democráticos, lo cual le permitió limitar o anular la participación, la oposición organizada y la competencia política; el control social, como mecanismo de poder a través del uso intensivo o selectivo de la represión; prácticas de soborno, chantaje, concesión, *et cetera*; el uso ilimitado del poder que se concentró en el dictador en turno (François Duvalier y después su hijo Jean Claude) y, por ende el desequilibrio entre los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial; la utilización de un discurso autoritario con el propósito de legitimar su permanencia; y la posibilidad de

¹³ Conviene recordar la idea de Sydney Tarrow, quien establece que un movimiento social aprovecha las oportunidades políticas que surgen de la apertura del acceso al poder, de los cambios en los alineamientos gubernamentales, de la disponibilidad de aliados influyentes y de las divisiones dentro de las élites. Cf. Tarrow (1997: 50). En el caso haitiano, las oportunidades políticas para el surgimiento del movimiento coincidieron con el avance de la oposición política, la división de las élites duvalieristas y el retiro del apoyo internacional por parte del gobierno Estadounidense.

¹⁴ El autoritarismo se basa en el uso de la fuerza y en el desprecio del consenso de la mayoría. Me parece que en el caso de François Duvalier existe un primer momento en que el dictador logra la adhesión de las masas a través de una retórica racista a favor de los “negros” (la mayoría) y en contra del sector mulato. Sin embargo, una vez afianzado en el poder, Duvalier suplantó el recurso demagógico por la imposición y el uso extensivo de la violencia. Por supuesto, que el dictador no gobierna sin una base mínima de consenso: el otorgado por las élites económicas y algunas instituciones como la Iglesia, la fuerza paramilitar de los *tontons macoutes*. Lo fundamental es que su dictadura se construye sin el consentimiento de la mayoría de la población y a través del empleo de la fuerza.

la concertación de alianzas políticas, lo cual le permitió apoyarse en las élites económicas y en la fuerza paramilitar de los *tontons macoutes*. Finalmente, es necesario enfatizar que, pese a que la dictadura duvalierista llegó a su fin en el año de 1986, no terminó con ello la actividad y fuerza política de los viejos sectores duvalieristas (en especial los de la gran burguesía haitiana), que participaron activamente en la definición del proceso político ulterior. Asimismo, la crisis del duvalierismo no impidió la ruptura de su mayor legado: el de las prácticas y los valores autoritarios que reprodujo durante veintinueve años, y que obstaculizaron seriamente el tránsito hacia la democracia. De allí que se hablara de los sucesivos gobiernos militares como de un *duvalierismo sin Duvalier*. En otras palabras, el régimen autoritario duvalierista, con sus instituciones y sus normas, se derrumbó en 1986 pero el sistema de hábitos, normas no-escritas y prácticas reales de corte autoritario siguió influyendo en el curso del quehacer político en Haití.

Por otra parte, la caída de la dictadura duvalierista marcó un momento importante en el desarrollo de un movimiento político de carácter anti-autoritario y prodemocrático. ¿Por qué surge un movimiento político en Haití? Me parece que la ausencia de la responsabilidad estatal en demandas básicas en el nivel económico y político explica el surgimiento del movimiento. Asimismo, estas demandas no son recogidas por partidos políticos suficientemente cohesionados, lo que facilita que el movimiento arrebate el monopolio de esta función a los partidos y ofrezca nuevas formas de representación. Finalmente, cabe decir que el movimiento no resuelve el problema de la dirección y de los objetivos debido a la gran diversidad y heterogeneidad de grupos que lo conforman.

Después de 1986, el movimiento político se expresó a través de una amplia variedad de organizaciones y grupos sociales que buscaron incidir en el proceso político exigiendo la

defensa de espacios y prácticas democráticos frente a la imposición y fuerza del régimen militar. El movimiento político inauguró una nueva fisonomía en la forma de la participación política (constreñida y aniquilada en algunos periodos de la época duvalierista). Aunque los subsiguientes gobiernos militares emplearon la violencia gubernamental como la principal forma de control social (al igual que el duvalierismo), el movimiento político tuvo la virtud de construir un espacio político fuera de los canales representativos tradicionales (que en la democracia son la participación política a través de los partidos políticos y la contienda electoral), reflejado en mítines, manifestaciones, congresos, prensa, radio, *et cetera*.

Pese a sus evidentes logros, el dinámico y espontáneo movimiento político fue incapaz de articularse en una dirección de gobierno o en estructuras organizativas consolidadas, lo cual fue aprovechado por el ejército (que como institución sí poseía una estructura de organización), apoyado por sectores de la alta burguesía haitiana y los terratenientes, para tomar el control del Estado:

Al carecer de fuerza armada, la participación del pueblo no llegó a poseer la fuerza determinante a la que podía optar notándose también la ausencia de una conducción política que ha limitado el alcance de esa amplia movilización popular. Esa acción popular se tradujo en participación activa para el derrocamiento de Duvalier, pero no condujo al acceso del poder político a los sectores populares. El poder cayó en manos del ejército, que hasta el final resultó leal al duvalierismo (Pierre-Charles, 1997).

En conclusión, la transición en el año de 1986 no implicó un cambio democrático sino el reemplazo de un gobierno autoritario civil, la vieja dictadura duvalierista, por un nuevo régimen autoritario de carácter militar.

EL PROCESO SOCIOPOLÍTICO DE 1986-2004

La etapa de 1986-1990 siguió mostrando la debilidad organizativa del movimiento político, lo cual favoreció la hegemonía de las fuerzas armadas en la esfera política. En este periodo, bajo la dirección militar del Consejo Nacional de Gobierno (CNG), se sucedieron los gobiernos del general Henri Namphy: 1986-1988, el civil Leslie Manigat: 1988, el coronel Prosper Avril: 1988-1990, el general Hérard Abraham: 1990 y, la civil Ertha Pascal Trouillot, 1990¹⁵.

Durante el periodo 1986-1990, el carácter autoritario de los gobiernos militares se expresó a través de distintos mecanismos entre los que pueden señalarse: la carencia de una legitimidad representativa que proviniese del consenso mayoritario de la población; la asunción del gobierno a través de la fuerza y la imposición; el control social a través de la violación de las libertades individuales (asociación, expresión, del voto, *et cetera*); la limitación o negación del pluralismo, la oposición y la competencia política; el uso ilimitado del poder; las convocatorias incumplidas para la celebración de elecciones.

En contrapartida, pese a la hegemonía dictatorial, se manifestaron importantes avances democráticos en el periodo de 1986-1990. En términos generales, siguió observándose un progreso sustancial (cualitativa y cuantitativamente) en los niveles de participación y movilización a favor del cambio democrático. Aglutinados en un movimiento político, se dibujó una integración de distintas fuerzas sociales como los partidos políticos, las organizaciones estudiantiles, sindicatos campesinos y obreros, y organizaciones religiosas, que

¹⁵ Un análisis sobre la problemática de la transición haitiana en su conjunto durante los años de 1986-1990 puede verse en: Álvarez (1997 a: 137-152); Álvarez (2000: 311-329).

influyeron (sin determinar) el proceso político haitiano. La participación y movilización, que se desarrollaron en un ambiente de represión, iniciaron un peculiar fenómeno de “ciudadanización” que no era observable durante el periodo duvalierista. Ello no implicó, en la práctica, un reconocimiento por parte de las fuerzas armadas hacia la participación de los haitianos en el espacio público (a pesar de que formalmente la Constitución les otorgaba esta libertad), pero significó una oportunidad para revalorar el ejercicio de sus derechos en la calle, aún asumiendo los riesgos de la violencia gubernamental.

El clímax de las manifestaciones populares se expresó en la elección democrática (1990) y el primer gobierno de Jean Bertrand Aristide (1991). La gestión gubernamental de Aristide tuvo como principales logros la disminución de la inseguridad pública y el respeto a los derechos humanos. Asimismo, logró un balance positivo en las finanzas del gobierno. Realizó importantes reformas en el ejército haitiano. Cesó a los más connotados jefes acusados de corrupción y de violación a los derechos humanos. En la estructura burocrática también aplicó reformas que contemplaron la destitución de una serie de funcionarios públicos y una *desduvalierización* del Estado. Sin embargo, en su primer gobierno, Aristide también generó una serie de críticas hacia su personalidad carismática, calificada de autoritaria, mesiánica y populista.

A pesar de que la movilización social y la organización política llegaron a su máxima expresión con el gobierno de Aristide, el primer intento de transición democrática se vio frustrado por el golpe de Estado de octubre de 1991, llevado a cabo por el ejército, apoyado por las élites económicas haitianas y un sector del Parlamento. Con la asonada, nuevamente se impuso la dictadura militar y los procedimientos antidemocráticos (la represión, la violación de los derechos

de expresión, asociación, imprenta, *et cetera*). La pugna entre los sectores que procuraban un cambio democrático y aquellos que intentaban seguir conservando los privilegios que les había otorgado el duvalierismo, revistió el carácter de una crisis política que se vio agudizada por la pauperización económica y las profundas desigualdades sociales. Después del golpe, el ejército gobernó el país entre los años de 1991 y 1994.

El exilio de Aristide durante los años 1991-1994 marcó una nueva fase, caracterizada por una vigorosa acción diplomática en distintos foros internacionales, en especial de América Latina y Estados Unidos. La presión de Aristide a favor de su retorno a Haití se conjugó con una política norteamericana favorable a la “democratización” del área latinoamericana¹⁶. De esta manera, el gobierno norteamericano y la comunidad internacional iniciaron una serie de presiones diplomáticas y financieras en contra del gobierno militar haitiano¹⁷.

Los militares fueron expulsados del gobierno en el año de 1994 como consecuencia de una intervención militar multinacional, en la que participaron la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Organización de los Estados Americanos (OEA). Aristide asumió nuevamente la presidencia en ese año y la concluyó en 1995. Este último año es importante ya que, por segunda ocasión, la sucesión en el gobierno se llevó a cabo a través de la vía institucional-pacífica y

¹⁶ El tipo de democratización que impulsó Estados Unidos en América Latina se redujo en gran medida a la exigencia de celebración de elecciones.

¹⁷ Las presiones internacionales influyeron para que el teniente general Raoul Cedrás decidiera firmar el Pacto de la “Isla de Gobernadores” en 1993, por el cual se acordaba el retorno de Aristide a la presidencia. Debido a que el gobierno militar incumplió los acuerdos, la comunidad internacional decidió intervenir militarmente el país.

no por medio de la fuerza y la imposición. De los comicios salió victorioso un ex ministro de Aristide: René Préval.

Durante los años de 1995-2000, en el movimiento *Lavalas*¹⁸ (frente en el que convergieron la mayoría de los seguidores del líder) se perfilaron claramente dos tendencias antagónicas: a) por una parte, la figura de Aristide y su liderazgo carismático a través de la “Familia *Lavalas*”; b) por otra, se creó la Organización del Pueblo en Lucha (OPL) como un intento de estructuración partidista, opuesta a los métodos personalizados y autoritarios de Aristide. El 6 de abril de 1997 se llevaron a cabo las elecciones para elegir al Parlamento, las cuales fueron cuestionadas por la sospecha de fraude electoral que otorgó la victoria a la Familia Lavalas. Asimismo, el 26 de noviembre de 2000 tuvieron lugar las elecciones para elegir presidente. Teniendo como trasfondo el boicot de las elecciones por parte de una alianza de 15 partidos de oposición denominada “Convergencia Democrática”¹⁹ (en donde participó la OPL), y la violencia política, fue declarado vencedor oficial de la contienda, el candidato de la Familia Lavalas (FL), Jean Bertrand Aristide. Las elecciones fueron criticadas por la oposición interna, e incluso, por la comunidad internacional.

En el año 2004, Aristide se enfrentó a una oposición que exigía su renuncia como medio para resolver la crisis política. De una parte, se distinguió una oposición civilista y pacífica (agrupada, como hemos visto, en *Convergencia Democrática*), que cuestionó la autoridad de Aristide y su legitimidad institucional. La segunda oposición encabezó

¹⁸ Significa “avalancha” en creole.

¹⁹ *Convergencia Democrática* se pronunció en contra de los resultados de las elecciones del 21 de mayo y del 26 de noviembre de 2000; en contra del Consejo Electoral Permanente que las organizó; y contra la intención de Aristide para consolidar una nueva dictadura.

una insurrección armada. Reunida en el grupo paramilitar Frente de Resistencia Nacional (FRN), incorporó a una importante fracción del antiguo ejército (a quién Aristide había disuelto por medio de un mandato constitucional en el año de 1995). A la tensión interna en Haití se sumó el interés de la comunidad internacional, en la cual resaltó el papel protagónico de Estados Unidos; así como la participación de la OEA, ONU, la Comunidad de Estados del Caribe (CARICOM) y los países amigos de Haití (distinguiéndose la participación de Francia y Canadá). En medio de un escenario de violencia política, del avance territorial de la oposición armada y bajo presión del gobierno de Estados Unidos, quien le retiró su ayuda diplomática, Aristide abandonó el país el 29 de febrero de 2004 con rumbo a la República Centroafricana (haciendo una escala en la República Dominicana). De esta forma, concluyó el proceso de erosión carismática de Jean Bertrand Aristide.

JEAN BERTRAND ARISTIDE: ¿LÍDER POPULISTA?

Algunos especialistas han ubicado la emergencia de los nuevos liderazgos de izquierda dentro del fenómeno del populismo²⁰. En el caso haitiano, considero que sería im-

²⁰ El populismo en el pasado latinoamericano con líderes como Lázaro Cárdenas en México (1934-1940), Getulio Vargas en Brasil (1930-1945 y 1951-1954) o Juan Domingo Perón en Argentina (1943, 1945-1946 y 1951-1954) se caracterizó entre otros aspectos, por la inclusión de las masas en la arena política a través de la movilización social y de formas corporativas de participación. Es decir, se trata de la transición de una participación restringida a una participación ampliada. De igual forma, se sucede un cambio de la sociedad tradicional rural a la urbana (en algunos casos con una propuesta de modernización a través de la industrialización). Los aspectos básicos del viejo populismo se centraron en la lucha contra las élites latifundistas del Estado oligárquico. Por ello, en países como México la lucha anti-oligárquica inició con el movimiento armado de 1910 (la Revolución Mexicana) y se resolvió en el periodo de las reformas cardenistas (1934-1940) con la reforma agraria, derivada de la aplicación

preciso definir a Aristide como un líder populista en el sentido clásico. Por ejemplo, Aristide no logró impulsar una reforma agraria en el país, que hubiera socavado el poder del sector terrateniente. Sin embargo, es interesante anotar que en el periodo de 1990-1991 (elección y primer gobierno de Aristide) se da un proceso de ampliación de la participación política, anteriormente restringida a los juegos interelitistas.

Por otra parte, en el sentido populista, me parece interesante destacar el impacto del elemento discursivo como elemento fundamental para la convocatoria de las masas²¹. En el caso de Aristide, las amenazas en contra de “los ricos”, su “anti-imperialismo” y la lucha contra el duvalierismo, fueron elementos de una fuerte influencia en la mayoría de la población haitiana. El uso del discurso con un contenido mesiánico ha sido un factor importante en el reconocimiento de su carisma²².

Más allá de una discusión sobre la conveniencia de aplicar el término “populista” me parece adecuado un examen de

del artículo 127 constitucional. En este sentido, Gustavo Ernesto Emmerich define el periodo histórico que abarca a los Populismos como de *Democratización e incorporación de las masas a la vida política*. Cf. Emmerich (1990: 131-160).

- 21 Tomando en cuenta la definición de Ludovico Incisa, “pueden ser definidas como populistas aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores políticos específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia”, Incisa (1988: 1280). El mismo autor, resaltando el impacto del manejo discursivo de la categoría “pueblo” cita a Eva Perón: “es importante... sentirse pueblo, amar, sufrir, gozar como el pueblo, aunque no se vista como el pueblo, circunstancia puramente accidental”, citado por Incisa (1988: 1282)
- 22 “El populismo que es *fidelista* en sus premisas, se hace, en sus módulos operativos, mesiánico, temiendo continuas insidias contra la pureza popular y buscando la supervivencia o la salvación en fórmulas carismáticas...” (Incisa 1988: 1282).

dicho personaje a través del concepto de liderazgo carismático, que defino como la relación que se establece entre el líder y sus seguidores a través de diversas cualidades consideradas y reconocidas como extraordinarias por el grupo de los adeptos. En este sentido, es importante señalar que Aristide gozó del reconocimiento y del apoyo de la mayoría de la población haitiana.

Por otra parte, es importante señalar que la emergencia del carisma es beneficiada en situaciones de crisis (“desgracia colectiva”, en términos weberianos). En mi opinión, la crisis de las instituciones democráticas y de las organizaciones sociopolíticas en Haití, son factores fundamentales que favorecen la emergencia de líderes carismáticos como Aristide. En Haití, a lo largo de su historia, el sistema político ha carecido de canales apropiados de representación popular. En específico, la permanencia de un Estado prebendario²³, la incapacidad y debilidad de los partidos políticos y el escaso nivel organizativo de la sociedad nos habla de un sistema político con un bajo perfil de institucionalización. Ello favoreció la relación entre las masas y el líder a través de la retórica demagógica y del carisma.

El dinamismo de las distintas fuerzas sociales que procuraron un cambio político en Haití, pero que padecieron de una frágil cohesión organizativa, fue uno de los factores más importantes que explica la emergencia de un liderazgo carismático como el de Aristide. ¿Pero quién era Aristide?

²³ Defino al Estado haitiano como “prebendario”, debido a que ha sido usado por sus gobernantes para conseguir prebendas económicas y políticas. El Estado es fuente de poder, en sentido amplio. El gobernante hace un uso discrecional de los recursos públicos, así como de las funciones políticas. Ello, con el fin de solventar beneficios personales o de grupos de interés específicos. El Estado deja de ocuparse de la tarea del “bien común” y ejerce el poder como fin último.

¿Cuál fue su trayectoria antes de convertirse en un líder carismático? Jean Bertrand Aristide nació el 15 de julio de 1953 en Port-Salut. Recibió educación elemental y media superior en instituciones parroquiales pertenecientes a la orden de los padres salesianos en Haití. En 1974 se graduó en el Colegio de *Notre Dame* de Cabo Haitiano. Completó sus estudios de noviciado en el seminario salesiano de “La Vega” en la República Dominicana. Un año después realizó estudios de posgrado en Filosofía en el Gran Seminario de *Notre Dame*, así como de Psicología en la Universidad Estatal de Haití.

Después de haber terminado su primer ciclo de Estudios en Haití, en julio de 1979, Aristide es enviado a Roma y de ahí a Israel para realizar estudios bíblicos. Aprovechando su estancia de tres años en Israel se da tiempo para llevar cursos de Arqueología en Egipto y de Biblia en Inglaterra. En 1982 vuelve a su país donde, casi inmediatamente, empieza a tener problemas con sus superiores por su posición crítica frente a la dictadura. Más, por motivos políticos que de otro tipo, Aristide es enviado a Montreal por las autoridades de su congregación a hacer una Maestría en Teología Bíblica. De ahí pasa a Grecia para continuar sus estudios y finalmente regresa a Haití en enero de 1985 (Midy, 1989).

A partir de su regreso a Haití, Aristide adoptó una postura radical en contra del régimen militar, de la burguesía, de la alta jerarquía católica y de Estados Unidos. Uno de los eventos más recordados poco después de la caída del duvalierismo fue su liderazgo en una marcha hacia el *Fort Dimanche* (la cárcel más importante hasta ese momento) en memoria de los cerca de 30,000 haitianos que perdieron su vida en esa prisión. La represión de la manifestación, la cual fue disuelta cuando los militares abrieron fuego contra

la multitud, fue denunciada por Aristide desde la estación *Radio Soleil*. En 1987 llamó a votar por el “no” en contra del referéndum para aprobar la nueva Constitución e hizo un llamado a la abstención en las elecciones presidenciales de noviembre del mismo año (que fueron suspendidas por falta de garantías debido a la violencia gubernamental). Esta actitud combativa le valió ser blanco de la represión.

En el año de 1990 Aristide pidió el derrocamiento de la presidenta provisional Ertha Pascal Trouillot²⁴. Finalmente, ante la inminente celebración de las elecciones en ese año, decidió registrar su candidatura el 18 de octubre de 1990 (un día antes del cierre de inscripción de éstas). Con el apoyo del Frente Nacional para la Democracia y el Cambio (FNCD) y del movimiento *Lavalas*, de carácter espontáneo y poco estructurado,

Aristide consolidó su candidatura en el nivel popular presentándose como opositor radical y combativo frente al peligro del duvalierismo y macoutismo representados por Roger Lafontant [quien había lanzado también su candidatura presidencial] (Antonin, 1990: 2).

Esta actitud radical también le valió votos a su favor en perjuicio de candidatos como Marc Bazin²⁵, candidato del gobierno norteamericano. La mayor votación a favor de

²⁴ En ese año el general Prosper Avril dimitió dejando como presidenta provisional a Ertha Pascal Trouillot, a quien Aristide consideraba como “una persona duvalierista que siempre ha servido como duvalierista. Lo que está haciendo ahora es un pequeño juego como si fuera un juguete entre las manos de los Estados Unidos, cuyo embajador Adams Albin juega el papel de súper-presidente, de procónsul” (Aristide, 1990: 51).

²⁵ Marc Bazin había sido funcionario del Banco Mundial y fue Ministro de Economía y Finanzas de Jean Claude Duvalier en 1982.

Aristide provino de los sectores populares, los más decididos oponentes del duvalierismo y del gobierno militar.

En síntesis, podemos observar distintos factores que nos permiten entender la emergencia de un liderazgo carismático como Aristide. Uno de los aspectos más importantes es una situación de crisis, que en el caso de Haití se reflejó en una grave situación económica y una profunda desigualdad social, a las que se sumó una crisis política caracterizada por el enfrentamiento entre los defensores del régimen autoritario y un movimiento político que exigía el cambio democrático. En este contexto, ante la debilidad de un movimiento poco estructurado y ante la ausencia de una dirección política, el mensaje de esperanza, el uso persuasivo de un discurso que reivindicaba la dignidad humana, la gran habilidad para comunicarse con las masas en *creole*, la imagen mística y religiosa, fueron elementos que provocaron el reconocimiento y la reverencia de los adeptos hacia Aristide.

Como ente simbólico, Aristide se convirtió en un generador de la esperanza y de fe en el cambio²⁶. Como portador de un mensaje de salvación, se transformó en el líder político y en la autoridad moral que necesitaba el movimiento.

Aristide, una vez proclamado, luchará por la participación del pueblo, como actor social, a todos los niveles de la vida política y económica. En ello radica el secreto de su victoria electoral: creer en el pueblo

²⁶ “Sus discursos ardientes, pronunciados desde el altar de la iglesia de Saint-Jean Bosco, en contra del alto clero, la burguesía, el imperialismo Estadounidense, los latifundistas y, sobre todo, los *macoutes* y el Ejército, hicieron de él, en el imaginario popular colectivo, el único capaz de proteger al pueblo contra la violencia criminal de los *macoutes* y el Ejército. Hábil político, supo aprovechar esta situación para dar una connotación mística a su lucha electoral: ‘Titid el profeta’ simbolizaba las fuerzas del bien, y los otros las fuerzas del mal” (Sauveur, 1998: 123).

y llamarlo a construir su futuro, movilizándose para lograr la realización de sus reivindicaciones, defender sus conquistas, resolver sus problemas locales, en definitiva, participar activamente en la construcción del país (Pierre-Charles, 1997: 132).

Robert Malval considera que en el gran espectro de su base social de apoyo, Aristide utilizó a las ciudades-miseria (*bidonvilles*) como un escenario privilegiado para electrizar a su auditorio a través de su verbo y sus parábolas (Malval, 1996).

Uno de los “atributos” más importantes para la maximización de su carisma fue su investidura religiosa y el apoyo que recibió de la Iglesia de base. Vale decir que la Iglesia en Haití se dividió, por una parte, en aquella que poseía un carácter oficial y tradicional (reconocida por el Vaticano), y en la Iglesia de base, inspirada en la Teología de la Liberación. Aristide, como representante de la Iglesia de base, y por ende no perteneciente a la clase política tradicional haitiana, a diferencia de sus contrincantes en la arena electoral, quienes estaban respaldados por organizaciones partidistas débiles, gozó del apoyo logístico que tuvo esta institución²⁷. Diseminada en todo el país, la Iglesia además ejerció una gran influencia en la población a través de las emisiones radiales (usando a la estación Radio *Soleil*, en la cual Aristide había pronunciado encendidos sermones), que con un uso cada vez mayor del *Creole* (idioma oficial, junto con el Francés), contribuyó a disminuir el aislamiento y la desinformación en una población con graves problemas de analfabetismo.

²⁷ Arnold Antonin indicaba que la Iglesia es la “única institución que tiene una red de apoyo logístico hasta en los sectores más recónditos del país” (Antonin, 1992: .8).

Como hemos señalado, en su calidad de sacerdote salesiano, Aristide recurrió eficazmente a un discurso radical, cuyas bases se inspiraron en la Teología de la Liberación. En un país como Haití, con una grave desigualdad económico-social²⁸, esta corriente encontró una gran acogida y se difundió rápidamente a través de la multiplicación de las comunidades eclesiales. El discurso radical de esta *Iglesia* fue bien acogido por la mayoría de la población haitiana. Bajo su influencia, Aristide realizó un cuestionamiento sistemático de las condiciones de pobreza, explotación y del autoritarismo dictatorial, lo cual incidió en la construcción de una personalidad de tipo mesiánico.

A ello se suma el reconocimiento de una gran parte de la población, caracterizada por su alta religiosidad, de un aparente misticismo e incluso ciertas “virtudes extraordinarias” en Aristide. Vale decir que el líder escapó a por lo menos 9 atentados contra su vida, de los cuales salió ileso, haciéndolo aparecer como un confesor²⁹. Para Alex Dupuy, son justamente el misticismo, el anti-macoutismo y el carácter mesiánico de Aristide los que le valieron el apoyo de la mayoría de la población y lo dotaron de una autoridad carismática (Dupuy, 1997: cáp. 4).

²⁸ Durante el periodo de 1977-1987 la población urbana por debajo de la línea de pobreza era de un 65%, en tanto que en la población rural era del 80%. Cf. “Desarrollo humano. Informe 1990”, PNUD, Naciones Unidas, 1991; en Randolph, (1993: 113-118).

²⁹ Por ejemplo, el 11 de septiembre de 1988 el ataque por fuerzas paramilitares a la iglesia de Saint Jean Bosco, en el barrio de la Saline, Puerto Príncipe, donde Aristide oficiaba misa, dejó un saldo de 6 personas asesinadas y cerca de 70 heridas. La iglesia fue incendiada, destruyéndose el núcleo simbólico más importante de la Iglesia de base. Asimismo, en el golpe de Estado de 1991 se cuenta que, una vez que Aristide fue apresado, se le colocó un neumático rociado con gasolina alrededor del cuello, pero se dice que el neumático nunca se incendió. Cf. “Jean-Bertrand Aristide Biography” [en línea]. <<http://www.fonaristide.org/aristidbio.html>>.

CONSIDERACIONES FINALES

Hemos analizado la participación de un líder carismático y su importancia en un proceso político particular. En Haití, pudimos observar que la crisis política de los años 1986-2004 abrió la posibilidad para la emergencia de un líder carismático como Jean Bertrand Aristide. Como hemos afirmado, el carisma es una cualidad considerada como “extraordinaria” por los seguidores del líder. Sin embargo, esta cualidad se maximiza, disminuye e incluso desaparece dependiendo de la actuación del líder; la actuación de sus seguidores y la coyuntura histórica. En el caso de Haití, pudimos ver que la máxima correspondencia de las expectativas de los seguidores con la actuación del líder ocurrió en el periodo de 1986-1991. En este periodo, la pugna entre la continuidad autoritaria y la posibilidad de un cambio democrático son un marco propicio para que aparezca la figura de Aristide. El movimiento político anti-autoritario de estos años, aunque vigoroso, muestra una debilidad organizativa palpable. Aristide permitió dar cohesión y unidad a las distintas organizaciones y actores que integraban este movimiento político. Su mensaje, revolucionario, mesiánico, desafiante del *status quo*, fue bien recibido por la mayoría de la población haitiana. Es decir, hubo un reconocimiento de los seguidores de las cualidades carismáticas de Aristide, lo que permitió entablar una relación afectiva entre ambos.

A partir de 1991 se inició una paulatina erosión del carisma de Aristide. En primer lugar, el golpe de Estado en su contra provocó su exilio y la desvinculación física del líder respecto al movimiento político que lo había llevado a la presidencia. Aunada a la ausencia del líder, el movimiento político fue desestructurado por la violencia del Ejército. Podemos hablar de una crisis simultánea entre el movimiento político y el liderazgo carismático. El segundo factor que incidió en la

erosión del carisma fueron las críticas de antiguos simpatizantes del líder. Al acceder al poder, en el año de 1991, empezó a observarse un estilo personalista de Aristide en los asuntos de gobierno. Tanto el FNCD que lo había lanzado como candidato presidencial, como el Parlamento en general, criticaron la preeminencia del Ejecutivo sobre el Legislativo. En tercer lugar, la legitimidad del líder se vio cuestionada por la ocupación extranjera (1994) que lo reinstaló en el gobierno en el año de 1995. Aristide gestionó con la comunidad internacional su retorno a Haití, pero al mismo tiempo aceptó algunos lineamientos por parte del gobierno norteamericano y de los organismos financieros internacionales que le hicieron abandonar su proyecto original de gobierno (el proyecto Lavalas de carácter popular) e instrumentar un plan de “Ajuste Estructural” (neoliberal, en palabras de sus detractores). El antiguo líder radical se convirtió en un gobernante moderado.

Finalmente, a partir de 1997, el proceso político haitiano se encontró en una nueva encrucijada: optar por la vía personalista o la construcción de un sistema de partidos que garantizara la renovación del gobierno por medios democráticos. Las elecciones presidenciales del año 2000, la cuestionada victoria de Aristide y el rechazo de la oposición interna y de la comunidad internacional a los resultados electorales generaron una nueva crisis política que derivó en la salida del líder en el año de 2004. El liderazgo carismático de Aristide fue positivo en la lucha antidictatorial de 1986-1994; no obstante, su estilo personal de gobernar confirma que el carisma con el paso del tiempo puede perder su capacidad revolucionaria y convertirse en una fuente de autoridad tradicional, conservadora y autoritaria. Por ello, la continuidad del liderazgo carismático fue uno de los mayores obstáculos para la transición democrática en Haití.

REFERENCIAS

- ÁLVAREZ, Alejandro (2000), "Proceso político y problemas de la transición democrática en Haití: 1986-1994", en Labastida Martín del Campo, Julio, Camou, Antonio y Luján, Noemí (coords.), *Transición democrática y gobernabilidad. México y América Latina*, México: Plaza y Valdés.
- , (1997 a), "Haití: ¿hacia la democracia? 1986-1991", *Estudios Latinoamericanos*, 8: 137-152.
- , (1997 b), "La violación de los derechos humanos en Haití", *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, 30: 241-260.
- ANTONIN, Arnold (1992), "Haití. Lejos del realismo", *Nueva Sociedad*, 119: 8.
- ARISTIDE, Jean Bertrand (1990), "Haití: el drama permanente de un pueblo" (entrevista realizada por Gregorio Sélser), *El Día*. 19 de agosto de 1990, p. 51.
- , (1992), *Théologie et politique*, Québec: Centre international de documentation et d'information haïtienne, caraïbéenne et afro-canadienne (CIDIHCA).
- COPPEDGE, Michael (1994), "Instituciones y gobernabilidad. Democracia en América Latina", *Revista Síntesis*, 22: 62-63.
- DUPUY, Alex (1997), *Haiti in the New World Order. The Limits of the Democratic Revolution*, Colorado: Westview Press.
- EMMERICH, Gustavo Ernesto (1990), "Ejercicio del poder y carácter de los regímenes políticos en América Latina,

1801-1984”, en González Casanova, Pablo (coord.), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*, México: Siglo XXI Editores.

INCISA, Ludovico (1988), “Populismo”, en Norberto Bobbio, *Diccionario de Política*, México: Siglo XXI Editores.

LINDHOLM, Charles (1991), *Charisma*, Londres: Blackwell.

LINZ, Juan (1970), “Una teoría del régimen autoritario. El caso de España”, en Allard, Erik y Stein, Rokan (comps.), *Mass Politics*. Nueva York: The Free Press

MALVAL, Robert (1996), *L'année de toutes les duperies*. Port-au-Prince: Copyright Editions Regain.

MIDY, Franklin (1989), “L'affaire Aristide en Perspective”, *Chemis Critiques*. 1: 44-51; citado por Martínez Valenzuela, Clara, (1990). “Reseñas”, *El Caribe Contemporáneo*, México: FCPYS, CELA, UNAM. 21:111.

MORLINO, Leonardo (1985), *Cómo cambian los regímenes políticos*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales

NICHOLLS, David (1986), “Haití: the Rise and Fall of Duvalierism”, *Third World Quarterly*, 8 (4): 1239-1252.

PIERRE-CHARLES, Gerard (1997), *Haití. Pese a todo, la utopía*, San Juan de Puerto Rico: Instituto de Estudios del Caribe.

RANDOLPH, Gilbert (1993), “Haití: un reto de la esperanza”, *Secuencia*, 2 época, 26: 113-118.

RUSTOW, D. A. (1976), *Filósofos y estadistas*, México: Fondo de Cultura Económica.

Sandre, Italo de (1983), “Carisma”, en Bobbio Norberto (compilador), *Diccionario de Política*. México: Siglo XXI Editores.

Sauveur Pierre Etienne (1998), *La crisis de 1991-1994 y la problemática de la construcción de la democracia en Haití* (tesis de Maestría en Ciencias Sociales), México: FLACSO.

Stoppino, Mario (1988), “Autoritarismo”, en Bobbio, Norberto, *Diccionario de Política*. México: Siglo XXI Editores, vol. 1.

Tarrow, Sydney (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza.

Weber, Max (1981), *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México: Fondo de Cultura Económica.

EL NEOPOPULISMO EN CUBA

Manuel Gómez Granados*

*Cuba está sufriendo un cruel e ignominioso
despotismo, y vosotros no ignoráis que la resistencia
frente al despotismo es legítima...*

Fidel Castro, *La Historia me Absolverá*

INTRODUCCIÓN

La historia del neopopulismo en América Latina tiene una trayectoria relativamente larga. Sin embargo, para entender la evolución de este fenómeno, debemos recordar que a partir de los años 80, en el sub-continente latinoamericano comienza un pragmático y acelerado proceso de transformación que lo mismo es evaluación, toma de conciencia y búsqueda de liberación, a lo que contribuyeron acontecimientos como la Guerra Fría, la Revolución Cubana, el Vaticano II, Medellín, y personajes como Camilo Torres, Salvador Allende, Fidel Castro, el Che Guevara (véanse Cerruti, 1983; Scannone, 1976; y Larrain, 2004).

* Director General del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana (IMDOSOC); Miembro del Consejo Pontificio Justicia y Paz.

Entre los rasgos más visibles de la transformación podemos mencionar: 1) las economías más o menos centralizadas asumen la lógica del capitalismo neoliberal, y se lanzan, sin una adecuada planeación que prevea su viabilidad económica, a una privatización generalizada de prácticamente todas sus empresas y a una indiscriminada apertura de mercados sin estrategias adecuadas para el incremento de la productividad, sin preparación técnica ni experiencia comercial; 2) en el plano político, los regímenes autoritarios y las dictaduras se agotan o definitivamente se fracturan; comienzan precipitados procesos de transición democrática sin la consolidación de mecanismos de participación ciudadana, en la que la se articula únicamente la democracia electoral como sinónimo de participación, sin diálogo ni educación para la democracia, con el consecuente cambio de relación entre los gobiernos, los partidos políticos y la ciudadanía.

El proteccionismo, hasta ese momento imperante y que no sólo era mercantil, sino político y cultural, generaba corteidad de visiones tanto en los empresarios como en los ciudadanos. Unos y otros se desarrollaban a la sombra paternalista del gobierno que los tutelaba, y parecía que todavía no había llegado el momento de la mayoría de edad, ni de que unos y otros se atrevieran a pensar en forma autónoma, el *sapere aude*, según la conocida expresión de Kant.

Nadie sabe a ciencia cierta si estos dos grandes procesos de cambio pueden darse de otra manera o incluso si pueden darse si no es de manera abrupta; el hecho es que a nivel económico han dejado grupos de personas en la miseria y la exclusión, particularmente por el desempleo y el subempleo, y agrandan todavía más la histórica brecha de la desigualdad, pues han concentrado mucho más la riqueza en pocas manos. A nivel político se genera primero una sensación de orfandad y abandono que produce desconcierto, perplejidad,

y luego un descontento generalizado. La historia de la sopa de cebollas que se extraña y por la que se llora, incluso si hay que pagar por ella con la libertad, es una experiencia cotidiana y profundamente humana (cf. Ex 16,3).

A esos dos grandes procesos, el económico y el político, habría que añadir otros dos: 3) el cultural, que hizo emerger una nueva sensibilidad respecto de la individualidad, el placer y la libertad, y cuyos primeros resultados fueron someter a juicio todo tipo de autoridad, de modo que devino en un democratismo en donde todo está sujeto a votación, a decisión de la mayoría; desacralizar todo lo sagrado y, al mismo tiempo, sacralizar todo: la tierra, los astros, el cosmos, *et cetera*, y provocar una exacerbación del secularismo. 4) La separación de la fe y la justicia como consecuencia de una retirada poco afortunada de la Iglesia, a la que muy probablemente habría que calificar de descuido y no tanto de un propósito deliberado: la crítica y sospecha de la Teología de la Liberación llevó a que el clero institucional se alejara, lenta y silenciosamente del espacio público, de lo social, de la denuncia evangélica del pecado y de las estructuras de pecado, del acompañamiento solidario a los grupos populares, de la defensa efectiva y activa de los valores fundamentales de la doctrina social como la verdad, la libertad, la justicia, la solidaridad, la paz y la caridad o el amor cristiano (Congregación para la Educación Católica, 1988: 43), y tan sólo retuviera algunos programas asistenciales, de emergencia o de impacto social muy acotado.

Grosso modo, el resultado fue cuádruple: 1) a nivel económico un crecimiento exponencial de la economía popular, tanto de la informal como de la criminal, y una migración masiva hacia Estados Unidos de América; 2) a nivel político, una descomposición de los partidos y sus bases, el incremento de prácticas de clientelismo, la falta de identidad ideológica al grado de que muchas organizaciones políticas

se pulverizaron por falta de un referente central; 3) a nivel de la sociedad se aceleró el deterioro del tejido social, la desconfianza, la violencia, el pandillerismo y el incremento de las adicciones; 4) al interior de la Iglesia podemos mencionar tres hechos, sólo como ejemplo: las Comunidades Eclesiales de Base bajaron su protagonismo pero siguieron concientizando y analizando la realidad, actuando en una especie de semiclandestinidad; muchos laicos, deseosos de mayor protagonismo, libertad y autonomía, abandonaron los movimientos de apostolado y se auto-convocaron: crearon o se sumaron a ONGs u organizaciones de la sociedad civil pero al margen de la institución eclesial; y las obras socio-caritativas bajaron sensiblemente el tono profético para ocuparse principalmente de tareas asistenciales.

En este último apartado hay excepciones y experiencias comunitarias de enorme creatividad y de mucha valentía, por ejemplo, las cajas de ahorro y crédito popular, las experiencias de comercio justo, las cooperativas populares, los bancos tasa cero, los centros de derechos humanos, la renovada pastoral penitenciaria, la aparición del voluntariado organizado, y de modo muy particular la viva experiencia de solidaridad que a nivel de familia, barrio y grupo hace las veces de un amortiguador y arropa a quien padece algún tipo de necesidad material o espiritual.

En este contexto, se aprecian varios aspectos que perfilan un concepto al estilo de los tipos ideales de los que habla Weber: en una sociedad predominantemente patriarcal y todavía fuertemente comunitarista, se echa de menos un líder o un caudillo que llene el vacío dejado por las instituciones fuertes, que capitalice el desencanto y propicie la catarsis social. En épocas pasadas, el populismo, el sector popular y las clases populares habían cumplido esa función, y apelaban con mucho éxito al pueblo como sujeto de cambio,

mediante un discurso efectista y la promesa mesiánica de solución y cuasi-salvación.

Así es como se dan las condiciones para que aflore el neopopulismo: un estilo de liderazgo político que a través de dádivas, halagos y promesas viene a colmar las necesidades y los anhelos de masas ingenuas, huérfanas y desorganizadas. El líder en el neopopulismo responde cabalmente a lo que Feuerbach (1975: 208 y ss.) sostiene: Dios no crea al hombre a su imagen y semejanza, sino al revés, es el hombre quien proyecta sus anhelos y sus necesidades y se los aplica a Dios.

Aunque en primer término el concepto *neopopulismo* hace referencia a una realidad deleznable y es utilizado peyorativamente, también tiene aspectos positivos, como el hecho de que sabe colocar en la palestra pública las demandas de las masas; escucha las necesidades de amplios sectores de la población, que al fin se sienten tomados en cuenta; y permite que se expresen en una especie de catarsis colectiva y construye horizontes de esperanza.

En este sentido, seis parecen ser las características más significativas del neopopulismo:

- 1) Discurso contestatario permanente contra el orden establecido, en el que se privilegian las expresiones antagónicas: amigos-enemigos, pueblo-poderosos, pobres-ricos, *et cetera*.
- 2) Uso exhaustivo de técnicas de ingeniería política: encuestas, sondeos de opinión, grupos de interés.
- 3) Líder carismático que poco o nada necesita de un partido, pues entra en contacto directo con las masas o a través de los medios de comunicación y expresa lo que

el pueblo quiere sin necesidad de fundamentar sus dichos.

- 4) No admitir, por ningún motivo, auditorías, fiscalización de recursos, procesos de transparencia.
- 5) Debilitar continuamente a la ley, a las autoridades y a las instituciones mediante sus críticas e ironías o decir que todo lo que hacen los demás es un complot organizado en su contra.
- 6) Utilizar métodos no democráticos para la toma de decisiones, para elegir responsables y para definir sus planes.

Es importante señalar que en América Latina el neopopulismo hoy tiene una doble expresión: el neopopulismo de derecha y el neopopulismo de izquierda que, como parientes enemistados, conservan el aire de familia y fingen no conocerse, pero llevan los mismos genes. Ambos han permeado los procesos electorales en Latinoamérica en los últimos años y han dejado como herencia una región conformada por tres bloques con distinto tono político: gobiernos de centro-derecha (México, Colombia, Perú, Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica); de centro-izquierda (Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Panamá, Paraguay) y de izquierda (Venezuela, Bolivia, Nicaragua y Ecuador), algunos de ellos poco comprometidos con el bien común.

Así, el concepto de neopopulismo parece aplicarse con mayor precisión a regímenes como el de Hugo Chávez en Venezuela o Evo Morales en Bolivia, pero no parece del todo aplicable a gobiernos como el de Michelle Bachelet en Chile o Néstor Kirchner de Argentina.

La ambigüedad del concepto hace difícil saber a qué tipo de realidad se refiere. El antecedente inmediato de fenóme-

nos políticos como los de Venezuela y Bolivia, hay que buscarlo en Cuba y, sobre todo, en el descontento de un sector de la población que se siente excluida de la modernidad y traicionada repetidas veces por los gobiernos, sean del signo que sean.

CUBA, UNA HISTORIA SIN DEMOCRACIA

La historia de Cuba parece estar signada desde sus inicios por la brutalidad, ya que su población indígena original fue prácticamente exterminada. Desde el siglo XVI y hasta el siglo XVIII se desarrolló el sentido de nación en la Isla, sobre todo bajo el influjo de la independencia norteamericana y de los países de Latinoamérica. El inicio de la independencia de Cuba se registra el 10 de octubre de 1868, con el patrocinio de Estados Unidos en el llamado *Grito de Yara*. Posteriormente, en 1898 los norteamericanos intervienen en la Isla logrando la derrota de los españoles en la que es conocida como *la Guerra del 98*, para concluir en la firma de los Tratados de París, con lo que los Estados Unidos ocuparon la Isla hasta el reconocimiento de la independencia cubana en 1902.

La verdadera autonomía de Cuba sólo se logró hasta los años treinta, en que se revocó la Enmienda Platt, llamada así por el Senador norteamericano Orville H. Platt, que establecía una serie de privilegios para Estados Unidos, entre ellos, que la Isla de Pinos (hoy Isla de la Juventud) sería omitida de los límites de Cuba y que el gobierno cubano vendería o arrendaría a los norteamericanos las tierras necesarias para carboneras o estaciones navales. Además, se autorizó a los norteamericanos a ejercer el derecho de intervención para la conservación de la independencia cubana. Finalmente, después de 32 años de negociaciones, el 3 de septiembre de 1934, el nuevo Tratado de Reciprocidad en-

tre Cuba y Estados Unidos desechó la Enmienda Platt. Sin embargo, dejó sin resolver una cláusula referente a las estaciones navales, que paradójicamente tiene vigencia hasta la fecha en la base de Guantánamo.

Durante la primera mitad del siglo pasado, el turbulento ambiente político de la Isla culminó con un golpe de Estado el 10 de marzo de 1952. Fulgencio Batista, quien había ocupado en dos ocasiones la Presidencia de la Isla y se presentaba de nuevo como candidato, al no repuntar en las preferencias electorales buscó el poder con un levantamiento. Ejerció el poder con mano dura contra los disidentes del golpe y generó un ambiente de corrupción generalizado en el gobierno, lo que indignó a la mayoría de los cubanos dada su deplorable situación. En estas circunstancias se generó un movimiento que obtiene un amplio apoyo popular.

En 1959, el movimiento liderado por Fidel Castro Ruz y Ernesto Guevara de la Serna, *el Che*, junto con Camilo Cienfuegos, Huber Matos y otros, derrocó a Fulgencio Batista tras seis años de relativa lucha, desde el asalto al cuartel Moncada hasta la toma de las ciudades de Santa Clara y Santiago de Cuba; dicho triunfo no hubiese sido posible sin el apoyo de distintos sectores de la sociedad cubana, desde el Directorio Revolucionario, de José Antonio Echevarría, hasta los movimientos de apostolado como la Acción Católica de la Juventud Cubana. Es necesario señalar que dicho apoyo, aunque era mayoritario, no era total por parte de la población y estaba impulsado básicamente por las necesidades insatisfechas durante el régimen de Batista.

Tras el triunfo de la Revolución, imperó la incertidumbre en el gobierno que llegó al poder en nombre de la democracia y contra la dictadura, pero que se encontró con la sistemática oposición de Estados Unidos. En noviembre de 1956 Fidel Castro expresó:

En cuanto a democracia el M-26 considera aún válida la filosofía Jeffersoniana y suscribe a plenitud la fórmula Lincoln de gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo...Cuba podrá ser...aliada fiel del gran país del norte y a la vez conservar incólume la capacidad de orientar su propio destino.

Como puede apreciarse la vocación primigenia de la Revolución era la democracia que buscaba mayor justicia social, mayor libertad y mayores posibilidades de igualdad para toda la población, particularmente para los negros. Algo ocurrió en el camino, pues Castro cambió los planes e hizo de la causa cubana una causa soviética, a espaldas de su pueblo.

Se asegura que después de un largo encuentro con un representante de la Unión Soviética, Castro decide un apresurado proceso de nacionalización de negocios y empresas; integra –hasta ese momento– a los miembros del Partido Comunista Cubano que no sólo no habían participado, sino que incluso habían criticado la lucha, y para sorpresa de sus propios correligionarios, les comienza a dar un juego extraordinario y desproporcionado. Huber Matos enfrenta a Fidel Castro y lo cuestiona por el rumbo que están tomando los acontecimientos, el resultado es que lo declara traidor y lo encarcela. A partir de ese momento el gobierno de Castro se declara socialista, alineándose del lado Soviético el 16 de abril de 1961. Esto sucede a dos años del triunfo revolucionario y un día después de que un grupo de mil 500 cubanos disidentes intentasen una fallida invasión a la isla en la Bahía de Cochinos, supuestamente apoyados por Estados Unidos.

Esta decisión puede considerarse como un antecedente del neopopulismo. No podemos precisar un punto de inicio claro, sino más bien hablar de procesos que se fraguan conforme transcurren los años y se toman decisiones.

EL BLOQUEO ECONÓMICO, PRETEXTO PARA EL NEOPOLULISMO

Cuando en Cuba dio inicio la nacionalización de empresas extranjeras –no sólo norteamericanas–, Estados Unidos determinó realizar un bloqueo económico hacia la isla, impuesto por el Presidente John F. Kennedy el 7 de febrero de 1962. Con ello da inicio una serie de acciones de aislamiento comercial y financiero con base en la proclama presidencial 3447, en la que se delegaba al Secretario del Tesoro su puesta en práctica respecto de las importaciones, y al Secretario de Comercio continuar el embargo previamente impuesto sobre las exportaciones.

Paralelamente, Estados Unidos promovió el aislamiento político de la isla a nivel regional e internacional. Esta situación produjo escasez de todo tipo de productos y condiciones aún más difíciles para los habitantes de Cuba. Sin embargo, el bloqueo, lejos de abatir al régimen, sirvió como elemento de cohesión y se constituyó en bandera del nacionalismo que usó el gobierno de Castro hasta el extremo. Un análisis somero de los datos sobre el bloqueo indica que la pobreza en Cuba no puede atribuirse ni exclusiva ni primordialmente al cerco económico, sino que es consecuencia del modelo socialista impuesto por la fuerza, ya que si no existieran restricciones como los aranceles y el control de la producción y de las exportaciones, la isla de todas maneras no tendría suficientes productos para generar ingresos y aumentar el nivel de vida de la población. Situación que por otra parte no es nueva, pues así era antes de la Revolución, pero la isla se sostenía del turismo, de los casinos y de las manufacturas de empresas extranjeras.

El bloqueo, que lleva más de 45 años, ha sido objeto de análisis por varios expertos en economía a nivel mundial y muchos de ellos opinan que no sólo es un exceso verbal de Castro, sino que es un mito, ya que Cuba en la práctica con-

tinúa con un comercio activo con casi todo el mundo, aunque evidentemente exiguo.

Un estudio del Centro para la Apertura y el Desarrollo (CADAL), publicado recientemente, establece que la isla mantiene vigentes niveles de importación y exportación aceptables, por lo menos con la mitad de los países del mundo³⁰, incluyendo a todos los que integran la Unión Europea, la totalidad de los países de América Latina, Canadá, China y los países asiáticos. Incluso con Estados Unidos, aun cuando no puede exportar hacia allá, sí puede importar medicamentos y productos alimenticios, al grado de que Norteamérica figura como su cuarto proveedor en ese rubro, aunque formalmente, acusa al gobierno estadounidense del bloqueo, y tenga que pagar en efectivo y con dólares estas importaciones.

Se calcula que poco más de dos millones de cubanos han emigrado hacia Estados Unidos desde el inicio del bloqueo, lo cual significa que Cuba ha aportado una buena parte de la cuota de inmigrantes a ese país, sobre todo a la zona de Miami y el sur de Florida. Los cubanos también han emigrado a otros muchos países; en los encuentros de las comunidades cubanas en el exilio, por ejemplo, se han contado hasta 80 países de procedencia. Cada vez son más los cubanos emigrados que sostienen a sus familiares dentro de la isla a través del envío de divisas. Una ironía común dentro de la isla refleja el drama económico: “En Cuba sobreviven solamente los que tienen fe. ¿Los que tienen fe?, ¿Cómo? Sí, Familiares en el Extranjero”. Pero también sobreviven los familiares de quienes sirven al turismo y de *jineteras* y *jineteros*, que son los que en la práctica disponen de dólares.

³⁰ Estudio elaborado por Gabriel C. Salvia y Pablo E. Guido, citado por el diario *La Capital*, de Rosario, Argentina en nota publicada el 27 de enero de 2007.

También es significativo que recientemente se detectó que el número de indocumentados cubanos detenidos en Cancún (México) ha tenido un incremento cada vez mayor: se triplicó en dos años al pasar de 157 en 2004, a 572 en el 2006, de acuerdo con un informe Instituto Nacional de Migración³¹. A esta cifra habrá que añadir la de los cubanos que arriban a Estados Unidos por otras vías o rutas, así como la cantidad de muertos en el intento de llegar a Miami.

Otra prueba de que el bloqueo es sólo una pantalla que cubre la política pragmática del régimen de Castro, se tiene en el hecho de que el gobierno cubano ha llevado a cabo acuerdos con el gobierno norteamericano con el fin de garantizar la vigilancia en torno de la Base Naval de Guantánamo; se acordó establecer cooperación militar entre ambos países para evitar fugas de los reos en esa base y se llevó a cabo la firma de un acuerdo migratorio para evitar que los cubanos emigren sin autorización de ambos gobiernos (cf. Domínguez, 2007).

LOGROS Y FRACASOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

La aparición del populismo de izquierda en Cuba –el de Castro– no se podría entender sin los logros alcanzados por la Revolución Cubana, los cuales no son el resultado de la capacidad de gobierno de los caudillos revolucionarios, sino del esfuerzo de todos los cubanos, sobre los cuales se ha promovido el líder de la Revolución.

Los logros efectivos de la Revolución Cubana se centran básicamente en dos aspectos: educación y salud.

³¹ Cf. nota aparecida en el diario *El Universal*, 30 de marzo de 2007, Sección A, p. 14.

El factor educativo fue la base para la integración de la posterior estructura del sistema de salud, ya que se llevó a cabo una transformación profunda del sistema educativo nacional. Cuba pasó de ser uno de los países con más alto índice de analfabetismo y menor infraestructura escolar en Latinoamérica, a ser uno de los líderes a nivel mundial en la educación de su población. En 2006, Cuba obtuvo el *Premio de Alfabetización Rey Sejong*, otorgado por la UNESCO por

la labor dirigida al progreso de las posibilidades individuales de las personas y del potencial de la sociedad con la utilización del método cubano de alfabetización en más de 15 países.

Este es un ejemplo de lo que se puede lograr mediante un esfuerzo serio de superación de las condiciones sociales en un país latinoamericano y que es capaz de compartir con el resto del continente.

La campaña de alfabetización, iniciada en 1961, redujo el analfabetismo de 42% al 4%. Este éxito no se debe únicamente al talento de Castro como gobernante, sino al esfuerzo que llevaron a cabo más de 250 mil voluntarios, de los cuales más de la mitad eran mujeres y 100 mil eran jóvenes de entre 10 y 19 años, la gran mayoría egresados de niveles de Secundaria y Educación Media Superior. Este ejército educativo llevó a cabo su tarea y enseñó a leer y escribir a casi un millón de cubanos; ésta fue la base para la posterior formación de un extraordinario cuerpo de médicos, hospitales, maestros y escuelas de medicina con que cuenta hoy Cuba, y que en ocasiones comparte estratégicamente con otros países, como Venezuela.

En cuanto al empleo, en 1958 había un 12.5% de la población desempleada, para 1970 las estadísticas oficiales re-

portan un 1.3% de desempleo. Esta dramática reducción se debió a que el Estado Cubano se convirtió en el único y absoluto empleador. Aunque efectivamente el desempleo ha sido abatido, los niveles salariales en la isla se encuentran por demás pauperizados, por lo que los cubanos –y sobre todo cubanas– han tenido que recurrir a otras formas de obtención de ingresos, que muchas veces no son del todo honorables.

En el plano cultural, la Revolución Cubana logró encauzar la actividad artística arraigada en la tradición nacional; los recursos se racionalizaron, de manera que el 4 de enero de 1961 se fundó el Consejo Nacional de Cultura, organismo que inició el rescate de las tradiciones y la dignificación del trabajo artístico y literario. También se fundó la Escuela Nacional de Arte y se extendió la enseñanza gratuita de actividades artísticas.

Mientras que en 1959 existían sólo 14 teatros en Cuba, para 1970 ya se contaba con casi setenta. También en 1960 se formó la Orquesta Sinfónica Nacional junto con las orquestas de concierto provinciales. La música popular, la canción política y folclórica, tuvo su máxima expresión en la Nueva Trova cubana, a partir de la década de los sesenta.

Los logros enumerados han sido capitalizados y aprovechados mediáticamente por el gobierno de Castro, tanto al interior como al exterior de la isla, algunas veces magnificados de manera exagerada en opinión de algunos analistas, y otras veces dicen, como *cortina de humo* para esconder algunos de los graves errores y fracasos del gobierno y de la Revolución Cubana, sobre todo en lo que tiene que ver con la violación de los derechos humanos y el ejercicio de las libertades.

Políticos y activistas –dentro y fuera de Cuba–, periodistas, académicos y ciudadanos en el exilio han debatido sobre la naturaleza del gobierno cubano. Para muchos se trata de una dictadura, para otros se trata de una democracia popular. Un ejemplo de la oposición activa que ha enfrentado el régimen de Castro lo constituyen dos figuras emblemáticas del presidio político cubano que han fallecido recientemente: Eusebio Peñalver, que murió el 11 de mayo de 2006; y Mario Chanes de Armas que murió el 24 de febrero de 2007. Eusebio Peñalver fue uno de los iniciadores de la lucha armada contra el régimen castrista, por lo que fue condenado a 30 años de cárcel, de los cuales purgó 28, siendo forzado al exilio desde donde continuó su lucha por lograr la libertad dentro de Cuba. Junto con Chanes de Armas, quien pasó 30 años en prisión, Peñalver integró el movimiento *Plantados hasta la Libertad y la Democracia en Cuba*. Una organización de ex-presos políticos con sede en Miami que brinda apoyo humanitario a los familiares de los actuales presos políticos en la isla. “Plantado” es aquel que se niega a recibir la re-educación o adoctrinamiento oficial en la cárcel. Mediante esta organización, estos dos luchadores sociales denunciaron en foros internacionales las atrocidades y vejaciones de que son objeto los opositores al régimen.

Peñalver se distinguió también por denunciar la situación de los afrocubanos en la isla, él mismo de raza negra. Ha sido comparado con Nelson Mandela, por su lucha por los ideales de libertad e igualdad de derechos y la dignidad de todos los seres humanos. No obstante haber sido combatiente activo junto con Fidel Castro contra la dictadura de Fulgencio Batista, y terminar la primera campaña con grado de oficial del ejército insurgente, se levantó nuevamente en armas al comprobar, el 1 de enero de 1959, que no iniciaba un gobierno con libertades para todos, sino un nuevo

y más represor régimen. Fue hecho prisionero y condenado a 30 años de cárcel en un juicio sumario.

Mario Chanes fue un líder sindical habanero que se sumó al movimiento armado contra el régimen de Fulgencio Batista, participó en el asalto al Cuartel Moncada, fue parte de la expedición del *Granma* y jefe de operaciones clandestinas hasta que triunfó la Revolución. Al revelarse contra el rumbo que tomaba el gobierno revolucionario fue arrestado y condenado a 30 años de prisión. En una entrevista concedida después de su excarcelación explicaba que para él la libertad significaba

*el bien máspreciado que tiene el ser humano. Pero aprendí que tiene más que ver más con lo mental que con lo físico. En la cárcel, cuando los guardias me decían que yo era un pobre preso, les respondía que a pesar de estar en una celda yo era libre de pensar y de decir lo que quisiera. En cambio, ellos no podían hacerlo, se callaban lo que realmente pensaban del régimen. Hoy sigue pasando lo mismo en toda la isla: la gente puede caminar de acá para allá, pero no pueden expresarse como quisieran*³².

Por otro lado, el sistema cubano ha sido criticado duramente desde el exterior por tratarse de un sistema de partido único: el Partido Comunista Cubano (PCC), y un gobernante calificado como dictador, ya que ha cometido múltiples violaciones a los derechos humanos y ha establecido un sistema en el que las libertades civiles, políticas y económicas de la mayoría de los cubanos son socavadas mientras sobran privilegios para la élite gobernante:

³² Entrevista con el diario *La Nación*, durante una visita a Argentina en mayo de 1999, [en línea] citado por Gabriel C. Salvia, Presidente del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), www.cadal.org.

La Cuba ‘Revolucionaria’, a partir de 1959, antes y más allá de especificidades y valoraciones sectoriales, positivas o negativas, es una realidad totalizante, con voluntad totalitaria, simbolizada en la famosa frase: ‘dentro y con la Revolución, todo; fuera y contra ella, nada’. Voluntad de aunar oportunidad histórica, liderazgo carismático, planificación burocrática y ‘mitología política’. Voluntad no declarada al principio, pero progresivamente explicitada, no sólo de derrocar a un dictador, eliminar una tiranía, producir profundas reformas socio-económicas necesarias, sino también de transformar el sistema político e incluso ‘cambiar la vida’... Voluntad y proyecto ampliamente exclusivos y excluyentes que han instaurado y consolidado una sociedad prácticamente clasificada en amigos y enemigos (Vivero, 1999: 10-11).

Estos contrastes hacen referencia a visiones encontradas sobre Cuba, Castro y el desarrollo del neopopulismo, así como de la Revolución.

FIDEL CASTRO O EL INICIO DEL POPULISMO DE IZQUIERDA

La figura de Fidel Castro ha sido un símbolo emblemático de la Revolución Cubana; lo mismo ha generado simpatías que rechazos, ambos, muchas veces de manera a-crítica e irracional. Sin embargo, uno de los pilares en los que basó la construcción de su poder fue su programa de economía socialista que prometió abatir la desigualdad social, generar trabajo para todos, elevar los niveles de cobertura en educación, salud, deporte y, sobre todo, enfrentar los ataques de Estados Unidos.

Históricamente, Castro aprovechó los logros de la Revolución para posicionarse políticamente y para consolidar su

régimen, la figura de Fidel ha servido para construir una imagen de revolucionario tradicionalmente identificado con las causas del pueblo y que usa siempre un lenguaje que responde a esas expectativas: refleja una personalidad fuerte, valiente, comprometida y honesta. Sin embargo, sus críticos dicen que en el fondo esconde un acentuado egocentrismo, una enorme soberbia y una gran intolerancia al fracaso, al cuestionamiento y a la crítica.

Otra característica del presidente cubano es su gran capacidad de oratoria que le distingue no sólo como agitador, sino como líder de una masa difusa que lo adula y lo escucha embelesada, tanto en el interior como en el exterior de la isla:

Fue el tiempo en que Fidel hizo historia, embrujaba la multitud que lo seguía por todos lados. Hasta el milagro se hizo en esos días. Durante uno de sus discursos, una paloma se detuvo sobre su hombro guerrillero... Existe un equilibrio entre sus palabras y su personalidad, entre la inteligencia y su historia inverosímil. Máquina del verbo, avasalla cualquier límite cuando ha pronunciado las primeras cinco frases. Embriaga y se embriaga y disfruta de su auditorio tanto como éste de él (Scherer, 2007: 31-32).

El lenguaje usado por este líder siempre se ha caracterizado por una visión profundamente nacionalista –chovinista–, intensamente latinoamericanista y anti-yanqui. Con una interpretación de la historia excesivamente maniquea, como si se tratara de una serie de atrocidades cometidas por el Imperio. Su perspectiva de la izquierda latinoamericana se basa en el modelo de Stalin, es decir, la estatización de todo, el control por parte del Estado de los medios de producción, de los medios de comunicación y de la vigilancia policiaca de todos los movimientos de los ciudadanos.

Esta forma de organización del Estado y del gobierno requería de la figura del hombre fuerte de la Revolución, personaje en el que Castro se encarnó de manera natural. Asumió las riendas del control estatal mediante una Constitución que establecía que Cuba es un Estado socialista de trabajadores, y que el poder será ejercido mediante las Asambleas del Poder Popular. En los hechos, Castro ha dirigido de manera absoluta y totalitaria los destinos de la isla desde hace más de 45 años, primero como Primer Ministro, y después como Presidente del Consejo de Estado. Hay quienes incluso atribuyen a Castro la figura del varón que preña continuamente a la Revolución y la mantiene viva gracias a su fecundidad, de ahí apodos como el caballo, el hombre, el jefe. En la práctica ese varón puede ser el único jefe real a costa de la infantilización de su pueblo: a-críticos en el pensamiento político, incapaces de bastarse económicamente y sin armas ni capacidad organizativa para enfrentarlo. Si a esto se añade “el policía que cada cubano lleva dentro” y el miedo a ser visto, escuchado, notado y luego detenido, desaparecido o encarcelado, el plan está completo. En realidad los pocos cubanos que se atreven a desafiar el régimen terminan en la cárcel o exiliados, y cualquiera puede ser detenido por sospecha, por denuncia o simplemente por capricho del aparato burocrático-político-policíaco que permea la isla.

Pero el rasgo distintivo del caso cubano es que el populismo fue utilizado desde el inicio del régimen de Castro, y se filtró en toda la estructura del gobierno. Desde el principio fue clara la relación directa del líder con la masa, sin mediación alguna y con la promesa reiterada de cumplimiento de las demandas populares. Aunque en los hechos se construyó un aparato burocratizado e impersonal que bajo el estigma del “compañero”, importación directa del “camarada” soviético, hacía tabla rasa de la población, generando una uniformidad aparente e hipócrita entre quienes tenían todos los privilegios y quienes no tenían nada.

El contexto descrito, sirvió de base para generar un nuevo tipo de dominación, de populismo inexistente hasta ese entonces en América Latina: el populismo de izquierda.

Hay que señalar también, que el populismo de izquierda de Castro es hijo directo del intento de construcción del socialismo real en América Latina. Ante la hostilidad norteamericana, el rencor acumulado de la población generó un movimiento de unidad en torno del líder que fue muy bien aprovechado. En nombre de la Revolución y de la construcción del socialismo, los derechos humanos quedaron en segundo o en ningún lugar.

Por otra parte, el mesianismo que distingue la posición de Castro ha traído consigo, al quedar Cuba como último reducto del socialismo real, una tentación fundamentalista difícil de superar:

El término fundamentalismo atañe, primordialmente las convicciones de los seguidores de las religiones monoteístas cuando, por su propia naturaleza, se convierten en intolerantes e intransigentes. Esa intolerancia conlleva un deseo apostólico inherente a todo aquel que está convencido de poseer la verdad... El argumento del apoyo mayoritario de la población, sin ninguna otra consideración al respecto, ha sido muchas veces enarbolado por los regímenes autoritarios como justificación de su propia existencia, y ha acabado minando los sistemas políticos de las democracias jóvenes (Cebrián, 2004: 14).

Por ello, es necesario no perder de vista que aún en el supuesto caso de que la mayoría de la población apoye el régimen cubano, los derechos de la minoría deben ser sagrados para Castro, si es que se pretende un gobierno realmente democrático.

La Ley se ha acomodado a esta forma de operar del gobierno cubano y no al revés. La democracia participativa, en los hechos, es arrojada a un rincón burocrático que sirve de justificación para legalizar decisiones tomadas con antelación por el líder y su camarilla. Ésta es la forma de operar de la llamada Asamblea Nacional del Poder Popular. Uno de los motivos por los cuales Fidel Castro ha permanecido durante tanto tiempo en el poder es la concreción de un sistema de partido único, el Partido Comunista de Cuba (PCC), definido por la Constitución como la “vanguardia organizada de la nación cubana”, y la prohibición expresa y penada de oponerse contra la existencia del Estado Socialista. Bajo este esquema, toda oposición al partido es ilegal, ya que el parlamento unicameral cubano, de cuyo presidente es Castro, es el órgano supremo del poder del Estado.

La expresa prohibición para la integración de otros partidos políticos en la isla ha traído como consecuencia una serie de críticas profundas sobre los vicios del sistema político cubano porque, si se acepta que los habitantes de la isla están convencidos de querer vivir bajo este régimen, ¿por qué el miedo del gobierno a la apertura y al multipartidismo? La respuesta oficial nuevamente hace referencia a la injerencia norteamericana, pero se olvida que precisamente el origen del PCC es una transferencia del modelo soviético a una realidad social completamente distinta, y que incluso en la actualidad da profundas muestras de agotamiento.

La cerrazón política no permite una apertura democrática y las dificultades económicas han traído como consecuencia el encarcelamiento de decenas de opositores:

Hasta ahora, el número de disidentes detenidos en Cuba ya asciende a cuarenta en todas las regiones de la isla. Entre ellos hay alrededor de doce políticos,

tres sindicalistas, doce periodistas (entre los que está el representante de Reporteros sin Fronteras), el presidente de la Asociación de Pedagogos, y más de una decena de activistas de derechos humanos (Ruiz, 2003).

Estas detenciones se justificaron con el argumento de la injerencia norteamericana. También cabe recordar el fusilamiento de tres *secuestradores* que, para emigrar a Estados Unidos se hicieron a la mar en una lancha que naufragó en 2003 y fueron devueltos a la isla para ser ejecutados. En realidad son muchos miles de cubanos que murieron tratando de escapar de la isla y son más los que cultivan en secreto el anhelo de escapar y ser libres. Este sentimiento que se refuerza al ver la cantidad de dólares que envían los cubanos calificados como traidores, “gusanos” o anti-revolucionarios que escaparon y ahora trabajan en Estados Unidos o cuando llega de visita alguno de los que viven en Miami y lleva medicinas, aparatos domésticos y dólares, muchos dólares. Otro ejemplo dramático de esta situación es el chiste que se repite en Cuba en el que un padre le dice a su hijo: *Óyeme, ven acá, ¿qué tú quieres ser cuando seas grande?* Y éste responde: *—Balsero, Papá, para irme a Miami.*

No hay que olvidar, que desde hace años ha habido un

Férreo hostigamiento que sufre en Cuba un grupo de periodistas independientes... están siendo objeto de una ola represiva que incluye decomisos de instrumentos de trabajo, desconexión de líneas telefónicas, ‘mítines de repudio’ y citatorios para comparecer ante oficiales de la policía política que, incluso, los amenazan con represalias contra sus familiares. Particularmente agresivos fueron los ‘mítines de repudio’, realizados bajo la visible dirección de agentes del Ministerio del Interior, contra el poeta y periodista

*Raúl Rivero y su colega Ana Luisa López Baeza, frente a sus domicilios. Situaciones similares han con-frontado otros periodistas residentes en La Habana y en el interior del país*³³.

La disidencia al régimen de Castro no ha sido únicamente al interior de la isla, también en el exterior se han organizado diversos grupos que propugnan por una mayor apertura democrática; algunos otros no sólo se han quedado en exhortos, sino que han pasado a la acción para generar condiciones de tránsito pacífico a la democracia. Uno de los ejemplos más recientes es el del ex-guerrillero mexicano Jorge Poo, quien fue activista durante el movimiento estudiantil de 1968, miembro de la guerrilla urbana *23 de Septiembre* en los 70, preso en Lecumberri y fundador del grupo *La Otra Cuba*, una organización mexicana orientada a promover la lucha por los derechos humanos en la isla. Junto con Chanes de Armas y otros, planeó llevar a cabo mítines que tuvieran suficiente difusión con el objetivo de llamar la atención internacional hacia la intolerancia y la falta de libertad de expresión en Cuba.

Aunque el intento falló³⁴, la colaboración de organizaciones formadas por los propios cubanos en el exilio (como por otras de distintas nacionalidades) es un ejemplo de la existencia de un consenso creciente a nivel internacional de que, por lo menos en el aspecto del respeto a los derechos humanos, el régimen de Castro ha cometido demasiados atropellos. Jorge Poo recorrió cientos de foros en una silla de rue-

³³ *Declaración de apoyo de mexicanos destacados al periodismo independiente en Cuba*, Ciudad de México, 24 de marzo de 1997 [en línea] <http://www.cubonet.org/CNews/y97/apr97/15ox5.htm>. Fecha de consulta: 27 de marzo de 2007.

³⁴ Cf. César Chávez, *Un mexicano anti-castrista*, nota de Alejandro Almazán, *El Universal* Caracas, Venezuela, 23 de abril de 2001.

das y compartió su experiencia de haber vivido en Cuba y haber tenido que escaparse por falta de libertades. Allí dejó esposa e hija y nunca pudo sacarlas. Alguna vez comentó que dialogó largamente con Eduardo del Río, *Rius*, sobre todo por aquellos famosos libros *Cuba para Principiantes*, y *A-B-C-Ché* que se difundieron por millones y representaron una esperanza para varias generaciones de latinoamericanos. Más tarde, *Rius* se retractó y escribió *Lástima de Cuba*.

Finalmente, es importante señalar que en la última década se ha generado un fenómeno que ni Fidel Castro, ni los ideólogos de la Revolución Cubana tomaron en cuenta en sus inicios: el relevo generacional y la ausencia de entusiasmo revolucionario de las nuevas generaciones.

Los pobres éxitos económicos frustraron expectativas y a las nuevas generaciones no les satisficieron los frutos de la revolución. Las escasas libertades políticas individuales junto a los pobres resultados económicos, fueron los arietes que utilizaron los enemigos de la revolución para promover su descrédito internacional (Villareal, 2006: 109-110).

La ideología de Fidel Castro ya no corresponde al pensamiento globalizado y posmoderno de los jóvenes.

CUBA Y LA APARICIÓN DEL NEOPOLULISMO EN AMÉRICA LATINA

Como ya se ha señalado, el neopopulismo en América Latina tiene dos modalidades: el neopopulismo de derecha y el neopopulismo de izquierda.

En el primer caso nos referimos al llamado proyecto neoliberal, que apuesta por el “efecto rebose” (Ugalde y González, 2007), derivado del mejoramiento en los

indicadores macroeconómicos y el fortalecimiento de los mercados internacionales, y que ha generado protagonismos políticos que cifran su éxito en las promesas de progreso y desarrollo, focalizando políticas públicas de corte asistencial hacia los sectores más desprotegidos, e instrumentando políticas económicas que privatizan empresas públicas, eliminan barreras proteccionistas y apuestan por las ventajas comparativas a nivel internacional.

El carácter asistencial de las políticas sociales que se implementan, junto con las medidas de reducción del tamaño del Estado, no garantizan la consecución de los objetivos macroeconómicos que, en teoría, empujará a la sociedad hacia mejores niveles de vida. Más bien hemos constatado que los pobres viven de las dádivas del gobierno sin asumir su responsabilidad, sin capacitarse para salir de su situación y sin buscar la manera de convertirse en sujetos protagónicos de su historia. Su ocupación es *ser pobre*, y de eso viven.

En el segundo caso, los recientes resultados electorales presidenciales en varios países latinoamericanos sugieren un viraje hacia posiciones ideológicas de izquierda o pseudo izquierda, más identificadas con la tradicional postura ideológico-política del régimen cubano.

Una de las fuentes del nuevo populismo de izquierda hay que buscarla en el populismo que ha distinguido históricamente el desempeño de Fidel Castro y que inspiró algunos países de la región. Esta tendencia responde en la mayoría de los casos a las demandas de la población en estos países que no se han logrado resolver. El déficit en rubros sociales como empleo, educación, seguridad y salud, entre otros, se manipula en el discurso político para destacar que Castro los ha resuelto y que entonces el régimen puede ser replicable en sus países. El neopopulismo de Cuba se presenta disfra-

zado como una opción por el beneficio de la mayoría, como la opción más adecuada o menos mala. Es una visión *reduccionista* de la posible solución a las desigualdades sociales, que lleva a que se acepten proyectos políticos inviables o poco realistas, llenos de sueños, que no de esperanza, para la mayoría de la población.

Los neopopulismos atienden a una lógica relativamente simple: se establece un vínculo personal del líder con la masa, se forma o se echa mano de un partido de masas –guiado explícita o implícitamente por el líder–, se establecen compromisos y se asciende al poder; una vez en él, las promesas se cumplen poco a poco, como diría Maquiavelo, y se dan los beneficios a la población publicitando los logros. Mientras, los golpes a los enemigos deben ser contundentes y ejemplares. Paralelamente, se establece una andanada mediática para cooptar conciencias, o se establecen los consabidos métodos stalinistas de vigilancia entre ciudadanos.

El neopopulismo de izquierda latinoamericano y el de Castro parecen tener su contraparte en un solo concepto: el proceso de democratización.

Conceptualmente, la democracia no es la solución de los problemas sociales, sino que es la mejor manera de ponerse de acuerdo para su posible solución. No es un fin en sí misma, sino un medio para acercarse a un fin: la justicia social, la libertad y la igualdad, que en sentido amplio significa realizar el bien común.

El neopopulismo ha sido definido como uno de los obstáculos más grandes para el proceso de democratización en América Latina:

Sostenemos que el nuevo populismo (neopopulismo) de nuestros días, asociado y en tensa relación con los

fenómenos de democratización más recientes en América Latina, no tiene elementos ni de uno ni de otro; es decir, ni de democratización ni de modernización. Es más, el neopopulismo de nuestros días se convierte, de alguna manera, en uno de los principales obstáculos tanto en términos de la consolidación de una democracia estable como de una auténtica modernización de nuestras estructuras productivas” (Walter, 2006: 9).

El neopopulismo no toma en cuenta otro instrumento de medición que el propio criterio del caudillo, quien intenta por decreto eliminar la pobreza.

Sin embargo, no hay que perder de vista que la pobreza por sí misma no lleva al neopopulismo, sino que es un caldo de cultivo adecuado. Como movimiento político e ideológico no nace entre las ciudades perdidas, favelas o los barrios marginales y periféricos de Latinoamérica, sino que nace como una estrategia definida por la clase media educada y algunos sectores de políticos profesionales, militares e incluso entre académicos y estudiantes universitarios, genuinamente preocupados por la situación social. En el caso específico de Cuba, sus protagonistas participaron en las revueltas registradas tanto en África (Angola, Etiopía, Congo, Zaire, Guinea Bissau, República Árabe Saharaui Democrática), como en Asia (Yemen y Siria) amén de lograr vencer al ejército racista de Sudáfrica en Angola, que posteriormente repercutió en el derrumbe del *Apartheid* y la liberación de Namibia. Aparte, claro está, del apoyo económico, logístico y político a varios movimientos guerrilleros de Centro y Sudamérica.

Con este antecedente, en la actualidad existe la noción de que el Comandante Fidel Castro se encuentra detrás del Comandante Hugo Chávez; son demasiadas las coinciden-

cias no sólo ideológicas, sino personales entre ambos caudillos. Por ejemplo, el golpe de Estado fallido de Hugo Chávez del 4 de enero de 1992 y su encarcelamiento, se asemejan mucho al asalto al cuartel Moncada llevado a cabo por Castro y su posterior reclusión en la isla de Pinos.

La vocación de caudillo y su carisma –en el sentido en que lo define Max Weber³⁵, son también compartidas por líderes en donde el neopopulismo ha tomado forma, y es complementado con una fuerza de atracción especial que ejercen sobre las masas de trabajadores informales, sectores marginales de la población y en general las clases desposeídas; manejan paralelamente un lenguaje anti-yanqui, anti-elitista, anti-globalizador, anti-neoliberal, anti-intervencionista, en fin, como opuestas al régimen neoliberal.

El destacado sociólogo norteamericano Peter Berger declaró alguna vez que Max Weber está vivo y reside en América Latina; con esto quiso decir que muchos de los rasgos que el sociólogo establece en su tipología ideal del líder carismático se encuentran encarnados en varios líderes latinoamericanos.

En el caso del caudillo cubano se cumple la hipótesis de una fascinación irracional y sentimental de la masa hacia el líder carismático. No obstante, este rasgo irracional no quiere decir que la masa sea manipulable al antojo del líder, la masa siempre tiene un cierto grado de racionalidad en su

³⁵ El autor más relevante en el estudio del concepto de *carisma* es, sin duda, Max Weber, quien definió con todo detalle y complejidad la dimensión social de la dominación carismática. Este pensador considera incluso que los líderes carismáticos son capaces de cambiar la historia. Autores anteriores a él trataron el tema, desde Platón, pasando por Maquiavelo, Nietzsche y Durkheim. Sin embargo, la construcción del concepto y su perfeccionamiento se debe a Weber.

conducta, este aspecto tiene que ver con los rasgos culturales de cada pueblo, es decir, *a cada cultura corresponderá un tipo específico de líder carismático*. En el caso del carisma político latinoamericano, se puede decir que para Cuba corresponde un populismo de izquierda.

Otro elemento que confirma el tipo de dominación carismática en el caso cubano, es que la Revolución tuvo lugar a principios de los años sesenta, cuando empezó a generalizarse el uso de la televisión y los medios de comunicación masiva. Estos medios han sido desde entonces el mejor instrumento de legitimación de las acciones de gobierno. En esa línea, la Revolución Cubana fue legítima pero no legal; Fidel Castro ha sido el mejor publicista y el mejor apologista en los medios de los logros y los triunfos revolucionarios por un lado, y por el otro, el acaparamiento de los medios de comunicación por parte del Estado garantiza que sólo la opinión gubernamental sea escuchada y los enemigos sean descubiertos, denunciados, odiados y eliminados.

En la actualidad, los medios de comunicación son esenciales para ganar las elecciones, han sido y son indispensables para mantener la imagen inamovible de Castro (de manera semejante con Hugo Chávez); por ello el neopopulismo genera un exceso de atracción por el carisma, puede sustituir la cultura política en la masa y socavar el espíritu crítico en la democracia.

Este exceso de atracción en los medios de comunicación puede servir al líder neopopulista para crear incluso arrebatos verbales que rayan en la ofensa a quienes no opinan como él, rebajando el nivel del debate político: “vaya que es bien *pendejo* el doctor Insulza [Secretario General de la OEA]. Un verdadero *pendejo* de la P a la O”... Insultado por el presidente Hugo Chávez, Insulza mostró su talante diplomático al recordar el incidente. “A nadie le gusta ser insulta-

do” –señaló–, “pero espero que este episodio haya ya quedado atrás”. No cuestionó, de hecho, las políticas de Chávez. Pero dijo que es difícil para Venezuela cuestionar la globalización cuando vende la mayor parte de su petróleo, libre de arancel, a Estados Unidos, y lo refina y distribuye en forma de gasolina en la Unión Americana a través de empresas venezolanas”³⁶.

Es más, el neopopulismo constituye un retroceso histórico enorme:

El presidente Hugo Chávez...corresponde a ‘nuestras pesadillas: el caudillismo que asoló a estas regiones desde los albores de la independencia, el corporativismo patrimonialista, las costumbres antimodernas como la intolerancia, el culto a la personalidad, el dogmatismo y, sobre todo, el populismo que fomenta la irresponsabilidad económica, miente por sistema, desgarrar el tejido político, envenena el espíritu público y alienta la discordia civil’³⁷.

El neopopulismo, al no estar dispuesto a hacer concesiones de poder –por ser un poder unipersonal–, no es un elemento que ayude a la integración de los países latinoamericanos. El modelo neopopulista es incompatible con la integración latinoamericana porque es personalista y reniega de las instituciones, tanto las nacionales como las internacionales, por lo que su participación en un organismo multilateral es imposible.

³⁶ Sarmiento, Sergio, *Jaque Mate. Doctor Insulza*. Nota aparecida en el periódico *Reforma*, 19 de abril de 2007.

³⁷ Krauze, Enrique, Participación en el Seminario Internacional *América Latina, ¿Integración o Fragmentación?* Nota aparecida en el periódico *Reforma*, 19 de abril de 2007.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Tratando de recapitular, ofrezco algunos planteamientos temerarios a modo de conclusión:

- 1) Cuba ha permanecido incólume en buena medida porque los cubanos así lo han querido, pero también por la complicidad activa y pasiva de todos: personas y pueblos, que no hemos asumido un compromiso real con el pueblo cubano, porque vemos en Cuba una realidad distinta a la del resto de Latinoamérica, como si ser cubano en la actualidad fuera sinónimo de *balseiro* o *comunista*.
- 2) Es muy fácil polarizar dos visiones irreconciliables sobre Cuba: quienes defienden la Revolución no ven otra realidad que los logros históricos, el “embargo económico” y el testimonio del pueblo que supo oponerse al Imperio, por ejemplo. Quienes se oponen a ella, sólo ven fracasos, represión y dictadura, haciendo de Castro el único causante de los problemas del país. Ambas visiones dejan de lado el aspecto humano que se revela en las difíciles condiciones de la vida cotidiana de los cubanos.
- 3) Algunos intelectuales latinoamericanos siguen convencidos del éxito de Fidel Castro y siguen apoyándolo –extrañamente liderados por Gabriel García Márquez–, difundiendo sus ideas y sus logros de manera a-crítica. Por ejemplo, la revista *Memoria* de marzo de 2007 señala que Cuba tuvo un crecimiento económico de 12.5% y un aumento de sus exportaciones de 90% en 2006. Pocos intelectuales han tenido el valor de retractarse o de reconocer el fracaso, entre ellos podemos citar a Octavio Paz, Eduardo del Río (*Rius*), Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín. En el plano internacional destacan Susan Sontag, Irving L. Horowitz, Allen Ginsberg y Ernesto Sábato.

- 4) Uno de los efectos tal vez más dolorosos del neopopulismo en Cuba es la profunda corrupción generalizada para poder sobrevivir; casi todos los cubanos roban lo que pueden y lo cambian por alimentos, medicina o ropa. Casi todos mienten, al grado de que tienen distintas versiones de un mismo hecho, dependiendo de con quien hablan. Muchos tienen una doble moral y de manera pragmática justifican a la familiar *jinetera*, a la amiga que abortó, al familiar que “resuelve” lo que hace falta.
- 5) Cuba es un pueblo culto, educado pero poco formado en valores, ética, derechos y deberes humanos. Nunca fue un pueblo suficientemente evangelizado ni practicante de la religión católica, ahora ni siquiera posee una cultura religiosa como la tuvo en los años 50, muy por encima de Latinoamérica.
- 6) Se percibe un grave debilitamiento del tejido social y de espacios socializantes y socializadores. Fuera del Estado y la Iglesia no hay sociedad civil, ni organizaciones de entrada libre ni espacios para el diálogo, la crítica y la autocrítica de manera pública y sin persecuciones.
- 7) Es característico del neopopulismo en Cuba una buena dosis de ingenuidad y transparencia en el pueblo cubano, que contrasta con la falta de transparencia y rendición de cuentas en el gobierno. Asimismo, permanece un férreo control sobre los medios de comunicación y las instituciones cubanas.
- 8) En la hipótesis de un eventual agotamiento del régimen cubano, más probable por la muerte o declinación del líder que por una revuelta y la virtual apertura al capital extranjero, es muy posible que Cuba se vuelva objetivo primordial de los inversionistas, pero también de los especuladores, de las mafias y del crimen organizado

—recordemos el caso de la mafia rusa después de la caída de la Unión Soviética—, lo que constituirá un riesgo real que se debe prever, sobre todo tomando en cuenta la voluntad de los propios cubanos y no los intereses de las potencias, las burocracias o las mafias internacionales.

- 9) La Iglesia en Cuba merecería un capítulo especial. Por un lado es víctima de controles y vigilancia permanente y, por otro, da la impresión de estar excesivamente alineada con el régimen. Desde afuera parece que contemporiza demasiado, que le falta más carácter profético, más autonomía para los laicos y más trabajo de evangelización:

Puede ser la hora en que las Iglesias en Cuba tengan la oportunidad de ser ellas mismas, en igualdad de condiciones con sus hermanas de aquí y de fuera, y que no tengamos que explicar más a nuestros hermanos y superiores del mundo entero que Cuba tiene unas 'condiciones diferentes' al resto del mundo y 'unas restricciones especiales' con relación los demás. Es decir, que nada ni nadie confunda más a la libertad de culto con la entera libertad religiosa, ni confundan más la dimensión social del servicio de la Iglesia con una forma de hacer política partidista (Editorial, 2007).

REFERENCIAS

- CEBRIÁN, Juan Luis (2004), "Mesianismo, Populismo, Autoritarismo", *Claves de Razón Práctica*, No. 139, enero-febrero 2004.
- CERRUTI, Horacio (1983), *Filosofía de la liberación latinoamericana*, México: FCE.
- CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA (1988), *Orientaciones para el estudio y enseñanza de la doctrina social de la Iglesia en la formación de los Sacerdotes*, México: Ed. Basilio Núñez.
- DOMÍNGUEZ, Jorge I. (2007), "Intervención" en el Seminario *Internacional América Latina, ¿Integración o Fragmentación?*, Fundación Grupo Mayan, ITAM Foreign Affaires, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Ciudad de México, 17 y 18 de abril.
- EDITORIAL (2007), "Cuba: Hora de oportunidades", *Vitral*, marzo-abril, Pinar del Río, 25 de febrero de 2007.
- FEUERBACH, Ludwig (1975), *La esencia del cristianismo*, Salamanca: Sígueme.
- LARRAIN, Jorge (2004), *Identidad y modernidad en América Latina*, México: Océano.
- RUIZ, Fernando Javier (2003), *Las primeras víctimas de la guerra: los disidentes y periodistas cubanos* [en línea] www.cadal.org. 20 de marzo de 2003.
- SCANNONE, Juan Carlos (1976), *Teología de la liberación y praxis popular*, Salamanca: Sígueme.

SCHERER GARCÍA, Julio (2007), *Proceso, Edición especial No. 20*, febrero de 2007.

UGALDE, Luis, SJ y González Fabre Raúl SJ (2007), *El neopopulismo en América Latina. ¿Una derecha y dos izquierdas?*, Razón y Fe: revista Hispanoamericana de Cultura, tomo 255, n. 1299: 37-54.

VILLAREAL RAMOS, Enrique (2006), "Cuba, ¿anclada en la Utopía?", Autores Varios, *Estudios sobre América Latina*, México: Ediciones del Colegio de Estudios de Posgrado de la Ciudad de México.

VIVERO, Nazario (1999), *La Iglesia en Cuba, después de la visita de S.S. Juan Pablo II*, México: Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana.

WALTER, Ignacio, *Democracia en América Latina*, en Foreign Affairs en Español, abril-junio de 2006, vol. 6, num. 2, ITAM., p. 9.

ÍNDICE GENERAL

Presentación	5
EL NEOPOPULISMO EN AMÉRICA LATINA	11
<i>Luis Ugalde, SJ - Raúl González Fabre, SJ</i>	
¿Una derecha y dos izquierdas?	11
Tres propuestas políticas	13
Antecedentes: el populismo latinoamericano	16
Crisis económica y neopopulismo rampante	18
Las condiciones económicas de posibilidad del neopopulismo	26
POPULISMO, FRAGMENTACIÓN Y BIEN PÚBLICO	31
<i>Francisco Porras</i>	
El <i>continuum</i> institucional-populista	38
Fragmentación y bien público	46
Contra la fragmentación, la comunidad	49
Referencias	53
POPULISMO: ¿ESENCIA O NEGACIÓN DE LA DEMOCRACIA?	57
<i>Carlos de la Torre</i>	
La participación litúrgico-populista	59
La representación populista	63
Los usos de la democracia por las élites	65
El líder y “las masas”	68
Conclusiones	74
Referencias	77

BREVE HISTORIA DEL POPULISMO EN MÉXICO 81

Israel Covarrubias

Introducción	81
Redefiniendo el populismo	82
Populismos premodernos y populismos posdemocráticos ..	84
Los populismos mexicanos: continuidades y rupturas	90
Conclusiones	111
Referencias	113

**LIDERAZGO CARISMÁTICO Y PROCESO SOCIOPOLÍTICO
EN HAITÍ (1986-2004): EL CASO DE JEAN BERTRAND**

ARISTIDE 117

Alejandro Álvarez Martínez

Presentación	117
El fin de la dictadura duvalierista y el inicio de un movimiento político	120
El proceso sociopolítico de 1986-2004	126
Jean Bertrand Aristide: líder populista?	130
Consideraciones finales	138
Referencias	140

EL NEOPOPULISMO EN CUBA 143

Manuel Gómez Granados

Introducción	143
Cuba, una historia sin democracia	149
El Bloqueo Económico, pretexto para el neopopulismo	152
Logros y fracasos de la Revolución Cubana	154
Fidel Castro o el inicio del populismo de izquierda	159
Cuba y la aparición del neopopulismo en América Latina	166
Algunas conclusiones	173
Referencias	176